



Entre la mentira y la ilusión

GLORIA LOSADA



Índice

[Portada](#)

[Entradilla](#)

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[Epílog8](#)

[Más Nou editorial](#)



Entre la mentira y la ilusión

GLORIA LOSADA



.nou.
EDITORIAL

Título: **Entre la mentira y la ilusión.**

© 2018 **Gloria Losada Pena.**

© Portada y diseño gráfico: **nouTy.**

Colección: **Noweame.**

Director de colección: **JJ Weber.**

Editora: **Mónica Berciano.**

Corrección: Sergio Alarte.

Primera edición febrero 2018.

Derechos exclusivos de la edición.

© nou editorial 2018

ISBN: 978-84-17268-04-6

Edición digital febrero 2018

Esta obra no podrá ser reproducida, ni total ni parcialmente en ningún medio o soporte, ya sea impreso o digital, sin la expresa notificación por escrito del editor.

Todos los derechos reservados.

Más información:

noueditorial.com / **Web**

info@noueditorial.com / **Correo**

@noueditorial / **Twitter**

noueditorial / **Instagram**

noueditorial / **Facebook**

Título: **Eraclea**

© 2017 **Blanca Mira**

© Ilustración de portada
e ilustraciones interiores: **Adrià Inglés**
© Diseño Gráfico: **Nouty**.

Colección: **Volution**.
Director de colección: **JJ Weber**.

Primera edición diciembre 2017
Derechos exclusivos de la edición.
© nowevolution 2017

ISBN: 978-84-
Depósito Legal: GU XX - 2017

Esta obra no podrá ser reproducida, ni total ni parcialmente en ningún medio o soporte, ya sea impreso o digital, sin la expresa notificación por escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Más información:
nowevolution.net / **Web**
info@nowevolution.net / **Correo**
@nowevolution / **Twitter**
nowevolutioned / **Instagram**
nowevolutioned / **Facebook**

A todos los que piensan que siempre merece la pena luchar por el amor.

CAPÍTULO 1

Cuando la vida te rompe las ilusiones es duro comenzar de nuevo, sobre todo cuando apenas eres una niña, una jovencita recién salida de la adolescencia a la que esa misma vida le ha echado, previamente, demasiadas responsabilidades encima. Yo me casé enamorada, pensando que aquel matrimonio sería para siempre porque no podía ser de otra manera, pero me equivoqué y un día mi mundo idílico se derrumbó como un castillo de naipes y ya no hubo forma de reconstruirlo.

Conocí a Luis en mi último año de instituto. Yo era una muchacha tímida, estudiosa y nada popular. Él era el guapo de turno que traía locas a todas las chicas. Él no estudiaba, en realidad no hacía nada, salvo andar de acá para allá, recorriendo el pueblo y los alrededores con su moto. Por las tardes, a la salida de las clases, allí estaba, esperando a sus amigos y a las muchachas que, como locas, revoloteaban alrededor de aquella moto en un intento de ser depositarias de sus atenciones. A mí me gustaba, pero no osaba acercarme a él, entre otras cosas porque estaba segura de que jamás podría fijarse en una chica como yo. Los chicos rompedores y destacados, como él, no buscaban novias tímidas y un poco bobas. Pero me equivoqué. Una noche de sábado, en la discoteca, se acercó a mí.

—Hola —me dijo—. Yo a ti te conozco.

Sentí que el rubor amenazaba mi rostro y di gracias porque la luz del local fuera casi inexistente.

—No sé —respondí en un susurro que apenas ni yo misma escuché por encima de la música.

—Te llamas Marta y vas al instituto, estás en COU. ¿A que sí?

Luis me miraba desde su altura con una media sonrisa en el rostro, sosteniendo en su mano izquierda un vaso largo con cola y a saber qué más, con su mano derecha en el bolsillo de su pantalón de pinzas gris y su jersey azul sobre su espalda. Yo temblaba como una hoja arrastrada por el viento y el corazón amenazaba con salirse del pecho. No dije nada, simplemente asentí con la cabeza.

—¿Bailas? —me preguntó.

—Lo siento —le dije—, tengo que irme, a las doce y media tengo que estar en

casa.

Me fui como la Cenicienta, corriendo entre la gente para no llegar tarde a casa, sintiendo la mirada de Luis sobre mi espalda. Para mí era todo un logro que aquel muchacho tan guapo me hubiera dirigido la palabra. Estupideces de niña, supongo, pero en aquel momento me hacían sentir la persona más feliz de la Tierra.

El lunes siguiente, en el instituto, me pasé la tarde mirando por la ventana para controlar si llegaba Luis, con lo que me gané la bronca de algunos profesores por mis distracciones. Pero al final tuve mi recompensa. Cuando las clases terminaron estaba allí, donde siempre, rodeado de su séquito, al que ignoró por unos segundos cuando me vio pasar a su lado.

—Adiós, Marta —me dijo sonriendo.

Yo volví la cara y le dije adiós con la mano, siendo consciente de las miradas cargadas de envidia de aquellas chicas que lo adoraban como tontas.

Días después me lo encontré por el pueblo. Yo caminaba por la acera y él pasaba por la calle en su moto. Cuando me vio se detuvo a mi lado.

—Hola, Marta —me dijo sonriendo.

—Hola —le saludé sin dejar de caminar.

—¿A dónde vas? ¿Puedo acompañarte?

—Voy al supermercado, a unos recados. Acompáñame si quieres.

Aparcó la moto y se puso a caminar a mi lado.

—¿Vas a ir a la discoteca este sábado? —me preguntó.

—No sé, supongo, depende de lo que hagan mis amigas.

—Si vas... a lo mejor podemos estar juntos.

—¿Por qué quieres estar conmigo? Seguramente Ariadna y Cristina también irán. Puedes estar con alguna de ellas.

Ariadna y Cristina era dos de las incondicionales que le rendían pleitesía a la salida del instituto.

—Pero es que a mí esas chicas no me gustan, a mí me gustas tú.

Mi corazón se derritió cuando escuché aquellas palabras. Ni qué decir tiene que aquel sábado estuve con él en la disco, y al otro, y al otro... y nos hicimos novios.



A mis padres no les gustaba nada mi noviazgo con Luis, aunque creo que en el fondo pensaban que era cosa de chiquillos y confiaban en que se me pasara pronto el delirio. Decían que era un haragán sin oficio ni beneficio, que no tenía trabajo ni se ocupaba de buscarlo y que no podía ofrecerme ningún futuro. Yo no

pretendía que Luis me ofreciera un futuro. Tenía claro que mi porvenir me lo labraría yo misma. Y aunque el muchacho me gustaba mucho, tampoco me planteaba historias que fueran más allá del día a día. Al año siguiente me marcharía a estudiar fuera. Quería ser maestra. Y no sabía si Luis soportaría la inevitable separación, aunque esperaba que así fuera.

Esos eran mis planes, pero como en el cuento de la lechera se vinieron abajo de un día para otro. Cuando llevábamos tres meses saliendo, Luis me dijo que quería acostarse conmigo. Hasta el momento no habíamos llegado a más que apasionados besos y caricias nada inocentes, amparados en las zonas oscuras de la discoteca o en algún paseo por la vera del río. A mí gustaban aquellos momentos, pero acostarnos juntos eran palabras mayores. No sentía que fuera mi momento, pero tampoco quería que ante mi negativa él se largara con viento fresco, así que insistió unas cuantas veces y al final terminé cediendo. Una noche de verano fuimos a un cobertizo abandonado que había al lado del embarcadero, en el pantano, y allí lo hicimos. No fue nada del otro mundo. Yo no sentí nada especial fuera de lo que ya sentía cuando nos besábamos y él me tocaba los pechos o me besaba el cuello, pero confieso que me gustó escuchar sus gemidos, sentir su pasión y que fuera yo la que despertara todas esas sensaciones y no cualquiera de las niñas guapas que andaban detrás de él como corderillos.

Nos acostamos dos o tres veces más con idénticos resultados, bueno, con algún resultado más, nada agradable. Cuando la regla me faltó, después de dos semanas de retraso, me di cuenta de que podía estar embarazada. Los primeros días, ilusa de mí, ni se me ocurrió pensarlo. Tuve miedo. Miedo a que Luis me dejara, miedo a la reacción de mis padres y sobre todo miedo a no poder alcanzar aquel futuro que yo me había imaginado y que de pronto amenazaba con hacerse añicos. Un hijo significaba una gran responsabilidad, había que cuidarlo, atenderlo, había que hacer con él todo lo que mis padres hasta aquel momento habían hecho conmigo y yo no creía que ni Luis ni yo estuviésemos preparados para ello.

No se lo conté a nadie, rumié yo sola mi desgracia durante unos días esperando que todo quedara en un susto. Creía notar síntomas de mi menstruación, que no eran más que fruto de mi imaginación, y cada vez que iba al baño y miraba mis bragas me echaba a llorar. Finalmente no me quedó más remedio que afrontar la realidad. Una tarde entré en una farmacia y compré un test de embarazo. A la mañana siguiente se confirmaron mis sospechas: estaba esperando un bebé. Al tiempo que el cacharro aquel cambiaba de color, mi mente de niña también iba cambiando. De nada me serviría llorar y desesperarme. Lo hecho, hecho estaba. Por aquel entonces, a principios de los ochenta, el aborto no era ni siquiera una opción disponible.

Aquella misma noche quedé con Luis y se lo dije. Se lo solté así, a bocajarro, sin dar ningún rodeo; no merecía la pena.

—Estoy embarazada —le dije mientras estábamos sentados a la orilla del río.

Él me miró con el susto reflejado en aquellos ojos de azul intenso.

—No puede ser —contestó con voz temblorosa.

—Claro que puede, y tú lo sabes.

Se quedó callado con la vista fija en el agua del río. Durante unos segundos sólo se escuchó ese sonido relajante y tranquilo.

—¿No dices nada? —pregunté al cabo de un rato.

—Me buscaré un trabajo, me casaré contigo y criaremos juntos al niño.

Yo suspiré aliviada. No sabía si quería casarme con él, tampoco entraba en mis planes tener aquel niño, pero no había otra solución. Le tomé de la mano y apoyé mi cabeza en su hombro. Él me besó en la frente primero y luego en la mejilla.

—Te quiero, Marta.

Era la primera vez que me lo decía.



Dar la noticia a mis padres ya era harina de otro costal, pero no quería ni debía esperar mucho, así que al día siguiente, durante el almuerzo, lo solté. Estaba nerviosa y la tensión debía de reflejarse en mi cara, porque mamá me preguntó si me encontraba bien. Entonces lo dije:

—Estoy embarazada.

A mi madre se le cayó al suelo el plato que sostenía, y papá y ella se miraron como si no se pudieran creer lo que habían oído.

—¿Embarazada? —preguntó mi madre de manera retórica—. ¿Embarazada de ese sinvergüenza? Pero cómo has podido...

Se sentó y empezó a sollozar, pero mi madre no era mujer de llanto fácil y de pronto le salió toda la rabia que llevaba dentro. Me llamó de todo, desde golfa a desagradecida, pasando por otras cosas que prefiero no recordar, mientras papá intentaba calmarla y le decía que no se preocupara, que todo tenía solución menos la muerte. Papá siempre era el que mantenía el tipo y ponía un poco de cordura cuando las cosas se torcían. En aquel momento no fue menos. Gracias a él no llegó la sangre al río y todo terminó como tenía que terminar: resignándonos ante una situación que nadie había buscado, pero para la que desafortunadamente no había remedio.

A partir de aquel momento nuestras vidas fueron sacudidas por una verdadera revolución, que culminó el día en que nos dimos el «sí, quiero» ante el altar de la iglesia del pueblo, arropados por un montón de curiosos que deseaban ver cómo

Martita, la hija de Pedro el pescadero, aquella que parecía tan buena y tan formal, se casaba «de penalti» cuando casi nadie sabía ni que tenía novio. Ya se sabe que cuando una vive en un pueblo pequeño las habladurías son el pan nuestro de cada día, aunque confieso que yo hice oídos sordos a las mismas. No merecía la pena dar crédito a unos cuantos infundios que con el tiempo todos habían de ir olvidando, incluso yo misma.

Nos fuimos a vivir a casa de mis padres, lo cual no me hacía ninguna gracia dada la animadversión que sentían hacía Luis, pero no nos quedó más remedio.

Dos meses después de la boda y a través de mi padre, Luis encontró trabajo como dependiente en una tienda de congelados. No le pagaban mucho, pero así por lo menos no nos tenían que mantener ni sus padres ni los míos; aunque la verdad es que recibíamos ayuda, tanto de unos como de otros.

Yo me aburría soberanamente, y además, cuando llegó el mes de octubre y con él la mayoría de mis amigas se marcharon a estudiar a la universidad, me sentí triste y frustrada por no poder seguir sus pasos. Para colmo de males mi madre no tenía mucha compasión conmigo y cuando me veía de aquella guisa me decía que me estaba bien, por irresponsable, que todo había sido culpa mía por haber hecho lo que no debía. No le faltaba razón, pero no eran precisamente broncas lo que yo necesitaba en aquel momento, por eso cuanto más escuchaba sus reproches más tristeza me entraba, y comencé a pensar que lo mejor sería salir de aquella casa en cuanto nos fuera posible.

Nerea nació el día uno de mayo en un parto sin complicaciones. Cuando la vi por primera vez, recién salida de mi vientre, sentí que en aquel momento, de verdad, me había cambiado la vida para siempre.

CAPÍTULO 2

Con el tiempo, a mis padres no les quedó más remedio que cambiar el concepto que tenían de Luis. Desde que nos casamos abandonó su vida de haragán y se convirtió en un hombre trabajador y responsable que parecía desvivirse tanto por mí como por su hija. Poco después de nacer la niña le ofrecieron un puesto de trabajo en una tienda de bricolaje. El sueldo era mayor y las condiciones más ventajosas. Eso nos permitió independizarnos. Alquilamos un pequeño piso en el centro del pueblo y allí nos trasladamos, libres por fin de ataduras familiares. Creo que esa fue la época más feliz de nuestro matrimonio. Vivíamos tranquilos, sin sobresaltos, nuestra hija crecía sana y yo comencé a plantearme la posibilidad de reanudar mis estudios, aunque por una cosa o por otra siempre lo iba posponiendo.

Poco después del segundo cumpleaños de Nerea, nuevos horizontes se abrieron para Luis en el terreno laboral. Hacía unos días que yo lo notaba extraño, pensativo y preocupado, pero no le decía nada. A aquellas alturas ya lo conocía lo suficiente como para saber que le gustaba rumiar sus problemas solo y que al cabo de los días acababa contándome qué era aquello que lo mantenía en vilo. Aquella vez no fue distinto.

La niña ya dormía y nosotros estábamos en la cama dispuestos a hacer lo propio. Entonces me lo contó.

—Marta, tengo algo importante que decirte —sonó su voz en la oscuridad.

Yo me incorporé y encendí la lámpara de la mesita de noche.

—¿Ocurre algo? —pregunté alarmada.

—Sí, pero tranquila, no es nada malo. Es en relación con... el trabajo.

—Dime pues.

—Verás, ¿recuerdas a Gonzalo? Aquel amigo mío que te presenté el verano pasado, durante las fiestas.

—Vagamente... creo que vivía en Canarias, ¿no?

—Exacto. Pues me ha propuesto la posibilidad de abrir un negocio con él, allá, en Canarias.

—¿Un negocio? ¿Un negocio de qué?

—Un taller de reparación de embarcaciones de recreo.

—Y... ¿Tú qué sabes de eso?

—Nada, pero aprenderé.

Su entusiasmo me desconcertaba un poco. Yo pensaba que tal y como estábamos, estábamos bien. No éramos ricos ni mucho menos, en ocasiones incluso lo que conseguíamos ahorrar un mes se nos iba al siguiente en un imprevisto, pero yo hasta entonces siempre había supuesto que era lo normal en cualquier familia.

—Pero nosotros no tenemos dinero para aportar. Supongo que tu amigo...

—Por eso no te preocupes. Mi padre me dejará algo de dinero y el resto lo pondrá Gonzalo.

Apagué la lámpara y me volví a recostar en la cama.

—Por lo visto ya lo habéis hablado todo —dije. Me sentía un poco incómoda, ninguneada. Al parecer yo era la última que me enteraba del fabuloso negocio—. Así que supongo que no me estás consultando nada sino que me estás comunicando una decisión tomada.

—No te enfades. Marta, yo creo que este negocio es una buena oportunidad para crecer. Aquí no tenemos nada. ¿Qué perdemos por probar? Si las cosas marchan bien, que marcharán, podremos ganar mucho dinero y vivir sin apuros. Pero si a ti no te parece bien, no se hable más. Le digo a Gonzalo que no, y punto.

—Haz lo que creas conveniente —respondí.

Así lo hizo, y al cabo de dos meses abandonamos el pueblo y nos fuimos a vivir a Las Palmas. Me gustó la ciudad y me gustó la gente, pero al principio me sentí muy sola. Vivíamos en un pequeño piso alquilado, cerca de la playa, luminoso y cuidado. Era una casa muy acogedora. Luis se pasaba todo el día en el taller y la niña y yo en la casa, si bien por las tardes, acompañadas por el fabuloso clima de las islas, salíamos a dar largos paseos, o a la playa.

Mi marido aprendió pronto su nuevo oficio y el taller comenzó a dar sus frutos. Estaba en lo cierto cuando me decía que iba a ganar mucho dinero. Pronto pudo devolver a su padre todo lo que le había prestado y nuestra cuenta corriente empezó a aumentar de manera considerable. Pero tienen razón los que dicen que el dinero no da la felicidad. No lo hace. Muchas veces es el causante de la infelicidad. O el detonante que conduce a la desdicha. Y esta fue una de ellas.



Con frecuencia me despertaba por las noches y el otro lado de la cama estaba vacío. Las cosas no iban bien entre Luis y yo, aunque ninguno hablara de ello. Una de esas noches me desperté y miré el reloj. Eran las tres de la mañana. Me

había parecido escuchar un ruido en la habitación de Nerea, así que me levanté y fui a su cuarto. La niña dormía profundamente. Me acerqué a su camita y la besé separando un mechón de pelo pegado a su frente por el sudor. Antes de retirarme a mi dormitorio me quedé un rato apoyada en el quicio de la puerta, mirando para mi hija. Ella era, en aquellos instantes, la que me daba fuerzas para seguir.

Volví a mi cama y permanecí despierta, con los sentidos alerta por si escuchaba las llaves meterse en la cerradura, pero nada rompió la quietud de aquella noche calurosa, cuyo aire denso penetraba en los pulmones casi con dificultad. Suspiré profundamente y cerré los ojos, a sabiendas de que me sería imposible conciliar el sueño hasta que Luis regresara de sabía Dios dónde. Últimamente, día sí y día también, tenía muchas cenas con clientes. Yo no sabía si era cierto, o si en realidad estaba calentando el lecho de alguna otra mujer. Luis había cambiado, ya no era el tipo cariñoso y detallista de antes. Ahora mostraba una indiferencia preocupante hacia mí, enfrascado siempre en su trabajo o en esas cenas de negocios tan sospechosas.

Con frecuencia sus conversaciones giraban en torno al dinero, pensaba que nos íbamos a hacer millonarios y hablada de viajar y de comprar un lujoso coche como si fuera lo más importante en la vida.

—No le des tanta importancia al dinero —solía reprocharle yo—. No te va a dar la felicidad. A mí me basta con tener para vivir holgadamente, sin necesidad de echar cuentas para llegar a fin de mes. Por lo demás, con teneros a ti y a la niña, soy feliz.

Pero hacía oídos sordos a mis palabras, cegado por los ceros que comenzaba a tener en la cuenta corriente.

Un día se empeñó en comprar un coche. A mí me pareció bien, puesto que nos daría mucha libertad de movimientos y me apetecía sacarme el carnet de conducir. Pero no le valía un coche cualquiera. Apareció en casa con unos muestrarios de coches de lujo. El precio no bajaba de los cinco millones de pesetas de las del año ochenta y cinco.

—No creo que sea necesario gastar tanto dinero en un coche —le dije—, nos podemos comprar un utilitario normal y corriente.

—Eh, nena, vamos, el dinero es para disfrutarlo. Nos acaban de pagar la reparación de un yate que nos ha reportado un considerable beneficio. Tómatelo como un capricho.

Me acomodé en el sofá mientras observada a Nerea entretenida con sus juguetes, sentada sobre el suelo del salón. Me pregunté si mi marido hablaba en serio o estaba perdiendo el juicio.

—Mira —me decía mostrándome una revista—, mira este, es magnífico. Tiene grandes prestaciones...

Dejé que Luis hablara sin escucharle. No me interesaban en absoluto las prestaciones de un coche que valía cinco millones de pesetas. Seguro que eran muchas y muy variadas, pero a mí me importaban muy poco.

—Luis —le dije finalmente—, no tenemos ese dinero. Tendríamos que pedir un crédito. Pero sí tenemos dinero para comprarnos un coche normal y corriente.

—No tendríamos problema alguno en pagar un crédito.

—Porque estamos pasando una buena racha, pero ¿y si de pronto las cosas se ponen mal? Es mucho dinero, Luis. Creo que sería mucho más importante comprarnos un piso que ese coche tan caro.

—Oh venga, Marta. El piso puede esperar. Ya sé que el coche es un capricho, pero un capricho que nos podemos permitir. Además, meternos a comprar un piso es mucho más arriesgado. Si las cosas van mal...

—Si las cosas van mal siempre podemos venderlo. Nunca perdería su valor, al revés. No me parece normal comprar ese coche cuando hay otras cosas que tienen preferencia.

A aquellas alturas la conversación había subido de tono. Yo gritaba y Luis no se quedaba atrás.

—¿Preferencia para quién? Para ti. Nunca he tenido un duro y ahora que lo tengo mi mujercita no me deja disfrutar de lo que me apetece. Muchísimas gracias, Marta. Últimamente siempre tienes que joderlo todo.

Se fue de casa dando un portazo. Aquella fue nuestra primera discusión acalorada. A pesar de todo lo que le dije, terminó comprando su coche de lujo y poco después comenzaron las cenas de negocios, como la de aquella noche.

Por aquel entonces yo me desahogaba con Alicia, con la que había hecho muy buenas migas nada más llegar. Alicia vivía muy cerca de nosotros y tenía un hijo de la edad de Nerea. Iban al mismo colegio y por las tardes nos encontrábamos en el parque. Un día comenzamos a hablar y nos caímos bien. A partir de entonces cada vez que me sentía deprimida y triste llamaba a su puerta y lloraba en su hombro. El día que mi marido llegó con su flamante coche fue uno de esos días.

—¿Le has visto? —le pregunté mientras tomábamos café sentadas a la mesa de la cocina—. Ha llegado muy contento con su maravilloso coche.

—Sí, le he visto llegar este mediodía. Pero no te pongas así, mujer, no es para tanto, al fin y al cabo las cosas os van bien, ¿no?

—Si te refieres al terreno económico, sí, nos van bien, pero en lo personal me da la impresión de que cuanto más engorda mi cuenta corriente menos caso me hace mi marido. Ya no es el mismo de antes, Alicia, aquel muchacho un poco chulo pero cariñoso y atento se está esfumando. Derrocha el dinero a manos llenas... no sé. No sabría decirte qué ocurre exactamente, pero algo no marcha

entre los dos.

Mi amiga suspiró, se llevó la taza de café a los labios y miró por la ventana

—Lo mismo me pasó a mí con mi exmarido. Las cosas se fueron deteriorando poco a poco, aunque en realidad no había motivo para ello, simplemente la relación se fue enfriando. Ambos lo sabíamos pero ninguno decía nada. No teníamos hijos y decidimos tener uno, yo creo que en un intento desesperado por salvar la relación. Y no funcionó, por supuesto, al contrario. Él nunca había querido tener hijos y el nacimiento de Dani lo exasperó, hasta tal punto que apenas paraba en casa. En realidad el niño nos distanció más, y un año después decidimos separarnos. Hoy somos buenos amigos.

Alicia se dio cuenta de que yo la miraba con el horror dibujado en mis ojos.

—Pero tú no te preocupes —me dijo sonriendo—, a ti no te va a pasar nada semejante. Lo tuyo seguro que será una crisis pasajera, como pasan muchas parejas.

—Eso espero, porque no me imagino la vida sin Luis.

—Bueno, si llegara el caso, que no llegará, podrías vivir sin Luis perfectamente. El tiempo lo borra todo, Marta, y siempre acabamos olvidando y comenzando una nueva vida.

CAPÍTULO 3

Aquella noche, una vez más, Luis me telefoneó comunicándome que tenía una cena con unos clientes. Las cenas fuera se estaban convirtiendo en tan habituales que ya casi me sorprendía el día que venía a cenar a casa. Después de colgar el teléfono me fui a la cocina, me preparé un café, encendí un cigarrillo y me senté frente a la ventana. Recordé la conversación que había tenido con Alicia meses atrás y sentí miedo. Las cosas no habían mejorado y las discusiones con mi marido eran cada vez más frecuentes y por los motivos más simples. Pero imaginarme la vida sin Luis me daba pánico. Al fin y al cabo apenas era una niña de veintipocos años que se había asomado al escenario de la vida demasiado pronto y no podía entender que el mundo maravilloso que había conseguido con mi esposo y mi hija tuviera sus días contados. Apagué el cigarrillo y me fui a la cama. Di muchas vueltas antes de dormirme, echando ojeadas continuas al reloj de brillantes números, aguzando el oído para escuchar algún indicio de que Luis estaba llegando. Finalmente me quedé dormida. Me despertó cuando llegó. Eran casi las seis de la mañana. Aquello no era buena señal, pero cerré los ojos y seguí durmiendo. En aquellos momentos todo lo que deseaba era aislarme del mundo.

Me despertó de nuevo Nerea cuando ya el sol se colaba por la ventana.

—Mami, tengo hambre —gritó con su lengua de trapo.

Miré el reloj y vi que eran poco más de las ocho. Me levanté y saqué a la niña de la habitación para que no despertara a Luis.

—Vamos, cariño. Ahora te preparo el desayuno, pero no grites mucho que papá llegó muy tarde anoche y necesita dormir. Anda, enciende la tele un ratito mientras.

Mi hija obedeció y yo, antes de salir del dormitorio, en un arranque de desconfianza, revolví las ropas de mi marido por ver si encontraba algún indicio de algo, no sabía bien qué, tal vez una mancha de carmín, un aroma desconocido, una nota escrita, qué sé yo, pero no encontré nada y respiré aliviada. Luego me dirigí a la cocina y comencé a preparar el desayuno intentando sacarme de la cabeza las estúpidas paranoias que se empeñaban en amargarme la existencia. Mientras esperaba que la leche se calentara, Luis apareció en la cocina con la niña en brazos.

—Dile a mami que tenemos hambre y que el desayuno tiene que ser delicioso.

—Mami el desayuno tiene que ser deci... delci... ¡No me sale!

Sonreí ante la lengua de trapo de mi hija. En momentos así me daba la impresión de que nada había cambiado y nuestra vida seguía siendo la de antes, allá, en la tranquilidad del pueblo.

—Id al salón que enseguida os llevo un chocolate con churros riquísimo.

Cuando finalmente desayunamos y Nerea se distrajo con sus juegos, pregunté a mi marido por la cena de la noche anterior y no pudo sorprenderme más su respuesta.

—¿La cena?... Ah sí, la cena, bien, muy bien.

La pregunta de Luis sonó extraña, como si no supiera de qué le estaba hablando.

—Llegaste muy tarde, ¿no?

—No miré la hora, pero no debían de ser más de las dos o las dos y media.

—Eso no es verdad —le dije con el temor reflejado en mi voz—. Me dormí a las tres y no habías llegado. Me desperté a las seis y la cama seguía estando vacía. ¿Por qué me mientes? ¿Acaso tienes algo que ocultar?

Él se enfureció. Últimamente se enfurecía con demasiada facilidad.

—¿Qué pasa? ¿Ahora te dedicas a controlarme? —preguntó vociferando—. Me debo a mis clientes, y si tengo que hacerles la pelota y salir con ellos por la noche, lo haré.

—No es necesario que te pongas así. No es mi intención controlarte, en absoluto, pero si has llegado tarde no sé por qué tienes que mentirme.

—Porque sabía que te pondrías hecha una fiera.

Aquel era un argumento estúpido, entre otras cosas porque yo jamás me había puesto hecha una fiera. Podía enfadarme, como todo el mundo, pero nunca había formado parte de mi carácter levantar la voz y alterarme como una loca, como estaba haciendo él en aquellos momentos.

—Quien está fuera de sí eres tú. ¿Qué te pasa, Luis?

—¡Que no soporto tus tonterías! ¡Déjame en paz!

Salió de la casa dando un portazo. Yo me quedé sentada en el sofá, mirando pensativa hacia la ventana. Me levanté y la abrí. Una suave brisa me acarició la cara y logró calmar un poco mi nerviosismo. En aquel momento fui consciente de que mi matrimonio corría peligro y que tenía que hacer todo lo posible para salvarlo. Claro que yo sola no podía hacer demasiado si Luis no ponía también de su parte. Y me daba la impresión de que no estaba muy dispuesto a ello. Ni siquiera habíamos tenido una conversación seria y coherente sobre lo que nos estaba pasando. Él todo lo tapaba con gritos y acusaciones. Tal vez fuese algo pasajero. Sería mejor esperar el devenir de los acontecimientos.

Sin embargo estos no se presentaron precisamente a nuestro favor. Luis continuó con sus ausencias nocturnas y cada vez se mostraba más distante conmigo. Se volvió huraño y taciturno, apenas me dirigía la palabra más que lo necesario y por supuesto nuestros encuentros sexuales se hicieron esporádicos y mecánicos.

En el mes de septiembre Nerea comenzó en el colegio y yo me vi con más tiempo para mí. Necesitaba salir de casa y realizar alguna actividad que me gustara y me distrajera.

—¿Por qué no te vienes conmigo a la radio? —me propuso Alicia, que trabajaba como locutora—. Por lo menos te distraes y te das a conocer. A veces contratan gente y no pagan del todo mal.

—¿A la radio? No, no, ¿qué voy a hacer allí? Me daría muchísima vergüenza hablar por el micro. Yo no valgo para eso. Pensar que me está escuchando mucha gente... no, no podría.

—Venga, mujer, ámate. Por lo menos te airearás un poco, que falta te hace.

Si bien al principio me asustó un poco la idea, conforme iban pasando los días me parecía menos descabellada. Además necesitaba salir de casa con urgencia. La relación, o mejor dicho la no relación con Luis estaba comenzando a agobiarme. Se pasaba el día fuera de casa y los fines de semana, los únicos momentos en que estábamos juntos, yo notaba que deseaba deshacerse de mí, que le incomodaba mi presencia, mis palabras, incluso cuando yo me dirigía a mi pequeña él soltaba bufidos, como si yo no dijera más que tonterías.

Una noche, la misma noche en que le dije que había decidido acudir a la radio con Alicia, estalló la tormenta. Estábamos sentados en el salón. Yo leía un libro y él miraba la tele.

—Ahora que Nerea va al colegio y tengo más tiempo libre, he decidido ir a la radio con Alicia. Me ha dicho que a veces contratan a gente y voy a probar suerte. Me gustaría trabajar —le dije.

—Haz lo que quieras —me contestó sin apartar la mirada del televisor.

—Que haga lo que quiera. Eso es todo lo que se te ocurre decir.

—¿Y qué quieres que te diga? —preguntó alzando la voz y mirándome—. ¿Quieres que te dé mi opinión? ¿Es eso lo que quieres? ¿Quieres que te diga que con esa vocecita de boba que tienes no te van a contratar jamás? Pues te lo digo, mira, porque eso es lo que pienso. ¿Te has quedado contenta?

Al escucharle hablar así se me vino a la mente el chico de hacía apenas tres años atrás, aquel que llegaba al instituto con su moto y derrochaba sonrisas; aquel que un día, a la orilla del río, me dijo que me quería y que juntos íbamos a criar a aquel hijo que se había presentado de improviso. Nada tenía que ver con el que tenía en aquellos instantes frente a mí. No sabía qué le había cambiado, no

sabía por qué había pasado de quererme a tratarme como si no fuera más que una pobre idiota, cuya presencia no era más que un estorbo en su vida. Intenté mantener la calma, creyendo que así contribuiría a que él mismo apaciguase su ira, pero no sirvió de mucho.

—No sé qué te ocurre, Luis. No entiendo por qué me tratas así, no sé si he hecho algo que te ha molestado o...

—No, Marta, no has hecho nada que me haya molestado, sencillamente me molesta todo de ti... No sabes más que controlarme.

—Eso no es cierto, eso es solo una excusa que te inventas para justificar la animadversión que sientes por mí. ¿Sabes lo que te digo? Que yo no te obligo a estar conmigo. Si tanto te molesta mi presencia puedes marcharte de esta casa cuando gustes.

Se levantó de pronto y se apostó frente a mí con los brazos en jarras. Su figura alta y amenazante me dio miedo. Por un momento tuve la impresión de que iba a golpearme, pero afortunadamente no lo hizo. Se limitó a soltar por su boca palabras cargadas de un desprecio que yo jamás había sentido.

—Pues a lo mejor tienes razón. No me apetece estar más contigo. La realidad es que me apetece mucho más estar con las chicas que nos acompañan a mis clientes y a mí cuando salimos por las noches. Pero si me voy, ¿de qué vas a vivir tú? ¿De lo que te van a pagar en la radio? Necesitas mi dinero y yo necesito a alguien que me haga la comida y me lave la ropa. Única y exclusivamente, porque para follar ya tengo a otras por ahí mucho mejores que tú en la cama.

Aguanté las ganas de llorar, de gritar, de patalear. No iba a darle el gusto de mostrarle mi pena.

—Eres patético —le dije.

Aquella noche me acosté en el sofá. No deseaba sentir su piel rozando la mía. Tampoco quería que escuchara mi llanto. Me sentía enormemente frustrada y la sensación de fracaso me invadía, llevaba una temporada pensando en marcharme de la casa y en un arrebato de valentía aquella noche tomé la decisión. No tenía a dónde ir ni a quién acudir, pero de momento hablaría con Alicia para que me permitiera quedarme en su piso mientras no encontraba dónde meterme.

No dormí casi nada en toda la noche y cuando escuché que Luis salía a trabajar, muy temprano, me levanté y me puse manos a la obra. Recogí mis cosas y las de Nerea, las estrictamente necesarias. Cuando fue hora llevé la niña al colegio y allí hablé con Alicia. Le conté lo ocurrido y la puse al corriente de mis intenciones de dejar a Luis. Ya no aguantaba más.

—¿Estás segura de que no quieres hablar con él? —me preguntó mi amiga.

Le dije que no, que no deseaba verle en unos días, que prefería que los ánimos se calmaran y después, cuando mi mente y la de él hubieran vuelto a su sitio,

hablar y tomar las decisiones que fueran necesarias.

—Pues entonces recoge tus cosas y vente a casa.

Así hice. Una vez con Alicia le conté con pelos y señales la discusión de la pasada noche.

—Llegó a decirme que solo me quería para que le atendiera, que tenía otras mujeres para disfrutar en la cama... Y yo ya no lo soporto más. He aguantado demasiado. Y como él no parecía dispuesto a irse de casa... me voy yo.

Mi amiga me miró con cara de circunstancias.

—¿Quieres un café? Tengo algo que contarte.

—¿Algo que contarme? ¿Sobre qué? —pregunté.

—Sobre tu marido.

Un escalofrío recorrió mi espalda. No entendía por qué mi amiga podía saber cosas sobre mi marido que yo ignoraba. Más cuando yo sabía que Luis no era santo de su devoción, más bien al contrario. Alicia sirvió sendos cafés y mientras los tomábamos me puso al corriente de la historia oculta de Luis.

—Hace unos dos meses, yendo con mi ex, nos lo encontramos por la calle y nos saludamos. Ángel me preguntó de qué le conocía y yo se lo dije. Y entonces me contó. Un compañero suyo de trabajo es íntimo amigo de tu marido y suelen irse de farra juntos. La mitad de las cenas de empresa que se inventa no existen, son juergas con ese muchacho y con algunos más en las que al parecer hay muchas chicas por medio.

No sé por qué no me sorprendió aquella historia. En realidad era algo que venía sospechando desde hacía tiempo.

—Y... ¿sabes quién es ese amigo?

—Creo que me dijo que se llamaba Pascual.

—Pascual... sí, le conozco. Es un chico de allá del pueblo. Nunca tuvo muy buena fama. Jamás pensé que Luis fuera su amigo.

—Pero hay más. Ayer Ángel me llamó por teléfono y me contó que tu marido había estado en la fábrica buscando a Pascual. Le acompañaba una mujer. Ángel, como quien no quiere la cosa, le preguntó a Pascual quién era la chica y éste le dijo que era la novia de Luis.

Me sentí extraña, invadida por una confluencia de sentimientos encontrados que ni yo misma entendía. Por un lado sentí alivio por conocer la verdad, por otro, pena y dolor de que lo mío con Luis terminara así.

—¿No tenías pensado decírmelo? —le pregunté a mi amiga.

—No sabía qué hacer, Marta —respondió Alicia, suspirando—. Por una parte quería decírtelo. Eres mi amiga, te aprecio y me fastidia que un sinvergüenza se ría de ti; pero por otra... me parecía que no estaba bien inmiscuirme en una relación de pareja. Compréndeme.

La comprendía, claro que sí. Mi amiga se acercó y me abrazó en un gesto que pretendía ser de consuelo, aunque en aquellos momentos, a pesar de no manifestarlo abiertamente, no había consuelo para mí.

—Vas a empezar de nuevo, Marta, y yo te voy a ayudar. Será duro, pero lo superarás, ya verás.

Entonces no pude evitar que una lágrima traicionera surcara mi mejilla.

—Yo le quiero —dije con un hilo de voz—, y no entiendo por qué ha ocurrido esto, por qué ha cambiado así.

—No pienses en ello. Piensa solo en el tiempo que llevas aguantando sus desplantes. No te mereces un hombre así a tu lado. Tienes que intentar ser feliz de nuevo.

Alicia tenía razón, pero qué difícil era incluso asumir el fin.

CAPÍTULO 4

Intenté organizar mi vida para que Nerea no fuera muy consciente de lo que estaba ocurriendo, aunque no fue posible del todo. Luis no llamó ni intentó ponerse en contacto con nosotras, por lo que la pequeña echó de menos a su padre desde el primer momento. Yo le dije que había tenido que hacer un viaje y que previsiblemente tardaría unos días en regresar. No me hizo más preguntas. Estaba segura de que más temprano que tarde Luis haría acto de presencia, tendríamos que hablar y arreglar la situación. Jamás pensé que el desinterés por ambas fuera tal que no se preocupara ni siquiera por su pequeña, que ya no por mí. Pero así fue. Los días iban pasando y Luis no daba señales de vida. Supongo que lo mismo podría pensar él de mí, pero yo no estaba dispuesta a dar el primer paso, entre otras cosas porque hacía meses que no me sentía tan tranquila como entonces. Así que el tiempo fue pasando y con él se fue llevando el recuerdo de mi marido. No quise saber nada de él, a pesar de que sabía que Alicia tenía acceso a datos de su vida por medio de su exmarido, pero la vida de Luis, visto lo visto, casi había dejado de tener interés para mí.

Por otro lado comencé a acompañar a Alicia a la radio y hacer mis pinitos frente al micrófono. Al principio me daba mucha vergüenza, mas poco a poco me acostumbré y al cabo de unas cuantas semanas ya hablaba con soltura. Pero no me pagaban nada y yo no podía estar viviendo de la sopa boba. Tenía una hija que mantener y mis ahorros, los que yo había podido rescatar después de mi separación, menguaban poco a poco, así que comencé a plantearme la posibilidad de buscar un trabajo, en lo que fuera, puesto que allí no se me tomaba en serio. Sin embargo esta vez la suerte llamó a mi puerta y el mismo día en que pensaba despedirme recibí una proposición para conducir yo sola el mismo programa que llevaba Alicia, pero en horario de noche. Acepté de inmediato y para celebrarlo, mi amiga y yo contratamos una canguro para que se quedara con los niños y salimos a cenar y a tomarnos unas copas.

—Alicia, quiero darte las gracias por todo lo que has hecho por mí —le dije durante la cena—. Si no fuera por ti, yo aquí, sola, no sé si hubiera sido capaz de salir adelante.

—No digas tonterías. No he hecho más que lo que hubiera hecho cualquier

persona.

—Gracias de todos modos. Y ahora que voy a tener trabajo y un sueldo, me pondré a buscar un piso lo más pronto posible. No quiero abusar de tu hospitalidad.

Mi amiga puso su mano sobre la mía, en un gesto de cariño y complicidad y me dijo:

—Marta, no te vayas. El piso es suficientemente grande para los cuatro y ya me he acostumbrado a tu compañía. Los niños son felices juntos. Te propongo compartir gastos, así las dos saldremos ganando. Además, trabajando ambas con diferentes horarios nos podremos arreglar mejor con los niños estando juntas. ¿Qué te parece?

No me esperaba semejante proposición pero me pareció perfecta. A mí me abrumaba la soledad y la posibilidad de vivir en compañía de Alicia era la ocasión perfecta para espantar mis miedos. Así comencé una nueva vida.

Me adapté pronto a mi trabajo en soledad. Una vez que le perdí miedo al micrófono el resto vino rodado. La gente llamaba para escuchar sus canciones preferidas. A veces charlaban un rato y poco más. No era difícil y además me distraía mucho.

Luis no apareció en mi vida. Me enteré de que le había faltado tiempo para meter en casa a su amante. No puedo decir que no me diera pena porque estaría mintiendo, claro que me la dio. Luis había sido el único amor que había conocido y a aquellas alturas todavía no había dejado de amarle. Me hacía falta recordar sus agravios para poder ver que no era el hombre que yo quería a mi lado. Muchas noches, al meterme en la cama, repasaba aquellos pocos años que habíamos pasado juntos y me parecía increíble que hubiera cambiado tanto en tan poco tiempo. Luis había pasado de ser el marido ideal, cariñoso y atento, a ser un perfecto desconocido que no mostraba el menor afecto por su familia. Eso era lo que más me dolía, que Nerea no significara nada para él. Mas como bien dice el refrán, quien siembra vientos recoge tempestades, y llegó un momento en que la niña dejó de preguntar por él. Si él se había olvidado de ella, ella le pagaba con la misma moneda, o al menos eso parecía. Crecía feliz. Quería al hijo de Alicia como si fuera su propio hermano y su dicha era la mía. No podía pedir más.



Aquella noche no me sentía anímicamente bien. Sin motivo alguno me había entrado la nostalgia y durante todo el día Luis había estado rondando mi mente sin mucho sentido. No tenía demasiadas ganas de escuchar la palabrería de los

oyentes, pero no me quedaba más remedio, así que me armé de valor y de paciencia, esperando que nadie notara que no me encontraba precisamente en mi mejor momento. Entonces llamó él, el griego. No sé qué fue, si su voz, si su acento mediterráneo, si su tonalidad triste; el caso es que consiguió despertarme de mi letargo.

—Tenemos otra llamada para dedicar una canción. Hola...

—Buenas noches, Marta.

—Hola, ¿cuál es tu nombre? ¿Desde dónde nos llamas? ¿A quién quieres dedicar una canción? Cuéntanos.

—Me llamo Andros, estoy llamando desde la ciudad y me gustaría escuchar una canción de mi tierra, un *sirtaki*. Soy griego.

Era una voz profunda y suave a la vez. Pronunciaba las palabras resaltando algunas sílabas, dejando entrever un leve acento desconocido. Nunca entendí el motivo por el cual me dejé llevar por aquella voz. Tal vez fuera por la historia que contó. Las instrucciones de la jefatura era que no dejara hablar demasiado a los oyentes, pero esta vez no me pude resistir. Andros contó que se sentía triste, que echaba de menos su tierra natal, que había venido a España detrás de un amor que finalmente no cuajó.

—Tu programa me anima mucho —dijo—. Lo escucho todas las noches antes de dormirme. Me ayuda a llevar mejor los problemas.

—Gracias, Andros. Me alegra que nuestro programa te anime. Tenemos que buscar tu música en nuestra discoteca y enseguida sonará. Llama siempre que quieras.

—Lo haré. Gracias, Marta.

No tenía sentido y yo era consciente de ello. Pero aquella noche me fui a casa con la voz del griego grabada en mi mente. Y a la mañana siguiente, mientras Alicia y yo regresábamos de llevar los niños al colegio, no pude evitar hablarle de él.

—Parecía tan triste... —le decía mientras caminábamos con lentitud hacia nuestra casa—. No sé lo que me hizo sentir. Era como... como si fuera mi alma gemela.

Alicia y yo nunca comentábamos las llamadas que los oyentes hacían al programa, entre otras cosas porque en general no tenían ninguna importancia. Tampoco la del griego había tenido importancia, no había contado nada especial. Sin embargo aquella vez no me pude resistir y era porque de manera irracional, me había llegado dentro. Mi amiga se rio y me miró con cara de circunstancias.

—Hablas como una muchacha enamorada —me dijo.

—Oh, por favor, claro que no. No tengo yo disposición para enamorarme de nuevo todavía. Además sería absurdo, pero me impresionó su voz, la melancolía

con la que hablaba... no sé. Supongo que no serán más que tonterías mías.

Tonterías o no, durante aquel día no me pude sacar al griego de la cabeza. Me imaginaba su aspecto, alto, moreno, con el pelo rizado y negrísimo y la sonrisa blanca y luminosa. Andros ya tenía una imagen dentro de mi cerebro, una imagen que me permitía soñar y desear que aquella noche, de nuevo, pudiera escuchar su voz profunda y envolvente. Y la escuché. Aquella noche y muchas noches más. Apenas cruzábamos unas cuantas palabras, pero siempre esperaba su llamada, y cuando esta no se producía me marchaba a casa triste, dándole vueltas a la cabeza sobre qué le habría impedido llamar. A veces, cuando entraba en la cafetería de la radio, miraba a mi alrededor y me fijaba en los hombres que había por si alguno pudiera ser él. Era bastante improbable, entre otras cosas porque allí paraban fundamentalmente los trabajadores de la emisora, y la gente de fuera que acudía solían ser parientes, amigos, o visitantes concertados. Sin embargo yo le buscaba y me imaginaba que un día se acercaba a mi mesa y entablaba amistad conmigo. Andros se estaba convirtiendo en una ilusión tonta, pero una ilusión que me hacía mantenerme viva y conservar la confianza en que, algún día, el amor podría llamar de nuevo a mi puerta.

Evidentemente no ocurrió nada. Andros no apareció, aunque llamaba casi todas las noches, y yo lo mantuve en mis sueños como una esperanza imposible y absurda.



Hacía casi un año que nos habíamos separado cuando Luis apareció de nuevo en mi vida. Una mañana sonó el teléfono. Yo acababa de dejar a la niña en el colegio y Alicia había salido a hacer unos recados.

—¿Diga? —contesté.

—Marta, ¿eres tú?

Un escalofrío recorrió mi espina dorsal al oír su voz. Lo reconocí al instante y lo vivido a su lado regresó al presente, como si aquel último año no hubiera existido.

—Sí, soy yo. ¿Qué quieres, Luis? —le pregunté de malos modos, mientras mi corazón comenzaba a latir como un caballo desbocado.

—Hablar, Marta, tenemos que hablar, ¿no crees?

Su voz era pausada y tranquila. En nada se asemejaba al Luis de los últimos tiempos, más bien parecía el de siempre, pero no me dejé llevar por los recuerdos, no podía hacerlo.

—Claro, a estas alturas, después de estar un año sin dar señales de vida, de pronto apareces diciendo que tenemos que hablar. Pues yo no estoy segura de

que tengamos nada que hablar.

—Marta, por favor...

—Ni por favor, ni gaitas. He estado muy tranquila sin ti durante todo este tiempo. Déjame en paz.

Colgué el teléfono con brusquedad. Estaba terriblemente nerviosa y no sabía muy bien qué hacer. ¿Por qué tenía que aparecer en aquel preciso momento? Cuando ya lo estaba superando, cuando mi vida estaba encauzada de nuevo. No lo entendía.

Miré el reloj, no eran más que las diez de la mañana. Alicia no volvería hasta cerca del mediodía y yo sentía que si me quedaba encerrada en casa mis nervios iban a estallar. Salí a dar una vuelta. Deambulé por la ciudad hasta que llegó la hora de recoger a los niños en el colegio y después regresé a casa.

CAPÍTULO 5

Alicia parloteaba sin cesar sobre la visita a su madre de aquella mañana mientras yo daba vueltas a la comida en el plato. Los niños jugaban en el salón.

—¿Y a ti qué te pasa? —me preguntó de pronto—. No has probado bocado y estás como ausente.

Posé el tenedor sobre el plato y suspiré.

—Adivina quién ha llamado esta mañana.

Mi amiga abrió mucho los ojos y su rostro se dibujó con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿El griego? ¿Te ha llamado Andros?

—¡Qué ocurrencia, Ali! ¿Cómo me iba a llamar Andros? ¿De dónde iba a sacar el teléfono de casa? Luis, Alicia, me ha llamado Luis, que por cierto tampoco sé de dónde lo ha sacado.

La sonrisa se borró de pronto de la cara de mi amiga.

—Ah. ¿Y qué coño quería?

—Hablar, quería hablar. Se lo pensó durante un año.

—¿Y tú qué le has dicho?

—Le colgué el teléfono.

Alicia encendió un cigarrillo y me ofreció uno que acepté.

—Insistirá —me dijo.

—Lo sé.

—Y... a lo mejor deberías hablar. No podéis dejar las cosas así. Tenéis una hija. Y además, tomada la decisión de no vivir juntos deberías arreglar las cosas bien, ya sabes, separación, divorcio...

Alicia tenía razón. Aunque no me apetecía volver a ver a Luis, era consciente de que tendría que hacerlo para arreglar las cosas. Pero no iba a ser yo la que lo llamara de nuevo. No haría falta, probablemente lo haría él. Pero no, no me llamó, fue mucho más allá. Aquella noche, cuando salí de trabajar, estaba esperándome fuera, en el aparcamiento, apoyado en el maravilloso coche que se había comprado a pesar de mi oposición.

Su presencia me alteró y mi primera reacción fue intentar pasar desapercibida, pero a aquellas horas de la noche la zona estaba despejada de gente e inevitablemente Luis se fijó en mí.

—Marta, Marta, espera...

Me di la vuelta pero no me moví del sitio. Esperé a que él se acercara y lo que vi cuando lo tuve a mi lado no me gustó. Luis parecía diez años más viejo. A pesar de no tener ni treinta años, sus sienes comenzaban a blanquearse, y su mirada antes luminosa y transparente se había vuelto opaca y triste. Me di cuenta de que, a pesar de lo ocurrido, mi corazón todavía guardaba un resquicio del cariño que un día le había profesado.

—Hola —me dijo esbozando una imperceptible sonrisa.

—¿Qué quieres?

—Hablar contigo, Marta.

—Ya te dije esta mañana que...

—Sé lo que me dijiste esta mañana y entiendo que estés resentida. Pero las cosas no pueden quedar así. Por favor, Marta, entremos en la cafetería y hablemos un rato.

Hice un esfuerzo y accedí a sus deseos. La cafetería estaba vacía y supuse que a punto de cerrar. Nos sentamos en la mesa más apartada y pedimos unos cafés con leche que el camarero nos sirvió con cara de pocos amigos.

—Dime lo que tengas que decir, Luis. Es tarde —le apremié.

—Marta, yo sé... sé que no me he comportado bien contigo. Y con Nerea tampoco.

—Eso salta a la vista. Lo que pasa es que a estas alturas de la película tanto la niña como yo vivimos muy tranquilas.

Luis me miró fijamente y yo le sostuve la mirada.

—Pues yo no vivo tranquilo —dijo finalmente—. Yo quiero pedir os perdón y... quiero que volváis a casa.

Una sonora carcajada salió de mi boca. Era risa nerviosa, porque lo que acababa de escuchar no me hacía ninguna gracia. Luis tenía que estar chiflado si se pensaba que las cosas se iban a arreglar así, tan fácil. Supongo que se creía que con pedir perdón yo estaría dispuesta a abrir mis brazos y estrecharlo de nuevo entre ellos. Puede que meses atrás me hubiera prestado a semejante despropósito, pero en aquellos instantes desde luego que no. Y así se lo dije.

—Lo mejor que podemos hacer es divorciarnos, Luis. Yo no podría volver a confiar en ti jamás.

—Marta... yo reconozco que me equivoqué. Me cegó el dinero. Me di cuenta de que podía hacer tantas cosas con él... que dejé de dar importancia a lo que realmente la tenía. Tú, la niña.

Suspiré y paseé la mirada por la cafetería vacía. Uno de los camareros barría el suelo y el otro comenzaba a colocar las sillas encima de las mesas. Me sentía incómoda y estaba deseando salir de allí cuanto antes.

—Recuerdo que una de las últimas lindezas que me dijiste antes de que todo terminara era que estabas conmigo porque necesitabas alguien que te hiciera la comida y te atendiera. Deduzco que ya se ha largado la fulana que tenías contigo y que necesitas una nueva criada. Y lo siento, pero no estoy dispuesta a ello. Si piensas que sigo siendo la muchacha incauta y boba que un día conociste estás equivocado. A fuerza de golpes se aprende, Luis, y yo aprendí que no quiero estar con alguien que me humilla y me desprecia.

Luis bajó la cabeza un instante y cuando la levantó, dos gruesos lagrimones resbalaban por sus mejillas. Reconozco que verle llorar me ablandó un poco el corazón. Por aquel entonces todavía pensábamos aquello de que los hombres no lloran y que cuando lloran es porque tienen motivos muy poderosos para ello.

—Lo siento, Marta. Te juro que estoy absolutamente arrepentido de lo que hice. Hace meses que estoy solo y no hago más que pensar en ti y en la niña. No me atrevía a dar este paso. A veces... a veces me acerco al colegio y veo a Nerea. Está preciosa, con esa larga melena negra y rizada... ¿Se acuerda de mí?

—Si he de ser sincera hace mucho tiempo que no pregunta por ti.

—Por eso tengo que recuperaros. Nerea tiene un padre, que soy yo, y no quiero que se olvide de mí.

Los camareros mostraban su impaciencia dando vueltas como estúpidos después de haber recogido todas las mesas menos la nuestra. Apremié a Luis a salir de allí.

—Tenemos que irnos —le dije—, esto va a cerrar.

Pagó las consumiciones y salimos al exterior. La noche era clara y la temperatura agradable. Me dirigí a mi coche y Luis me siguió.

—¿Te has sacado el carnet de conducir? —me preguntó.

—He hecho muchas cosas durante este año que he estado sin ti. Fundamentalmente he aprendido a ser independiente —le dije con hostilidad.

—¿Pensarás lo que te he dicho? —me preguntó, obviando el tono resentido de mi voz.

—¿Regresar contigo? Las cosas no son tan fáciles, Luis, y yo he descubierto que estoy muy bien sola. Ya hablaremos.

Me metí en mi coche y me fui. Y él se quedó allí, mirando cómo me alejaba.

Llegué a casa más tarde de lo normal. Alicia estaba un poco preocupada pensando si me habría ocurrido algo.

—Los niños ya se han dormido hace mucho rato y yo estaba deseando meterme en la cama —dijo—, pero tardabas tanto que me inquieté.

—Es que he tenido visita —repuse mientras me quitaba el ligero abrigo azul y me zambullía en el sofá.

—Andros... esta vez sí que te ha ido a visitar el griego.

—Pero qué pesadita te pones con el griego. No, ha sido Luis, una vez más.
Me levanté y fui a la cocina con mi amiga pisándome los talones. Mientras me preparaba un sándwich le conté el inesperado encuentro con mi todavía esposo.
—Supongo que lo mandarás al carajo —me dijo cuando terminé.
Le di un mordisco al bocadillo y lo mastiqué con lentitud.
—Tal vez debiera hacerlo —contesté después de tragar—, pero creo que Nerea tiene derecho a tener un padre.
Alicia abrió mucho los ojos, mostrando asombro.
—¿Eso quiere decir que volverás a su lado?
—No, Ali. Eso quiere decir que dejaré que vea a su hija. La verdad es que no tengo intención de retomar mi relación con él pero... algo se me ha revuelto aquí dentro. —Y me señalé el pecho—. Supongo que todo el mundo tiene derecho a una segunda oportunidad.
Alicia me miró fijamente y enarcó las cejas.
—Mira, Marta, mi madre siempre decía que los hombres puteros no cambian nunca. Y los maltratadores tampoco.
—¡Ali! Luis jamás me ha maltratado —dije un poco enfadada.
—Nunca te ha puesto la mano encima. Pero te ha humillado, ¿no es así?
Me abstuve de responder. El que calla otorga.
—De todos modos, la decisión la tienes que tomar tú. Y yo, como soy tu amiga, te apoyaré decidas lo que decidas.

CAPÍTULO 6

Durante la semana siguiente le di muchas vueltas a mi encuentro con Luis. Lo tenía permanentemente en mi cabeza. Constantemente se me venían a la mente los recuerdos de nuestra buena época, los momentos especiales que permanecían guardados en mi memoria y que todavía eran muy recientes. A lo mejor no estaba todo perdido. A lo mejor deberíamos de regresar al pueblo y retomar la vida simple, sencilla, que teníamos al principio.

A Nerea no le hablé de Luis. Deseaba esperar un poco, hasta estar plenamente segura de lo que iba a hacer. Cuanto más pensaba, más confundida me sentía, y si bien en un primer momento la posibilidad de regresar al lado de Luis me pareció algo impensable, según iban pasando los días me decía que a lo mejor podíamos intentarlo. Hasta que por las noches escuchaba la voz de Andros, que me hacía dudar. Me preguntaba cómo sería aquel muchacho. Me preguntaba si aquellas llamadas diarias significaban algo para él, si las hacía por rutina o porque deseaba mantener el contacto conmigo, aunque fuera de aquella manera tan inusual. En el fondo sabía que era una estupidez, pero no podía evitar el sentirme atraída por aquella voz que no tenía rostro.

Al cabo de una semana Luis se puso en contacto conmigo de nuevo. Me preguntó si había tomado alguna decisión y yo le dije que lo único que tenía claro era que tenía derecho a ver a su hija. Así concertamos un encuentro, una tarde, en una terraza cerca de la playa. Aquella misma mañana le hablé a la niña de su padre.

—¿Sabes, cariño? Esta tarde volveremos a ver a papá.

La niña se quedó mirándome fijamente, con sus enormes ojos azules muy abiertos y me dijo con toda naturalidad:

—¿Ya ha regresado de su viaje?

—Sí, ya ha regresado.

—Ha tardado mucho, ¿verdad, mami?

—Sí, cielo, pero ya está aquí. ¿Te alegras de verle?

Asintió con su cabecita y sonrió. Yo respiré aliviada. Pensé que el recuerdo de Luis se había difuminado en su memoria. De hecho durante los últimos dos o tres meses no había preguntado por él ni una sola vez. Pero al parecer estaba equivocada. Los niños pueden ser muy imprevisibles y darnos grandes sorpresas.

Por la tarde, al salir del colegio, nos fuimos a la cafetería en la que habíamos quedado con Luis. La tarde era cálida y brumosa. Mi hija iba dando saltos y tarareando una canción que había aprendido aquella misma mañana.

—Estás muy contenta, preciosa —le dije.

—Es que voy a ver a papá. Hace mucho que no está aquí. ¿Se va a venir a vivir con nosotras y con Alicia y Diego?

—No, cariño. Papá seguirá viviendo en su casa, pero a partir de ahora tú lo podrás ver siempre que quieras.

Cuando llegamos Luis ya nos esperaba, y en cuanto nos vio se levantó y vino hacia nosotras. La reacción de Nerea fue abrir mucho los ojos y correr hacia sus brazos.

—*Papiiiiii*, papito... —decía mientras corría a su encuentro.

Se fundieron en un abrazo interminable. Luis le cubría su carita de besos y lloraba de emoción. Una escena muy tierna, pero no pude evitar pensar que mi marido de pronto se había vuelto muy llorón, tal vez demasiado. A lo mejor solo era fachada, una táctica para ablandar mi corazón e intentar convencerme de retomar nuestro matrimonio roto. Miré hacia otro lado, pues la empalagosa escena me ponía nerviosa, a pesar de ver a mi hija feliz al lado de su padre. Cuando finalmente se separaron, nos sentamos en la terraza y pedimos nuestras consumiciones. Nerea estuvo un buen rato pegada a Luis, hasta que comenzó a entretenerse con otros niños que jugaban por allí cerca.

—Gracias, Marta, muchas gracias por traerla —me dijo sin dejar de mirarla—. Está preciosa y muy grande. Me arrepiento tanto de haberme perdido este año de su vida...

Tuve que morderme la lengua para no decirle unas cuantas cosas que se merecía. Era evidente que lo que se había perdido había sido por voluntad propia, por su mala cabeza y sus devaneos amorosos. Luis posó su mano sobre la mía, que estaba encima de la mesa, pero yo la aparté con un movimiento rápido y automático. No me gustaba el contacto físico, ni siquiera mínimo, con un hombre que había calentado las camas de a saber cuántas mujeres.

—Marta, ¿te has pensado lo de... volver conmigo? —me preguntó casi con timidez.

—No me presiones, Luis. No puedes estar un año desaparecido y de pronto pretender que yo me eche en tus brazos. Ya te dije el otro día que estoy muy bien sola.

—Entonces... ¿No hay otro hombre?

Giré la cabeza y le miré fijamente. Aquellas palabras lograron soliviantar mi ánimo. ¿Cómo era posible que se permitiera el lujo de hacer semejante pregunta después de lo que me había hecho sufrir? Como si yo tuviera la obligación de

rendirle cuentas.

—No, no lo hay —le contesté de malos modos—, pero de todas maneras eso no es de tu incumbencia. No creo que tengas derecho a hacerme ese tipo de preguntas. De la misma manera que tú te has dedicado durante todo este tiempo a andar con unas y con otras, yo hubiera podido hacer lo mismo.

—Lo siento —contestó cabizbajo—. Tienes razón. No pretendía controlarte ni mucho menos. Pero me he dado cuenta de que te quiero y no deseo perderte.

—Luis, no te engañes, ya me has perdido. Otra cosa es que logres recuperarme, pero me parece que hoy por hoy es imposible. Y, si no te importa, no deseo hablar más sobre nosotros, hablemos sobre Nerea, para eso estamos aquí.

Eso fue lo que hicimos. Acordar los términos para compartir a nuestra hija. Me pidió tenerla fines de semana alternos y no le puse ningún problema, al contrario, incluso le propuse que si lo deseaba también se la podía quedar algún día de entre semana y aceptó.

—Así cuando nos divorciemos ya tendremos medio camino andado. Ya nos habremos puesto de acuerdo sobre los cuidados de nuestra hija, ¿no te parece?

Luis no me contestó. Se me quedó mirando fijamente con sus preciosos ojos azules velados por la tristeza, que me hicieron sentir una punzada de dolor. Algo me sacudió por dentro y en un impulso le acaricié la mejilla. Él cerró los ojos y frotó su cara contra la palma de mi mano. Luego me la besó.

—Tengo que irme, Luis —le dije, volviendo a la realidad de repente—. Dentro de un rato tengo que entrar a trabajar.

Nos despedimos de manera apresurada y quedamos en que al sábado siguiente la niña se iría con él.

Cuando llegué a casa, Alicia me esperaba impaciente. Mandé a Nerea a jugar con Dani y entre cafés y cigarrillos le conté a mi amiga el encuentro con mi todavía marido.

—Me sorprendió que la niña se abrazara a él como lo hizo. Parecía que estuviera esperando su regreso desde siempre —le dije.

—¿Y tú?

Di una calada a mi cigarrillo antes de contestar. Mi cabeza era una maraña de hilos enredados.

—Fui a su encuentro convencida de que no volvería a su lado. Y sin embargo en el último momento, cuando nos despedimos... no sé. Le acaricié y me pareció que nada había cambiado. No voy a volver a su lado, al menos de momento. No sé si le quiero, desde luego no como antes, pero... A veces pienso que Nerea se merece vivir en una familia normal, con un padre y una madre, y que a lo mejor vale la pena juntarnos de nuevo. Seguramente con el tiempo volveré a quererle como antes. ¿No crees?

Mi amiga me miró muy seria. Lo había estado haciendo mientras yo hablaba y casi pude adivinar su respuesta.

—No, Marta, no lo creo. No conozco mucho a tu marido, en realidad no lo conozco nada, pero no me gusta lo que te ha hecho y no creo que por la simple circunstancia de convivir con él regrese el amor perdido. Pero en último caso el volver o no a su lado es algo que tienes que decidir tú, ya lo sabes.

—Lo sé, pero valoro mucho tu opinión.

—En asuntos del corazón solo vale lo que piense uno mismo. Hoy por hoy te diría que si yo estuviera en tu lugar, no volvería a su lado, pero en realidad no lo sé, porque tendría que verme en la situación real para poder opinar con seguridad. Y ahora es mejor que te arregles o llegarás tarde al trabajo.

Así hice, me arreglé y me fui a la radio, intentando apartar de mi mente todo lo que no fuera la música y las llamadas telefónicas al frente de las cuales me tendría que poner en unos minutos. Aquella noche Andros no llamó. Tal vez fuera el presagio de algo.

CAPÍTULO 7

Llegó el verano y con él los días largos, calurosos, ociosos... Nerea se había adaptado sin problema alguno a las temporadas en casa de su padre. Regresaba feliz de aquellas visitas, lo cual era un signo de que todo funcionaba como era debido. Durante los últimos meses, Luis no había insistido en aquello de que podíamos retomar lo nuestro y yo me alegré. Prefería que el tiempo fuera pasando, verlo actuar y así tener apoyos suficientes para que mi mente y mi corazón pudieran tomar la decisión adecuada.

Mientras tanto, la voz del griego seguía subyugándome todas las noches, y la esperanza de llegar a conocerle algún día se iba difuminando poco a poco, evaporándose, fundiéndose con la nada de la misma manera que el humo de un cigarrillo acaba por desaparecer engullido por el aire. A veces me daba la impresión de que mi mente comenzaba a funcionar como la de una persona mayor, con formalidad y sensatez extremas, quebrando la tonta ilusión que me había hecho con un hombre al que seguramente no llegaría a conocer jamás. Y confieso que me daba pena, porque la voz de Andros, durante todos aquellos meses de soledad, me había ayudado a mantenerme en pie, y no deseaba que sus llamadas se convirtieran en una llamada más en medio de tantas. Había necesitado de sus palabras, aunque no dijeran nada, y quería seguir necesitándolas.

En el trabajo me dieron el mes de agosto de vacaciones, cosa que no esperaba porque todavía no llevaba un año trabajando (me faltaba un mes escaso), pero que me alegró, porque así podría tomar un avión e irme al pueblo a pasar al menos la mitad de las vacaciones con mi familia. Eso significaba que tendría que justificar la ausencia de Luis. Hasta el momento no había dicho nada a mis padres de la separación. Estaba segura de que mi padre se llevaría un buen disgusto, y mi madre, quiero pensar que sin mala intención, lo primero que me diría sería aquello de «ya te lo decía yo», lo cual no me hacía ninguna gracia. Nunca es plato de buen gusto afrontar un fracaso y menos si es propio.

Un domingo, cuando Luis me trajo a la niña de vuelta a casa, me pidió hablar un momento. Yo me puse tensa porque no deseaba tocar el tema «nosotros», pero aun así, accedí. Bajamos a un bar cercano y una vez allí le apremié a que hablara.

—¿Te han dado vacaciones? —me preguntó.

—Sí, todo el mes de agosto —contesté sin saber a dónde quería llegar.

—¿Y qué piensas hacer?

—Pues me iré con Nerea quince días a casa de mis padres y los otros quince los pasaré aquí. ¿Por qué me lo preguntas?

Luis jugueteaba nervioso con una servilleta de papel entre sus dedos, doblándola y desdoblándola como un autómata, claro signo de que lo que deseaba decirme le alteraba.

—He pensado que a lo mejor podíamos ir juntos al pueblo. Ni tus padres ni los míos saben que estamos así... separados.

—Ya, pero en algún momento se lo hemos de decir, y esta es una buena ocasión.

—¿Tan segura estás de que no quieres volver conmigo?

Miré a mi marido y suspiré. No, no estaba segura de nada, pero tal vez fuera lo mejor y así se lo dije.

—Somos muy jóvenes y lo que pasó ha sido... muy fuerte, Luis. Nos casamos acuciados por las circunstancias y a lo mejor lo que ahora necesitamos es la libertad que no tuvimos, vivir lo que debimos haber vivido antes. Tal vez por eso ocurrió lo que ocurrió.

—No vas a olvidarlo nunca, ¿verdad?

—No creo, pero ese no es el problema. El problema es que no estoy dispuesta a que vuelva a ocurrir nada parecido y no quiero correr el riesgo.

Luis bajó los ojos hacia la servilleta con la que estaba jugando. Durante un rato se mantuvo pensativo, tal vez buscando las palabras adecuadas y precisas para decirme lo que deseaba.

—Marta, yo sé que no me he portado bien contigo. Te lo he dicho ya un montón de veces. Y entiendo perfectamente que no te fíes de mí y que no me creas si te digo que he cambiado, que te quiero y que lo ocurrido jamás volverá a pasar. Así que me gustaría proponerte una cosa.

—Tú dirás.

—Vayámonos juntos al pueblo. Convivamos esos quince días de vacaciones. Qué mejor manera de comprobar que te estoy diciendo la verdad, que lo que deseo es estar a tu lado y... quererte. Cuando regresemos, tomas la decisión que creas conveniente.

Sopesé su propuesta durante unos minutos. Tal vez no fuera tan mala idea. Quizá pasar unos días a su lado me ayudara a abrir los ojos a lo que en realidad quería hacer.

—Está bien —le dije—. Iremos juntos.



Fueron dos semanas extrañas. Me vi navegando entre dos aguas, entre lo que deseaba y no deseaba, entre el sí y el no, entre la confusión y a veces el desánimo. Era verdad que Luis parecía el muchacho de antaño, pero también lo era que en los momentos en que yo creía por fin que había tomado la decisión de volver a su lado, el recuerdo de lo ocurrido me golpeaba con fuerza y me hacía dudar de nuevo.

Mis padres no sospecharon nada, o al menos eso creí yo, a pesar de alguna metedura de pata de Nerea, que hablaba de cuando iba a casa de papá ante la mirada incrédula de mi madre, momento en que yo tuve que inventarme una historia absurda sobre juegos y cuentos entre los tres. Mamá se la tragó totalmente.

Las noches fueron igualmente extrañas. Luis y yo dormíamos en la misma cama pero no nos tocábamos. Yo se lo había advertido el primer día, que no quería contacto físico alguno salvo el que fuera absolutamente necesario para mantener las apariencias, y Luis, por supuesto, respetó mi decisión.

La última noche, antes de regresar a Canarias, no podía dormir. Me levanté, me puse un vestido ligero de algodón, cogí mi cajetilla de tabaco y salí al fresco de la noche. La casa de mis padres quedaba cerca del pequeño puerto. Me acerqué hasta allí y al pie del mar me senté en un banco y encendí un cigarrillo. Miraba el cielo estrellado mientras pensaba que había llegado el momento de tomar la decisión. Si decidía seguir con Luis, me iría con él a Las Palmas. Si decidía continuar mi vida sola, sería mejor quedarme en el pueblo. Me buscaría un trabajo y con la ayuda que mis padres pudieran prestarme con mi hija, retomaría mis estudios. Entonces regresó a mi mente la voz de Andros, la remota posibilidad de conocerle. Sonreí para mí misma por lo estúpida que podía llegar a ser. Lo que tenía que decidir era si me iba a ir o no con quien todavía era mi marido, sin pensar en más. Y sin embargo tengo que reconocer que aquella voz incorpórea pesó en mi decisión más de lo que en un primer momento creí.

—¿Tampoco tú podías dormir?

La voz de Luis sonó a mi lado y le vi sentarse en el banco. A la luz de la luna llena sus azules ojos refulgían con fuerza y su amplia sonrisa lo envolvía todo, todo mi pequeño mundo, despejando las dudas y las incertidumbres.

—No —contesté—. Ya sabes que no me gusta mucho el avión.

Nos mantuvimos en silencio un buen rato, mirando el mar que chapoteaba contra las paredes del dique y la luz del faro que desde la lejanía chispeaba con monótona regularidad.

—Luis —dije por fin—, voy a volver contigo. Pero tienes que cumplir determinadas condiciones.

—Cumpliré todas las condiciones que tú me digas —contestó tomándose una mano y depositando sobre ella un suave beso.

—Fue... fue horrible darme cuenta de que nuestra relación se venía abajo de la manera más absurda. Me dolió mucho que me cambiaras por otra mujer —le dije —, pero me dolieron mucho más tus desprecios, la forma de comportarte conmigo durante aquellas semanas, haciéndome sentir que la culpa de todo la tenía yo y que era poco menos que una mierda.

—Lo siento, yo...

—No, no digas nada. Quiero pensar que todo aquello no fue más que fruto del momento y de las circunstancias. Y por eso he decidido darte una nueva oportunidad. Pero no te voy a pasar ni una, Luis. No quiero que haya cenas cada dos por tres, ni salidas nocturnas y mucho menos otras mujeres. De lo contrario dejaré de confiar en ti. Y otra cosa. Sé que me va a costar mucho olvidar todo lo ocurrido. Así que vamos a intentar entre los dos que esta vez salga bien, pero si no sale, si por la causa que sea yo me siento mal y veo que lo nuestro no va adelante, me iré. Si no funciona, lo dejaremos. ¿De acuerdo?

Luis asintió con un gesto. Pasó su brazo por mis hombros, me atrajo hacia él y me besó. Yo me sentí bien, casi como en los primeros tiempos, y por eso pensé que esta vez todo iba a funcionar como era debido.

CAPÍTULO 8

Al día siguiente de nuestro regreso a Las Palmas, recogí mis cosas del piso de Alicia y volví a ocupar mi casa de antaño. Alicia se marchaba al día siguiente a pasar unos días a Valencia con su padre, que vivía allí.

—Te voy a echar de menos —me dijo cuando nos despedimos—. Ya me había acostumbrado a vivir a tu lado.

—Yo también a ti —repuse—, pero al fin y al cabo nos seguiremos viendo todos los días. Cuando los niños reanuden las clases yo seguiré cuidando a Dani mientras tú estás trabajando. Ahora pásalo bien en Valencia y regresa con energías renovadas.

El primer día en mi casa lo dediqué a poner todo en orden de tal manera que por la noche, cuando terminé mi tarea, me sentí satisfecha del trabajo realizado porque parecía que nada había cambiado. Daba la impresión de que el tiempo se había detenido y de que por aquella casa no había pasado otra mujer que no fuera yo. Estaba cansada y pensé que lo mejor que podía hacer era irme a la cama, así que me di una ducha, tomé una frugal cena y después de acostar a Nerea hice yo lo propio. Luis había tenido que acudir al taller a arreglar unos asuntos de última hora, pues su socio salía de vacaciones al día siguiente y se trataba de trámites urgentes.

Cuando me vi entre las sábanas que yo misma había puesto en la cama aquella tarde, me di cuenta de que realmente Luis había compartido aquel lecho con otra mujer en mi ausencia y me sentí incómoda. La pequeña dosis de felicidad que me había invadido al ver todo igual que antes se esfumó, diluida por mis pensamientos negativos. Me levanté, fui al baño, me mojé la cara con abundante agua y al mirarme al espejo me pregunté qué demonios estaba haciendo yo allí, intentando reconstruir un matrimonio que probablemente fuera imposible levantar. Los recuerdos no iban a ser fáciles de desterrar.

Cuando regresé al dormitorio escuché cerrarse la puerta de la calle. Luis había llegado. Escuché también sus pasos acercándose a la habitación y enseguida apareció su imagen apoyada en el quicio de la puerta.

—Buenas noches —dijo con una sonrisa—. Por fin he terminado.

—Te he dejado en la cocina algo de cenar —le dije.

—No tengo hambre. Estoy cansado y me apetece meterme pronto en la cama. Me voy a dar una ducha.

Mientras escuchaba el sonido del agua cayendo en el baño pensaba en que, inevitablemente, Luis y yo habríamos de retomar nuestra vida íntima y no estaba muy segura de que fuera a resultar, aunque estaba dispuesta a poner mi empeño en ello. Las relaciones sexuales con mi esposo habían llegado a ser muy satisfactorias a pesar del fracaso de las primeras veces, cosa por otra parte normal entre dos muchachos jóvenes e inexpertos.

Luis salió del baño vestido solo con su ropa interior. Olía a la fragancia de limón del gel de baño. Después de dar unas cuantas vueltas por el dormitorio haciendo no sé qué, se acostó a mi lado.

—¿Cómo habéis pasado la tarde? —me preguntó.

—Ordenando todo.

—Me gusta que la casa vuelva a estar como siempre, que se note tu mano. — Me acarició la mejilla—. Me gusta tenerte de nuevo junto a mí.

Me besó suavemente mientras deslizaba el tirante de mi camisón y acariciaba mi cuello. Su respiración se agitaba y acercó su boca a mi oído.

—Llevo tanto tiempo deseando este momento... Te quiero, Marta, te quiero...

Yo no dije nada, simplemente me dejé hacer. Pero ni siquiera cuando la mano temblorosa de Luis alcanzó mis pechos y los acarició conseguí excitarme como antes. Nada era lo mismo. El deseo no lograba salir a la superficie como en los primeros tiempos de nuestro matrimonio, cuando un simple roce de piel provocaba que la pasión lo desbordara todo. Yo no sentía nada, era como si mi cuerpo hubiese muerto, ni siquiera sus jadeos, aquellos que antaño tanto me gustaba escuchar, conseguían que saliera de mi letargo.

—¿Qué pasa, Marta? ¿No me deseas? —preguntó mi marido separándose un poco de mí y mirándome a los ojos.

No fui capaz de sostener aquella mirada. Me sentía culpable, a pesar de ser consciente de que yo no podía mandar en mis sentimientos, a pesar de tener claro que el causante de aquella situación había sido él y no yo.

—No es eso, Luis —contesté finalmente—. Los recuerdos están demasiado recientes y afloran en el momento más inoportuno. No puedo dejar de pensar que hace poco era otra mujer la que ocupaba mi lugar. Lo siento.

Luis me abrazó con ternura. Acarició mi pelo y mi mejilla.

—No te preocupes. Lo entiendo. Tómate tu tiempo, yo sé que volveremos a ser felices, ya verás.

Le besé. Apagué la luz e intenté dormirme. No estaba yo tan segura de que aquella supuesta felicidad volviera a tocar a nuestra puerta.

*

El tiempo pasaba. Volvimos a ser una familia. Luis parecía haber cambiado. Era el mismo de antes, el hombre responsable, solícito y bueno que amaba a su mujer y a su hija por encima de todo. Se habían terminado las salidas nocturnas, las cenas con clientes, todo marchaba bien y sin embargo yo notaba que en aquella relación aparentemente idílica faltaba algo. Faltaba confianza y probablemente sobraban malos recuerdos. A veces pensaba que en cualquier momento todo podía volver a estallar por los aires, a pesar de que aparentemente no había motivo para ello.

Un sábado me desperté temprano y la cama estaba vacía. Luis no tenía que salir a trabajar y me extrañó su ausencia, pero no le di más importancia. Me levanté. Nerea aún dormía y me dirigí a la cocina a prepararme un café. Al mirar el calendario me di cuenta del día que era: dos de diciembre, cumplía veintitrés años. Sonreí ligeramente al darme cuenta de que seguramente mi marido había salido a comprarme un regalo de cumpleaños. Me dije que tenía que preparar un pastel de manzana, que era el que más gustaba a Luis, y tal vez aquella noche pudiéramos salir a cenar juntos, a recuperar la intimidad y la complicidad que no terminaba de cuajar a pesar de nuestro empeño.

El teléfono sonó y descolgué. Me sorprendió que fuera mi jefe, llamándome un sábado y a una hora tan temprana.

—Buenos días, Marta —me dijo—. Perdona que te moleste, tengo que pedirte un favor.

—Está bien, tú dirás.

—¿Podrías trabajar esta noche? Ya sé que no es tu programa, pero Inés se ha puesto mala, me ha llamado su marido, esta noche la han operado de apendicitis y va a estar unos días de baja.

—Pero... el de Inés es un programa de entrevistas. Yo no sé hacer entrevistas.

—Lo sé. En realidad el programa de Inés lo vamos a suspender y pensé en rellenar con el tuyo. Te pagaré bien. Ya sé que es tu día de descanso, pero te lo pido como un favor.

—Está bien —dije, finalizando mi cena romántica antes de que comenzara—. Estaré ahí a la hora de siempre.

En el preciso momento en que colgaba el teléfono se abrió la puerta de la calle y entró Luis.

—Buenos días —le dije con una sonrisa—. Has madrugado mucho hoy.

—Tenía algo importante que hacer. Feliz cumpleaños, princesa.

Me abrazó por la cintura y me dio un leve beso en los labios, a la vez que me entregaba un sobre blanco.

—Tu regalo —me dijo.

—¿Qué es? —pregunté mientras lo abría.

Dentro había dos billetes de avión hacia Atenas para fin de año. La vida a veces tiene esas ironías. Andros seguía llamando a mi programa casi todas las noches y su voz seguía revolviendo mi deseo de conocerle... y mi marido me regalaba un viaje a Atenas.

—¿Por qué a Atenas? —pregunté estúpidamente.

—Bueno... no sé... pensé que te haría ilusión. Como te gusta la historia y el arte... pero si quieres podemos cambiar a otro lugar. París, Londres... el caso es pasar unos días en compañía uno del otro recuperando lo que hemos perdido.

Quise preguntarle qué era aquello que habíamos perdido pero no me atreví, tal vez por miedo a su respuesta.

—Tienes razón, Atenas está bien. Será un bonito viaje.

—¿Crees que Alicia podrá quedarse esos días con la niña? Podríamos llevarla pero... yo prefiero que vayamos solos.

—Supongo que sí, hablaré con ella. Por cierto, esta noche me hubiera gustado que saliésemos a cenar, pero me llamó mi jefe. Se ha suspendido un programa por enfermedad de la chica que lo lleva y quieren rellenar el hueco con el mío.

—No te preocupes —dijo mi marido sonriendo—, en Atenas nos desquitaremos.

Aquella noche, mientras conducía hacia la emisora, no podía dejar de pensar en lo irónico de la situación. Desde que Luis y yo habíamos vuelto a vivir juntos había dejado de prestarle demasiada atención a Andros, o al menos lo intentaba, y si notaba que mi mente se escapaba en su pos, hacía lo posible por espantarlo. Sin embargo aquel viaje a Atenas parecía decirme que el griego era mi destino, como si una fuerza desconocida me empujara hacia él y su mundo.

Cuando llegué a la radio, me dirigí directamente a mi lugar y me concentré en la música que había de poner y las llamadas que había de recibir, que probablemente no serían demasiadas puesto que los sábados no era día habitual del programa. Cuando entré en el pequeño cubículo vi un gran ramo de rosas blancas posado sobre la mesa.

—¡Anda, que ramo tan bonito! —exclamé—. ¿Te lo han regalado, Silvia?

Mi colaboradora me miró con una sonrisa cargada de picardía y me dijo.

—No es mío, es para ti. Te lo debe de haber enviado algún admirador.

Mi corazón comenzó a latir con fuerza. Las rosas no podían ser de Luis, no tenía ningún sentido que las enviara a la radio. En la ciudad no tenía muchos amigos. En realidad, salvo Alicia, no tenía amigos. Si acaso algunos conocidos que no creo que tuvieran el detalle de enviarme flores por mi cumpleaños.

Me acerqué a la mesa y con manos temblorosas abrí el pequeño sobre, que permanecía sujetado por una pequeña pinza al papel de celofán que envolvía las rosas.

«Gracias por hacerme disfrutar de la caricia de tu voz todas las noches, de la buena música a tu lado. Gracias por hacerme la vida un poco más fácil», firmado «Andros Aesop».

—¿De quién es? —preguntó la muchacha.

—De mi marido —mentí—. Ha querido darme una sorpresa y lo ha conseguido.

—Vaya, qué suerte. Eso es tener un marido romántico.

No me paré a pensar cómo había podido averiguar la fecha de mi cumpleaños. Aunque en realidad en la tarjeta no hacía ninguna referencia a ello. Puede que hubiera sido casualidad. Guardé la tarjeta en mi bolso, coloqué las flores en un recipiente con agua y me senté en mi puesto de trabajo. Me sentía extrañamente feliz, a pesar de que esa noche Andros no llamó.

CAPÍTULO 9

A partir de aquel día mi absurda ilusión con el griego se intensificó. Ahora sabía que sus llamadas al programa no eran rutinarias, que yo despertaba en él algún sentimiento, aunque fuera simplemente gratitud. Solo faltaba dar un paso más, llegar a conocernos en persona. Mi imaginación comenzó a hervir de manera casi incontrolada. No pensaba en Luis, en rescatar un matrimonio que había estado a punto de hundirse, pensaba solo en la posibilidad de intentar una nueva vida al lado de un hombre que solo era un enigma, una quimera. Y me sentía feliz, muy feliz, como si aquel irracional sueño tuviera una mínima consistencia, sin darme cuenta de que en el hipotético caso de que se convirtiera en realidad quebraría de raíz los cimientos de mi vida.

Canturreaba a todas horas como una adolescente esperanzada, sonreía como una boba y los avatares cotidianos de la vida me parecían de color de rosa, algo que no le pasó desapercibido a mi amiga Alicia.

—Estás muy contenta, Marta. ¿Será que las cosas con Luis te van muy bien? —me preguntó una tarde en la que compartíamos café.

No pude evitar que el rubor subiera a mi cara, como una niña pillada en falta. Me encogí de hombros intentando disimular.

—Estoy contenta como siempre y las cosas con Luis... simplemente van — contesté.

—Pues insisto. Si las cosas con Luis simplemente van... te veo demasiado contenta. A mí no me engañas. No hace mucho tiempo que nos conocemos pero aun así, creo que lo suficiente como para saber que ese entusiasmo se debe a algo fuera de lo normal.

Suspiré y sonreí. Me sentí feliz de poder contarle a alguien lo que me ocurría. Hasta el momento había tenido la boca cerrada, tal vez porque en el fondo era consciente de que me estaba comportando como una niña tonta.

—No se te escapa una —le dije—. Prométeme que no se lo dirás a nadie.

—Soy una tumba —dijo mi amiga, levantando una mano en señal de juramento.

—Hace unos días el griego me envió un ramo de rosas a la radio.

Alicia abrió mucho la boca y los ojos.

—Y no me habías dicho nada... eres una condenada. ¿Vas a verte con él? ¿Te

ha hablado de manera personal?

—No, no, en realidad... todo sigue igual. Me encontré las rosas el día de mi cumpleaños, aunque supongo que fue una coincidencia. En la tarjeta me daba las gracias por hacerle la vida más fácil. Nada más. Después llamó en dos o tres ocasiones pero no hizo ninguna referencia a las rosas, por supuesto, no sería correcto. No sé, Alicia, sé que es una tontería, pero no puedo dejar de pensar en él. Cada minuto del día lo tengo en la mente.

—¿Por qué has vuelto con Luis, entonces? —preguntó mi amiga.

—Bueno... es mi marido y yo le quiero. Lo de Andros es una bobada, aunque me haga sentir contenta soy consciente de ello.

Alicia sonrió y encendió un cigarro. Yo hice lo propio.

—¿Quieres que te dé mi sincera opinión? —me preguntó—. No creo que ames a Luis, lo amaste en su tiempo, pero ahora lo que necesitas es comenzar una nueva vida. Es cierto que el griego no es más que una ilusión boba, pero a lo mejor no estaría mal que le buscaras, que le conocieras y que así supieras si esa ilusión puede ir más allá.

Di una profunda calada y eché el humo del cigarro despacio. En el fondo sabía que Alicia tenía razón, yo misma lo había pensado mil veces, pero, de manera inconsciente, no estaba dispuesta a admitirlo.

—No, Alicia, estás equivocada. Yo quiero a Luis y las cosas comenzarán a ir bien poco a poco. Lo que ocurre es que de momento está todo demasiado reciente. Necesito tiempo y él lo sabe.

—No te creo. Y el tiempo me dará la razón. Ya lo verás.

No dije nada, simplemente pensé en Andros, en lo mucho que me gustaría conocerle y en todo lo que me estaba costando recuperar mi relación con Luis. No funcionaba. Yo no conseguía olvidar, y aunque en el día a día el trato era cordial e incluso cariñoso, las relaciones sexuales eran un completo desastre. Yo no había conseguido tener ni un orgasmo cuando hacíamos el amor, cuando antes me excitaba con solo sentir su mano acariciando mi piel.

—Estoy segura de que nuestro viaje a Grecia será definitivo. Libres de preocupaciones, conseguiremos recuperar lo perdido —dije.

Alicia sonrió con escepticismo. Yo también sabía que mi afirmación no tenía sentido.



Unos días antes de nuestro viaje, salí a comprar algo de ropa. La ciudad en general y las tiendas en particular estaban repletas de gente haciendo sus compras navideñas. Me dirigí a unos grandes almacenes y en medio del gentío

me puse a mirar pantalones, pero había tal muchedumbre que me desesperaba por momentos. Entonces escuché una voz a mis espaldas.

—¿La ayudo en algo?

Un escalofrío recorrió mi espalda y me quedé paralizada, sujetando los pantalones que tenía en mi mano sin atreverme a dar la vuelta. Hubiera reconocido aquella voz en cualquier momento y en cualquier lugar. Era la misma que casi todas las noches llamaba a mi programa de radio, era la voz de Andros. Intentando controlar mi nerviosismo me giré y le vi por vez primera. Me lo había imaginado un millón de veces y no había acertado demasiado, no tenía el pelo rizado ni los ojos azules. Andros era alto y atlético, de facciones marcadas, la nariz ligeramente aguileña y unos ojos oscuros de los que surgía la mirada más seductora que yo hubiera sentido en mi vida. Tenía el pelo negro cortado casi al cero, con pronunciadas entradas. Y por supuesto, supongo que por exigencias de su trabajo, vestía un impecable traje gris, con camisa azul y corbata de azul más intenso. Sonreía y yo le devolví la sonrisa. Durante unos segundos dudé si decirle que no necesitaba su ayuda o inventarme algo sobre los pantalones que sujetaba entre mis manos. Él hizo un gesto elocuente con los ojos, como apremiando mi respuesta.

—Me gustaría una blusa para estos pantalones —le dije finalmente.

—Estupendo. ¿Sería tan amable de acompañarme?

Comenzó a caminar y fui detrás de él. Mi corazón latía de manera alocada y respiré profundo un par de veces para intentar calmarlo. Las piernas me temblaban. Cuando llegamos a la zona de las blusas y se dio la vuelta para mostrarme algunas, pude fijarme en que en la tarjeta identificativa que llevaba prendida en el bolsillo de su traje figuraba su nombre: Andros Aesop. Ya no cabía duda, era él.

Me enseñó unas cuantas prendas, de las que elegí tres y me fui al probador. Me puse los pantalones y las blusas, y con la última de ellas salí a mirarme a un espejo en el exterior. Él permanecía allí, parecía estar esperándome.

—La blusa le queda perfecta, y el pantalón también. ¿Qué tal las otras?

—Pues... también me gustan, creo que me las voy a llevar todas. Me gustaría también mirar unos zapatos.

—Perfecto. Venga conmigo.

De nuevo le seguí y de nuevo me enseñó modelos de zapatos, me los trajo y me los probé. Cuando finalmente me decidí por unos, hice un gesto de cansancio. Él me miró sonriendo.

—¿Estás cansada? —me preguntó mientras recogía los zapatos que yo había desechado.

—Un poco. No me gustan las compras y mucho menos cuando hay tanta gente.

Aunque ahora parece que está más despejado.

—Por las mañanas está todo más tranquilo. ¿Me acompaña a caja?

Así hice. Mientras me empaquetaba los zapatos y me cobraba yo no le sacaba ojo. Me gustaba su aspecto, su sonrisa, su mirada...

—¿Puedo hacerle una pregunta? —me dijo cuando yo me disponía a marchar.

—Claro. Pero me gustaría que no me trataras de usted. Me haces sentir muy mayor y solo tengo veintitrés años.

—Lo siento, es como nos ordenan los jefes que tratemos a los clientes. Verás, me da la impresión de que nos conocemos de algo y no consigo recordar en qué lugar nos hemos visto antes. ¿Vienes mucho por aquí?

Mis nervios, que habían logrado calmarse, se agitaron de nuevo, y no pude evitar un ligero temblor en mi voz.

—Vengo por aquí de vez en cuando, pero estoy segura de que es la primera vez que te veo, si no fuera así me acordaría. Ese acento es difícil de olvidar. ¿Puedo preguntarte de dónde eres?

—Claro, soy de Grecia.

De pronto entornó los ojos y me miró de soslayo.

—Ya sé de qué me sueñas. Lo que se me hace conocida es tu voz. ¿No trabajarás en la radio, por casualidad?

Podía decirle la verdad, que sí, que era la Marta que él pensaba. Eso era lo que en realidad quería, darme a conocer y a lo mejor dar pie para iniciar con él la relación que fuera, incipiente, los primeros brotes de algo que tal vez no condujera a nada... o a todo. Pero no lo hice. En el fondo tenía miedo. Me sentía presa de mis propios prejuicios. Estaba casada, y una cosa era fantasear con alguien inalcanzable y otra muy distinta ponerme en riesgo de cometer una infidelidad.

—No, no trabajo en la radio —mentí—. Tengo que irme, se me está haciendo tarde.

—Claro. Bueno, encantado de conocerte.

—Yo también. Adiós y gracias por tu amabilidad.

CAPÍTULO 10

No le hablé a Alicia de mi encuentro con Andros. Todavía no. Me sentía extraña, me sentía feliz y a la vez mi cabeza se enmarañaba en unos remordimientos sin sentido, como si conocer a aquel hombre fuera el delito más horroroso de la Tierra. Y si no le contaba nada a mi amiga era precisamente por eso, por los remordimientos que me provocaba mi imaginación al soñar que pudiera llegar a tener algo con aquel muchacho.

Sin embargo, más allá de mi pesadumbre, yo quería verle de nuevo. Necesitaba llegar al final, fuera o no correcto, aunque no sabía si sería capaz de hacerlo. Llegué a la conclusión de que lo mejor era dejarme guiar por mis instintos y no pensar demasiado lo que iba a hacer o no. Por momentos pensaba que no quería perderme lo que la vida podía ofrecerme de la mano del griego, si es que podía ofrecerme algo. Pero al instante siguiente la voz de mi conciencia me gritaba que no hiciera locuras, que me dejara de estupideces y me centrara en mi marido y mi hija, al fin y al cabo ellos eran lo más importante. Nerea sí, pero Luis... ¿lo era realmente?

Aun viendo las cosas de aquella manera tan complicada, aun siendo consciente de que podía meterme en buen lío, al día siguiente forcé un nuevo encuentro. Acudí a la tienda a la hora del mediodía para no encontrar tanto barullo y le busqué. Fue fácil encontrarle. En cuanto le vi, me dirigí hacia su zona y me puse a mirar la ropa de manera distraída. Cogí un vestido de un perchero y me lo coloqué por delante del cuerpo mirándome a un espejo.

—Deberías probarlo. Yo creo que te sentaría muy bien.

Evidentemente era él. Le miré y le regalé la mejor de mis sonrisas.

—Hola —le dije—. Es muy bonito. Ayer había tanta gente que no tuve ganas de mirar más cosas, así que hoy... he vuelto.

—Ya veo. Pues estaré encantado de atenderte.

Me miró fijamente a los ojos con aquellos suyos, tan seductores. Me ruboricé y sentí un calor horrible en el rostro. Miré para otro lado intentando disimular mi turbación. Aquel hombre me había conquistado primero con su voz y ahora iba camino de hacerlo con su mirada. Comencé a pensar que estaba abocada a él sin remedio.

Me dirigí al probador y él se quedó a mis espaldas. No volví la vista atrás, pero

mi instinto me dijo que me seguía con la mirada. Me puse la prenda. Era un ligero vestido de fondo negro estampado en pequeñas flores rojas y verdes, suelto desde debajo del pecho. Tenía un corte romántico que me sentaba realmente bien. Salí del probador para mirarme en un espejo que me diera más perspectiva. Y allí estaba él. Parecía esperarme.

—El vestido parece hecho para ti —dijo—. Estás realmente bonita.

—¿De veras? —pregunté a la vez que me daba una ligera vuelta.

—De veras.

Sus ojos hechizantes estaban clavados en mí, y una media sonrisa asomaba a su rostro. Por unos instantes mis propios ojos se fijaron en los suyos. No podía apartar mi mirada de la suya. Me hubiera gustado alargar la mano y acariciarle el rostro. Incluso acercarme y depositar un suave beso en sus labios. De pronto volví a la realidad. Me di cuenta de que mis pensamientos eran los de una quinceañera ilusionada con el primer amor. Pero ni yo era una quinceañera, ni el hombre que tenía en frente podía ser mi amor, ni el primero ni el segundo ni ninguno, al menos mientras yo permaneciera al lado de mi marido.

—Eh... bueno, voy a sacármelo. Ahora vuelvo.

Entré de nuevo en el probador y me vestí con mi ropa. Cuando salí, él atendía a otra mujer. Me dirigí a la caja y esperé.

—¿Te lo llevas? —me preguntó cuando se acercó.

—Sí.

—¿Quieres algo más?

—Pues... creo que no. A lo mejor se me ocurre algo más tarde y tengo que volver. Cuando sales de viaje ya sabes... te hace falta de todo.

—¿Te vas de viaje? ¿Lejos?

Hablábamos mientras él manipulaba la caja para cobrarme. Pero lo hacía con parsimonia, como si no tuviera prisa.

—A Atenas... con unas amigas.

Se iluminó su mirada cuando oyó hablar de su tierra.

—Vaya, qué suerte. Me gustaría acompañarte.

—¿Está allí tu familia?

—Mis hermanas y sus familias. Mis padres murieron hace años ya. Son cinco mil pesetas.

El precio del vestido puso punto final a la conversación. Saqué de mi cartera un billete y se lo entregué. Después tomé la bolsa que me tendía y me marché.

—Adiós —le dije.

—Adiós. Pásalo bien en tu viaje.

Salí de allí con su sonrisa grabada en mi cabeza. Al día siguiente partía hacia Atenas. Sabía que él me iba a acompañar durante los días que durara viaje, no

podía ser de otra manera.

Aquella misma noche era la última de trabajo antes de las mini vacaciones. Los viajes siempre me alteran un poco y esa vez no fue diferente. No tenía demasiadas ganas de atender llamadas pero el deber era el deber, así que me armé de paciencia y las aguanté estoicamente. Eran las doce en punto, media hora antes de mi salida, cuando llamó Andros. Aquella llamada me trastocó los esquemas, más de lo que ya me los trastocaba su sola presencia.

—Hoy me gustaría que me pusieras la canción de Morris Albert, *Feelings*.

—Oh, esa canción me encanta, es una de mis preferidas —dije.

—Pero además me gustaría dedicársela a una chica especial. A alguien que conocí ayer en mi trabajo.

La emoción me envolvió y mi corazón comenzó a latir con fuerza.

—Y... ¿quién es esa chica?

—No lo sé a ciencia cierta, ni siquiera sé su nombre. En todo caso creo que me está escuchando y desde aquí quiero decirle que me gustaría volver a verla. La espero donde siempre.

A aquellas alturas me pareció bastante claro que la chica de la que hablaba era yo. Mi corazón parecía un caballo desbocado y mi voz, al hablar, tembló como una hoja arrastrada por el viento.

—Estoy segura de que se acordará de ti. Gracias, Andros, escuchemos esa preciosa canción.

La música de Morris Albert comenzó a sonar. Su voz de terciopelo me acarició el alma y mi imaginación se echó a volar. Yo me saqué los cascos y, apoyando los codos en la mesa, me tapé la cara con las manos. Una indescriptible emoción me invadía. Estaba segura de que aquello era el inicio de algo bonito y no quería perdmelo, aunque no fuera correcto.

—¿Marta, te ocurre algo? —me preguntó Silvia con gesto preocupado.

—No, no me pasa nada. Solo que estoy un poco cansada. Gracias, Silvia.

El programa terminó poco después y me fui a casa sin dejar de pensar en Andros. Ahora que ya le podía poner rostro, ahora que sabía que yo no le era indiferente, lo que más me gustaba era aislarme del mundo y soñar despierta con él.



El viaje a Atenas fue muy hermoso. Grecia es un país cargado de historia y merece la pena darse una vuelta por allí. Visitar la Acrópolis supone una experiencia única e inolvidable que ningún amante del arte se debería perder. En el plano personal, sin embargo, nada salió como esperaba. Luis se esforzaba lo

indecible por que yo me sintiera a gusto y yo me esforzaba otro tanto para que él así lo creyera, cosa que a ojos vista conseguía, aunque era consciente de que ese no era el camino adecuado para recuperar lo nuestro. Me pasé aquellos cuatro días con Andros en mi cabeza, fantaseando con que era él quien me acompañaba en el viaje, imaginando su existencia en aquella ciudad, imaginando incluso que un día él y yo nos asentábamos allí para iniciar una vida nueva y diferente.

La cena de fin de año fue muy especial, en un restaurante cerca de la Acrópolis, con la ciudad iluminada a nuestros pies y la música de los *sirtakis* sonando a nuestro alrededor.

—¿Te gusta todo esto, Marta? —me preguntó mi marido durante la cena.

—Es... precioso —contesté simplemente.

—¿Pero? Porque hay algún pero, ¿no?

Suspiré. Luis sonreía, pero sus ojos emanaban tristeza. No se merecía mis «peros».

—No, Luis, no hay ningún pero, el viaje es perfecto.

Acaricé su mano, que estaba sobre la mesa. La tomé con la mía y se la besé. Un te quiero hubiera sonado ideal en aquel momento, pero no me salía del corazón y no fui capaz de pronunciar las palabras. Mi amor estaba empezando a ser de otro hombre. En el fondo sabía que mi matrimonio con Luis tenía los días contados.

La última tarde en Atenas se me ocurrió que podría llevarle a Andros un recuerdo de su ciudad. Entre lo que llevábamos para Alicia le camuflé una botella de vino griego y unos dulces típicos que no se vendían en España. Supuse que le haría mucha ilusión. Cuando finalmente tomamos el avión de vuelta a casa, me propuse que la próxima vez que visitara la ciudad fuera acompañada por él.



Pasadas las Navidades, un día por la mañana, me acerqué a los almacenes con la intención de darle a Andros el obsequio que había traído para él. No sabía su turno de trabajo pero tuve suerte. Allí estaba. No había demasiada gente, lo cual me pareció perfecto, pues no quería entretenerle mucho. Me acerqué y le saludé.

—Hola —le dije.

Él, que estaba colocando zapatos en un expositor, se dio la vuelta y me miró.

—¡Hola! —dijo—. ¡Ya has regresado! Me alegro de verte.

—Si —contesté—. Y... me he permitido la licencia de traerte algo, por lo bien que me has atendido siempre y... bueno, al ser de tu ciudad, pensé que te gustaría.

—Muchas gracias, pero no hacía falta que te molestaras. Yo sólo hago mi trabajo. —Vaciló un momento antes de continuar hablando—. Oye... no quiero que pienses que soy muy atrevido pero... ¿puedo invitarte a un café? Mi turno de trabajo está a punto de terminar, salgo en diez minutos.

Por supuesto le dije que sí. Yo di una vuelta por el resto de los almacenes y a las doce nos encontramos en la entrada. Luego fuimos a una cafetería cercana donde le di mi regalo.

—Es una botella de vino y unos dulces. Como aquí no los hay, pensé que te podían gustar.

—Claro que sí —dijo mientras abría el paquete—. Muchas gracias... Hacía años que no tomaba cosas de mi país. Pero no tenías que haberte molestado. Por cierto, ni siquiera sé tu nombre.

Era cierto. Habíamos hablado dos veces pero nunca le había dicho mi nombre. Y ahora, si se lo decía, sabía que me iba a identificar como la chica de la radio, pero no me quedó más remedio.

—Me llamo Marta —dije.

Afloró a su cara su media sonrisa y me miró con sus ojos seductores.

—Vaya —dijo—, como la chica de la radio. Tienes su misma voz, te llamas de la misma manera... Bueno, ¿y qué te ha parecido Atenas? —preguntó cambiando radicalmente el tema de conversación, cosa que agradecí.

—Es un lugar precioso, me hubiera gustado quedarme más tiempo. Tal vez en otra ocasión. Y tú, ¿hace mucho que no vas?

—Sí. Desde que me vine a España no he regresado, hace casi seis años.

—Pensé que llevabas aquí más tiempo. Hablas muy bien el español.

—Allí estudiaba lengua española, pero lo dejé al venirme para aquí.

Recordé que la primera vez que había llamado al programa había dicho algo de un desengaño amoroso. Quise preguntar si era así, pero si lo hacía averiguaría que era yo la de la radio. No sé por qué no quería que lo supiera. Ese empeño de mantenerme en el anonimato no tenía ninguna razón de ser. Sin embargo no me hizo falta preguntar nada. Parecía tener ganas de hablar, porque me lo contó todo.

—Me vine enamorado, detrás de una chica española que conocí allí, en la universidad. Lo dejé todo por ella y después de unos meses aquí la que me dejó fue ella a mí.

—Vaya, lo siento, debes de haberlo pasado muy mal.

—Pues sí, un poco. En un país desconocido, lejos de casa, de la familia, de los amigos... pero lo cierto es que me gusta España y a pesar de todo no quise regresar a Grecia. Ahora ya he olvidado.

—Me alegro mucho.

No sacaba los ojos de mí. Era un tipo que miraba directamente a la cara al hablar y eso me gustaba. Emanaba sinceridad, parecía una persona segura y directa.

Me hubiera quedado con él mucho tiempo más, pero tenía que recoger a mi hija en el colegio, así que me despedí.

—Tengo que irme. En unos minutos mi niña sale del colegio y debo recogerla —le dije.

—Claro, pero... ¿nos veremos otro día?

—Por supuesto.

CAPÍTULO 11

Quedamos en volver a vernos, pero no en cuándo ni de qué manera. Yo estaba decidida a pasar por su trabajo cualquier día, pero él me lo puso mucho más fácil.

Aquella noche no llamó a la emisora. La verdad era que últimamente no lo hacía con tanta frecuencia como al principio, así que no le di ninguna importancia. A las doce y media, como todos los días, recogí mis cosas y me dispuse a regresar a mi casa. Cuando salí de la emisora y me dirigí hacia mi coche, escuché que alguien me llamaba.

—Marta.

Su voz sonó suave y cercana, tanto que al girar mi cabeza lo encontré a mi lado.

—¡Andros! ¿Qué haces aquí?

—Solo quería comprobar que estaba en lo cierto, que la Marta de la tienda y la de la radio eran la misma persona.

—Lo siento —le dije, como si fuera una niña pillada en falta—, no quise...

—Tranquila, no te preocupes. No tienes que disculparte, es lógico que no quieras desvelar tu identidad a cualquiera. Al fin y al cabo no me conoces de nada.

—Bueno, ahora sí —le contesté sonriendo.

—Ahora sí —dijo un poco azorado.

Durante unos segundos permanecimos callados, uno frente al otro, sin saber qué hacer ni qué decir, hasta que él se decidió a hablar.

—¿Te apetece tomar algo antes de marchar a tu casa? Hace una noche agradable.

No pensé en que Luis me estaría esperando. Tampoco pensé en la excusa que había de ponerle cuando me preguntara el porqué de mi tardanza. Solo sabía que deseaba estar con Andros y que no iba a rechazar su invitación por nada del mundo. Así que acepté su ofrecimiento.

—Hace una noche estupenda. Podemos acercarnos al centro dando un paseo. Yo después te acompaño para que recojas tu coche. O si lo prefieres podemos ir en mi moto.

No merecía la pena, el centro de la ciudad apenas estaba diez minutos

andando desde la emisora, así que optamos por el paseo. Caminamos conversando sobre mi trabajo en la radio y cuando llegamos al centro de la ciudad paramos en una terraza pequeña y discreta, medio vacía a aquellas horas de la noche. Nos sentamos y al frente de unos refrescos la conversación derivó hacia temas más personales.

—Así que tienes una hija —me dijo—. ¿También tienes un marido?

—Estamos separados —mentí.

—Vaya, lo siento. Pareces muy joven... Oh, creo que un día me dijiste tu edad. Sonreí.

—Tengo veintitrés años. Pero en esta vida todo me llegó demasiado deprisa, ya sabes: un embarazo no deseado, un matrimonio casi forzado... Las cosas así casi nunca funcionan. Me casé enamorada y al principio todo fue bien pero... él se cansó y comenzó a salir de noche, otras mujeres... esas cosas.

—¿Aún le quieres?

—No, no le quiero.

Fui tajante en la respuesta y en aquellos momentos era lo que sentía, aunque me faltara el valor para plantearle a mi marido una cuestión tan delicada como aquella y para afrontar una realidad que por momentos no quería ver. Nos miramos de frente. No dijimos nada, pero yo creí leer la ilusión en sus ojos. Supongo que él también supo leer los míos.

—¿Te gustaría encontrar a alguien?

Al escucharle hacer esa pregunta me dio la impresión de que esperaba una respuesta concreta, como si yo fuera a decirle que a quien esperaba era a él.

—Sí, me gustaría. Como tú, que ya has encontrado una chica, ¿verdad?

—¿Por qué dices eso? —me preguntó muy serio.

Ahora era yo la que intentaba forzar su respuesta.

—Bueno... el otro día en la radio, llamaste para dedicarle una romántica canción a una chica que habías conocido en el trabajo.

Andros soltó una pequeña carcajada. Bajó sus ojos hasta su regazo, observó sus manos unos segundos y después me miró a los ojos.

—Sí, es verdad, yo conocí a alguien que me gusta. Una chica que vino hace unos días por la tienda. Pero no hay nada entre nosotros, simplemente me gusta.

Estoy segura de que la decepción que sentí brotó hasta por los poros de mi piel. Me hubiera gustado escucharle decir que la chica era yo, es más, estaba casi segura de que lo diría, pero me equivoqué. Como casi siempre, me había montado mi propia película que al final no tenía nada que ver con la realidad. En verdad a lo mejor lo que sentía por mí era simple simpatía.

—Bueno, por algo se empieza —dije finalmente.

—Claro. Yo necesito a alguien a mi lado. Después del fracaso con mi otra

novia me sentí muy desdichado. A mí me gusta amar y que me amen, pero a veces es difícil encontrar a una mujer sincera que quiera lo mismo que yo.

—¿Y qué quieres tú?

—Lo que yo quiero es muy simple. Alguien con quien compartir mi vida, con quien reír, llorar, divertimos juntos. Alguien a quien poder acariciar, a quien poder abrazar por las noches en la cama cuando nos dormimos. Alguien que se quiera venir conmigo a Atenas a ver la luna desde el Partenón... Ya te digo, es todo muy sencillo, pero al parecer no es fácil encontrar a mujeres que les guste la vida sencilla, como a mí. ¿Tú qué crees?

Me hizo aquella pregunta en un tono tan inocente que no pude menos que sonreír.

—Supongo que encontrar la persona adecuada no es fácil. A veces crees haberla encontrado y no es así. A mí me pasó con mi marido. Era un chico maravilloso hasta que dejó de serlo. No sé. A veces es todo tan complicado... Pero bueno, el amor es algo precioso y siempre hay que mantener la esperanza. Seguro que tendrás suerte con esa muchacha que has conocido.

No dijo nada. Solo asintió con un gesto. A mí se me estaba haciendo tarde y le pedí que me acompañara hasta mi coche. Una vez allí la despedida me desilusionó todavía más. Se limitó a decirme adiós y que condujera con cuidado. No me pidió volver a vernos.

Conduje hasta casa aguantando las ganas de llorar. ¡Qué tonta era! ¿Cómo era posible que me inventara un amor inexistente cuando lo que Andros quería no era otra cosa que amistad? Estaba lejos de su país y se sentía solo. Las llamadas nocturnas a la radio para escuchar su música preferida habían llevado a conocernos en persona. Y hasta ahí. No había más, por mucho que yo me empeñara en ver cosas que no existían. Tal vez lo mejor fuera evitar encontrarme con él en la medida de lo posible y, seguramente, olvidado aquel espejismo inexistente, sería capaz de recuperar la felicidad en mi matrimonio.

Cuando llegué a casa, Luis estaba nervioso por mi tardanza.

—¿Por qué has tardado tanto? —me preguntó airado—. Me tenías preocupado, pensé que te había ocurrido algo.

—Surgió un problema en la radio y tuve que quedarme a solucionarlo —mentí.

—¿Un problema? ¿Qué problema? —insistió.

—Pues un problema con un compañero que se ha puesto malo y mañana no hay quien cubra su programa —respondí con impaciencia, pues no tenía ganas de dar explicaciones.

—¿Y habéis tardado más de una hora en solucionarlo? Por lo menos podrías haber avisado. Una llamada telefónica sería suficiente.

Comenzó a levantar la voz y no me gustó. Me recordó a nuestros malos

tiempos, cuando cualquier motivo era bueno para discutir y para humillarme.

—Tú faltabas en casa toda la noche y jamás me avisabas.

Escupí aquellas palabras cargadas de veneno como respuesta a sus reproches. Pero en cuanto las hube pronunciado me arrepentí. Luis se quedó perplejo y la expresión dura de su rostro se volatilizó como por encanto.

—Lo siento —dije finalmente—. No debería haber traído a colación...

—No importa. La culpa ha sido mía por agobiarte. Me voy a la cama. Tienes la cena en el horno.

Le vi retirarse al dormitorio y yo me senté en el sofá del salón. No tenía hambre. Mi cabeza estaba hecha un lío. Mi vida parecía estar rodando por un callejón sin salida. Tenía un marido al que cada vez estaba más segura de no amar, pero con el que no me atrevía a romper de manera definitiva, no sabía bien el motivo. Un día lo había hecho y sin embargo en aquellos momentos era como si un resorte me mantuviera a su lado a pesar de mi desencanto. Tal vez fuera porque ahora no había un motivo para marchar, al menos un motivo que dependiera de él. Como si la falta de amor no fuera causa suficiente.

A la mañana siguiente me encontré con Alicia a la puerta del colegio de los niños, como todos los días, y le dije que necesitaba contarle algo. Mi amiga me miró alarmada.

—¿Te ocurre algo?

—No, bueno... sí. Tengo algo que contarte. No sé qué hacer.

En una cafetería, delante de unos humeantes cafés, le conté mis andanzas de los últimos días, mis encuentros con Andros y el desamor cada vez más intenso que sentía hacía Luis.

—Tengo la cabeza hecha un lío, Alicia. Por una parte creo que con Andros me he hecho ilusiones tontas y sé que debo sacármelo de la cabeza. Ya no soy una niña de quince años para andar pensando en estupideces. Por otra... no sé qué hacer con Luis. Me da pena tirarlo todo por la borda. He querido darle una oportunidad, pero los meses pasan y la cosa no acaba de cuajar, y no sé el motivo. Su comportamiento conmigo no puede ser más correcto.

Alicia se quedó pensativa durante un rato, con el gesto serio y preocupado, ella, que siempre era tan alegre.

—Marta, no me gusta dar consejos —dijo finalmente—, pero ya que me lo pides voy a intentar ponerme en tu lugar. Yo creo que a Luis ya no lo amas. Creo que sientes por él cariño y gratitud tal vez, pero no amor, y es por eso que, como bien dices tú, la cosa no acaba de cuajar. Es evidente que en tu mano está decidir si quieres dejarle o continuar dándole esa oportunidad que un día te pidió, en eso yo no te puedo ayudar. Y en cuanto a Andros... admito que a lo mejor nos hemos pasado con nuestras suposiciones y nuestras tonterías, no solo las tuyas, las mías

también; sin embargo no estoy muy segura de que no sienta nada por ti. — Suspiró—. En fin... creo que estar entre dos hombres tiene que ser muy complicado.

—Si es que en realidad no estoy entre nadie —dije medio bufando—. Pienso que lo mejor es dejarme de tonterías y centrarme en mi relación con Luis... o no. ¡Joder! ¿Por qué tiene que ser todo tan complicado?

CAPÍTULO 12

En realidad la vida es todo lo complicada que queramos nosotros mismos. A veces basta con dejarse llevar y afrontar los acontecimientos como van llegando. Y eso fue finalmente lo que me decidí a hacer. Vivir, así, sin más. Quise borrar las últimas semanas y los días de cábalas de mi mente. Me dije que tenía que replantearme las cosas y lo hice, y llegué a ciertas conclusiones. La primera: que yo no amaba a Luis como al principio, que lo ocurrido entre los dos había mermado no solo la confianza sino también el cariño, pero que era mi marido y aunque solo fuera por Nerea iba a seguir intentando recuperar lo perdido. Segundo: que Andros me gustaba, me gustaba mucho, y en el hipotético caso de que hubiera un acercamiento entre ambos yo haría lo que el corazón me dictara en ese momento. Y tercero: que a pesar del punto segundo, estaba casi segura de que tal acercamiento no tendría lugar jamás porque él solo deseaba ser mi amigo. El punto tres me desilusionaba un poco, pero era consciente de que era lo mejor si quería amar de nuevo a Luis como en nuestros primeros tiempos, incluso llegué a pensar que lo más conveniente sería que viera a Andros lo menos posible.

Pero a mí casi siempre me salían las cosas torcidas, puede que no mal del todo, pero jamás tal y como las había planeado, y esa vez no fue diferente. Desde la noche en que llegué tarde, Luis comenzó a mostrarse un poco esquivo conmigo. Hablaba lo justo, estaba muy serio y paraba poco en casa. No es que comenzara de nuevo las salidas nocturnas, o al menos eso creía yo, pero apuraba las horas de trabajo hasta el límite, como si no quisiera pasar en el hogar más que el tiempo imprescindible. Por las noches apenas me reclamaba sexualmente, cosa que para mí era un alivio, pues desde su regreso el sexo no había funcionado como antes entre los dos. Sin embargo aquella situación no me gustaba nada, no tenía sentido si lo que yo pretendía era forjar de nuevo una unión feliz entre ambos, y un día así se lo planteé a mi marido.

—¿Se puede saber qué te ocurre, Luis? No eres el mismo de antes conmigo.

Estábamos en la cama, lugar en que el casi siempre discutíamos nuestros problemas. Él ya se había dado la vuelta, en posición de dormir, pero al escucharme se giró hacia mí con los ojos muy abiertos.

—¿No sabes lo que me pasa? Pues deberías saberlo —me contestó de malos

modos.

—Pues no, Luis, no lo sé y no me gusta jugar a los acertijos, así que te agradecería que no hicieras juicios de valor y me aclararas por qué estás tan frío conmigo.

—Porque no me gustó que me echaras en cara mis salidas nocturnas. Parece que nunca vas a olvidar esa parte de mi vida.

Clavó en mí su mirada suplicante, aquella mirada azul que un día me había enamorado y que a aquellas alturas apenas me decía nada. Aun así me sentí mezquina, pues era consciente del esfuerzo que él estaba haciendo para que las cosas funcionaran de nuevo.

—Ya te dije que lo sentía. Y no, no es fácil, Luis, tienes que entenderlo. Eras todo mi mundo y... de pronto ese mundo se desmoronó. No puedes pretender que ahora todo siga su curso como si nada hubiera ocurrido.

Mi marido volvió la cabeza para que yo no pudiera verle el rostro.

—Ya, me lo imaginaba.

—¿Qué te imaginabas?

—Que nada va a ser igual, nunca nada va a ser igual.

—Es posible. Es posible que nada pueda ser igual, pero no tiene por qué ser malo. Luis, mírame, por favor.

Se dio la vuelta y me miró. Sus ojos se mostraban brillantes y sus mejillas húmedas. Me rompía el corazón verle llorar, pero yo no podía luchar contra mis propios sentimientos.

—Cuando volvimos te dije que si esto no funcionaba lo mejor sería dejarlo. Yo no voy a tirar la toalla todavía. Estoy dispuesta a luchar, pero tú tienes que poner de tu parte. Me refiero a que no quiero que te enfades conmigo y que te calles el motivo para ti. Quiero que hablemos las cosas para poder así solucionar los problemas.

Luis asintió con la cabeza. Yo me recosté a su lado y le besé en los labios. Acabamos haciendo el amor, aunque yo, tal vez de manera inconsciente, imaginé que el que llenaba mi cuerpo de caricias era Andros.



Los días prosiguieron su camino a ninguna parte de la mano de nuestras vidas, de las de todos, de unas vidas que de pronto parecieron asentarse en la rutina, en la costumbre. Dejó de haber sobresaltos, dejó de haber sorpresas, dejó de haber tentaciones. Andros poco a poco fue dejando de llamar al programa, no sé si por voluntad propia o porque yo me mostré ligeramente seca y cortante con él. Y lo hice porque deseaba apartarlo de mi mente, porque si tal y como me había

insinuado, yo no era la mujer que ocupaba sus pensamientos, él tampoco tenía que ocupar los míos. No volví a verle durante una larga temporada. Así fue que conseguí recuperar con Luis algo de la complicidad de los primeros tiempos. Con la cabeza limpia de amoríos sin sentido empezamos a hacer cosas juntos y a disfrutar de ellas. Algo tan simple como ir al cine o pasear por la playa con nuestra hija al atardecer se convirtió en algo agradable y deseable. Volvimos a sonreírnos y a disfrutar de nuestra mutua compañía. Por primera vez desde que reanudamos nuestra vida en común, sentí que la reconciliación completa era posible y la serenidad y la calma regresaron de nuevo.

Por otra parte comencé a cansarme de la radio y de aquel horario de trabajo y me planteé en serio retomar mis estudios y comenzar en la universidad. Así que animada por Luis hablé con los jefes y les comuniqué mi decisión de dejar el trabajo. Intentaron convencerme de que continuara, pero la resolución que había tomado era firme. Estaba cansada y el programa había llegado a aburrirme, sentía la necesidad de que mi vida tomara otros derroteros, quería formarme y estudiar lo que no había podido en su día. No obstante accedí a continuar hasta que encontraran a alguien que me pudiera sustituir, cosa que ocurrió cerca del verano. Así fue que me despedí de mi primera incursión en el mundo laboral y preparé con ilusión mi ingreso a la escuela de Magisterio para el mes de octubre. En aquellos momentos sentía que la vida me sonreía y estaba feliz.

Cuando llegó julio, Luis se tomó unos días de vacaciones y nos fuimos al pueblo. Recuerdo aquella visita como algo muy especial. No sé por qué, pero disfruté cada día como si fuera el último verano de mi vida. Gocé con las fiestas, con las reuniones familiares, con mis momentos de soledad y con los días de lluvia, incluso mi madre, tan observadora siempre, se dio cuenta de ello.

—Te veo muy bien, hija —me dijo una tarde nublada en la que ambas habíamos salido a pasear por los caminos de los alrededores del pueblo—. Mucho mejor que el verano pasado. Os van bien las cosas, ¿verdad?

—Claro, mamá, muy bien, ¿por qué lo preguntas?

—Pues por eso, porque el verano pasado... algo noté raro entre vosotros. No sé decirte el qué, pero soy tu madre y a mí no puedes engañarme.

—Pues no mamá, serían figuraciones tuyas. Luis y yo estamos bien, de verdad. Y el verano pasado también lo estábamos, solo que... me costó un poco acostumbrarme a vivir allá, tan lejos... eché mucho de menos todo esto. Y cada vez que pensaba en marcharme me ponía mala.

Mi madre me miró de reojo pero no dijo nada. Yo sabía que no se había tragado el cuento, pero también sabía que no iba a insistir. A mamá nunca le había gustado Luis y se preocupaba mucho por mi bienestar, por si acaso el muchacho salía rana, según ella misma había dicho en alguna ocasión.

—Además, mamá, voy a dejar el trabajo en la radio. Luis gana lo suficiente y yo quiero estudiar Magisterio, ya sabes que es mi deseo desde siempre.

—Haces bien. Preparándote siempre podrás conseguir una ocupación mejor, aunque eso de dejar de trabajar no me gusta demasiado. Ya sabes que siempre he opinado que la independencia económica de la mujer es muy importante.

Jamás le había oído yo decir a mi madre tal cosa, pero no le llevé la contraria. Sabía que me lo decía con la mejor intención. Ella tenía miedo de que mi matrimonio fracasara y no quería que me quedara en la calle, sin dinero y con una hija pequeña que mantener. Yo también tenía miedo de que mi matrimonio no llegara a buen puerto, pero de lo que estaba segura era de que iba a salir adelante, con marido o sin él. Sin embargo aquel verano no pensé demasiado en esas cosas. No tuve ni tiempo ni ganas, porque además Luis y yo parecíamos haber alcanzado un estado de gracia impensable meses atrás que hacía prever una vida estable y una unión quizá duradera.

La noche anterior a nuestro regreso, al igual que un año atrás, salí a dar un paseo por la noche. Me gustaba despedirme del pueblo, del mar, de la luna y del faro que como todas las noches chispeaba en la lejanía. De regreso me senté en un banco del puerto y encendí un cigarrillo, en el mismo banco que el año anterior. Y también aquella noche apareció mi marido y se sentó a mi lado.

—Hola, princesa —me dijo—. ¿Ya te has despedido de todo?

Se sentó a mi lado y echó su brazo sobre mis hombros. Yo apagué el cigarrillo y me acurruqué contra él.

—Sí, hasta el año próximo. ¿Sabes, Luis? Estas vacaciones han sido fantásticas. Me siento como si... como si hubiéramos recuperado todo lo perdido.

—Me alegra escucharte decir eso. Yo también me he sentido bien, feliz, tanto que he estado pensando y a lo mejor... podríamos darle un hermanito a Nerea. ¿Qué te parece?

Me solté de su abrazo y le miré. Él también me miraba y sonreía, pero a mí no me daba ninguna gracia su proposición. El que me la hiciera quería decir que no tenía para nada en cuenta mis planes.

—Mal, Luis, me parece mal. Te he dicho que voy a comenzar a estudiar. Ya me es suficiente ocuparme de Nerea, no podría cuidar otro niño. Además, no sé si quiero tener otro hijo, al menos de momento.

La sonrisa de mi marido se heló en su rostro y me pidió disculpas.

—Lo siento, Marta. Perdona por no tener en cuenta tus cosas. Fue algo que se me ocurrió así... de pronto. Pero olvídalo. Tienes razón. Ya tendremos tiempo de aumentar la familia más adelante.

No quise discutir con él, pero yo no tenía pensado aumentar la familia. Nunca.



De regreso a Las Palmas la vida siguió su curso, pero no de la manera en que debería haberlo seguido. Porque Andros apareció de nuevo en mi vida, y esta vez lo hizo con fuerza, para quedarse. Ocurrió hacia el final del verano, a punto ya de comenzar el curso. Una tarde entré en los almacenes en los que trabajaba a comprarme un suéter. Decidí intentar pasar desapercibida y no buscarle ni siquiera con la mirada. Tuve suerte casi hasta el final, pues cuando estaba en caja dispuesta a pagar mi nuevo jersey escuché su voz a mis espaldas.

—Hola, Marta, pensé que no volvería a verte más.

Me di la vuelta y le vi allí. Sonreía y me miraba, y yo no pude evitar echarme a temblar.

—Hola —acerté a decir—, ¿cómo estás?

—Bien... ¿Y tú? Hacía tanto tiempo que no venías por aquí... pensé que a lo mejor te habías marchado de la ciudad.

Sus palabras me parecieron una estupidez, un invento sin ningún sentido que no venía a cuento.

—¿De verdad? ¿Y por qué te has hecho tal suposición? ¿Ya no escuchas la radio por las noches?

—Hace unas semanas que ya no estás.

De pronto pensé que lo mejor era largarme de allí cuanto antes. Las cosas comenzaban a ir mejor con Luis y no tenía sentido que yo las estropeará por un encuentro fortuito con una quimera. Por eso intenté despedirme apresuradamente, pero no pude.

—Tengo que irme. Me está esperando —repuse de manera cortante, dándole a entender que no quería continuar con aquella conversación. Pero él no se rindió, y al darse de cuenta de mi intención me tomó del brazo y me retuvo.

—Espera, no te vayas tan pronto. Dentro de diez minutos acaba mi turno. ¿Por qué no tomamos algo juntos y charlamos un rato?

Debería haberle dicho que no, debería haberme zafado de su mano y marchar a casa, seguramente ni siquiera debiera haber entrado en aquella tienda. En Las Palmas había cientos de sitios donde comprarse un jersey. Pero allí estaba, delante del hombre que me había subyugado de la forma más irreal, más inverosímil. Su sonrisa, su mirada y su voz suave pero varonil siempre me desarmaban y aquel día, desgraciadamente, también fue así.

—Está bien —respondí—, pero sólo un ratito, tengo un poco de prisa.

Minutos más tarde estábamos charlando en un bar. Así fue nuestro nuevo encuentro, así de simple.

CAPÍTULO 13

—Cuando me dijeron que habías dejado la radio... no sé qué pensé —me dijo.

—¿Cómo lo supiste? Cuando me fui, hacía una buena temporada que no llamabas.

—Aunque no llamara escuchaba tu programa todas las noches. Un día cambiaron de locutora y creí que te habías marchado de vacaciones, pero pronto me di cuenta de que las vacaciones eran demasiado largas, así que me di una vuelta por allí y pregunté. Me dijeron que lo habías dejado, que ya no trabajabas.

—Estaba un poco cansada. El programa comenzó a aburrirme. Supongo que el mundo de la radio no es mi mundo, me valió en un determinado momento de mi vida pero necesito retomar mis ideales de juventud ahora que mi hija va creciendo y me necesita menos. En octubre comienzo mis estudios en la escuela de Magisterio. Siempre fue mi ilusión ser maestra.

—Eso es estupendo —dijo después de dar un sorbo a su refresco—, aunque no pueda evitar echarte de menos cuando por las noches llego a casa y enciendo la radio. Ya me había acostumbrado a dormir acompañado por tu voz.

No supe qué contestarle. Andros tenía el poder de desestabilizarme y aquella vez no era diferente. No sé si es que hablaba de forma ambigua y era yo la que me empeñaba en dar a sus palabras un sentido que no tenían, pero lo cierto era que en ese preciso instante tuve la sensación de que sentía algo por mí, algo que iba más allá del deseo de retomar la incipiente amistad que un día había estado a punto de surgir.

—Y... ¿qué fue de la chica que habías conocido meses atrás? —me atreví a preguntarle—. ¿Habéis llegado a algo?

Andros sonrió, me miró medio de reojo, con aquella mirada que me sacudía el alma, y me contestó lo que yo siempre había querido escuchar.

—Durante unos meses he estado sin saber nada de ella. Por suerte la he vuelto a encontrar, es lo que tiene trabajar en una tienda. Las buenas clientas siempre vuelven y un día te encuentras a una pagando un jersey en caja, a esa que hacía tiempo que no veías y que se había quedado alojada en el pensamiento.

Mi corazón comenzó a ir muy deprisa. Tomé mi vaso y lo acerqué a los labios. Mis manos temblaban, todo mi cuerpo temblaba de emoción.

—Y... ¿te quedan muchas así, prendidas en el pensamiento?

—Por supuesto que no. Solo esa chica. Además, como encima escuchaba su voz todas las noches en un programa de la radio...

Cogió mi mano y la retuvo un momento entre la suya. Luego se la llevó a los labios y depositó sobre ella un suave beso. En un gesto casi reflejo yo la retiré.

—Tengo que irme —dije—. Se me está haciendo tarde.

Me levanté dispuesta a alejarme de él para siempre, pero me tomó del brazo y me retuvo.

—Marta, espera. No me dejes así. Dime algo... dime por lo menos si volveremos a vernos.

Podía darle dos respuestas, una la que estaba en mi mente: no vamos a volver a vernos; otra la que me dictaba el corazón: claro que quiero volver a verte. Si le decía lo primero nunca me perdonaría no vivir lo que la vida me ofrecía a su lado, que puede que no fuera nada, o puede que lo fuera todo. Si le decía lo segundo me ponía en riesgo de tirar por la borda mi vida pasada y la estabilidad que tanto me estaba costando conseguir al lado de Luis.

—No te preocupes —le dije—, sé dónde estás. Si decido verte de nuevo, yo te busco.

—Pero...

—Por favor, Andros, mi vida no es fácil. Algún día te lo contaré. Ahora debo irme. Te buscaré, te lo prometo.

Se quedó allí sentado, sin decir nada, mirándome perplejo. Yo me di la vuelta y en un arrebato le tiré un beso. Él sonrió y me dijo adiós con la mano.

Caminé por las calles de la ciudad agitada por un entusiasmo extraño. Me sentía feliz, pero con una felicidad inusual, rara, desconocida, parecida a ese entusiasmo bobo que sentimos cuando en la adolescencia nos mira el muchacho que nos gusta. No pensaba en Luis, ni en las dificultades, ni en mi hija, no pensaba en nada que no fuera el hombre que unos minutos atrás me había confesado su interés por mí, un interés que, hiciera lo que hiciera por evitarlo, era mutuo.

Encaminé mis pasos hacia la casa de mi amiga Alicia. Necesitaba contarle a alguien lo que me estaba ocurriendo. Así que minutos más tarde, sentadas a la mesa de su cocina, fumando sendos cigarros, le relaté mi encuentro con Andros. Cuando terminé mi relato mi amiga me miró con una sonrisa irónica en el rostro.

—¿Fuiste a la tienda con la intención de verle? —me preguntó.

—¡No! Fui a la tienda a comprarme un suéter y fue él quien se acercó a mí cuando estaba en caja. Sabes perfectamente que suelo comprar mi ropa allí, no es ningún milagro que haya ido.

—Ya... y resulta que el encuentro te ha... revuelto el cuerpo.

—Me ha revuelto todo. No sé qué me pasa con ese hombre, Alicia, pero me gusta, me gusta mucho, tanto que en estos momentos no me importa otra cosa que no sea él.

Alicia sonrió melancólicamente.

—¿Sabes una cosa? En el fondo te envidio. Ya me gustaría a mí que alguien me revolviere el cuerpo y la mente de esa manera.

—No lo sé —repuse—. Reconozco que la sensación es agradable, pero supongo que no es el momento. Está Luis... y ahora, últimamente... las cosas andan bastante bien entre nosotros.

Mi amiga suspiró y dejó de sonreír. Se levantó y llenó dos tazas de café de la cafetera que acababa de indicar que había hecho su servicio.

—Ya sabes lo que opino yo de tu marido —me dijo mientras sacaba el azúcar de la alacena y lo colocaba encima de la mesa—. Es tu marido y le respeto precisamente por eso, pero no me parece hombre adecuado para ti. Pero sabes que también opino que en cuestión de amores no sirven los consejos. Yo lo único que te puedo decir es que escojas el camino que escojas lo que me gustaría es verte feliz y por eso yo te apoyaré siempre.

Alicia tenía razón, yo era quien tenía que decidir qué hacer y por eso mismo estuve dos semanas dándole vueltas a mi cabeza. La vida con mi marido estaba bien pero no me satisfacía plenamente, no acababa de recomponerse aquello que se había roto cuando sus andanzas, y yo no quería que aquella situación se perpetuara para siempre. Intentaba ser objetiva y me planteaba si hubiera pensado lo mismo en el caso de que Andros no hubiera aparecido en mi vida, pero no encontraba respuesta. Lo único que tenía claro era que aquel hombre me gustaba, me atraía como si yo fuera un metal y él un imán, de forma absolutamente irremediable.

Aun así, intenté alejar de mí la tentación y comportarme como una fiel y amante esposa. No busqué a Andros a pesar de que no me faltaron ganas y fui con Luis la misma de siempre, hasta que la oportunidad se me puso en bandeja y no me pude resistir. En cuanto mi marido me dio la noticia de su obligada ausencia, supe que lo que había estado intentando evitar iba a ocurrir.

—Marta, el próximo fin de semana me temo que tengo que ausentarme.

Estábamos cenando y casi se me atraganta el bocado de comida que tenía en la boca. Al principio sus palabras me sonaron a excusa, a lo peor Luis volvía a las andadas, pero en seguida vi en ellas la oportunidad que en el fondo deseaba.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Qué ocurre? ¿A dónde vas?

—Un cliente nos ha llamado de Marbella y tenemos que echarle un vistazo a la embarcación. Es un yate de recreo que puede reportarnos mucho dinero. Además es una buena oportunidad de expansión para la empresa. Me iré el viernes y

regresaré el domingo.

—Y... ¿no puedo ir contigo? —pregunté en un impulso.

—Bueno... si quieres... pero te aburrirás. Yo no voy a tener tiempo para otra cosa que para el trabajo.

—Bah, tienes razón, mejor me quedo.

Desde ese preciso instante comencé a imaginar una y mil veces mi fin de semana en soledad, o mejor dicho, mi fin de semana al lado de Andros. No debía pero sabía que iría a buscarle. Y para facilitarme aún más las cosas, Alicia invitó a Nerea a pasar el fin de semana en Tenerife con parte de su familia.

—Vienen mi padre y dos de mis hermanas con sus hijos. Han alquilado un apartamento y se quedarán quince días. Si dejas venir a Nerea tendrás dos días de relax y a lo mejor Luis y tú... —me dijo mi amiga.

—Luis no estará, tendrá un viaje de negocios. Pero puedes llevarte a Nerea.

—Oh, si te vas a quedar sola, puedes venir tú también.

Negué con la cabeza mientras miraba a Alicia de manera muy elocuente. Ella se dio cuenta enseguida de mis intenciones.

—Ya veo que has tomado alguna decisión —dijo.

—No estoy muy segura —mentí.

Pero lo estaba, lo estaba tanto que aquel viernes al regresar de llevar a mi marido al aeropuerto fui directa a buscar a Andros a la tienda y mientras conducía imaginaba su cara al verme, los momentos que podíamos pasar juntos, la vida que podíamos pasar juntos. Pensamientos que en el fondo no eran más que un despropósito, ilusiones de una chiquilla enamorada, aunque ya no fuera tan chiquilla.

Andros no se encontraba en su puesto. Un compañero me dijo que había estado trabajando por la mañana y que tenía la tarde libre, pero que había quedado en pasar por la oficina sobre las cuatro a firmar su nuevo contrato. Así pues, decidí esperarle. Me senté en una terraza frente a la puerta de la tienda desde la que podía vigilar cualquier lugar por el que pudiera aparecer. No tardó demasiado. En cuanto le vi llegar me levanté apresuradamente y fui a su encuentro. Él también me vio, recibéndome con su arrebatadora sonrisa.

—Hola, Andros —le saludé—, estaba esperándote.

—Vaya, de nuevo pensé que no volvería a verte más. Hoy es un día muy feliz para mí, todas son buenas noticias. Tengo que ir un momento a las oficinas. ¿Me esperarás? —dijo mirando el reloj.

Asentí con la cabeza y antes de entrar en el edificio me dio un leve beso en los labios que casi me quita el sentido. Cada vez tenía menos dudas de que tenía que intentarlo a su lado, como fuera.

CAPÍTULO 14

Estuvo en la oficina apenas unos minutos. Cuando salió se reunió conmigo y me contó el porqué de su día feliz.

—Esta mañana me han comunicado que me ascienden a jefe de sección y esta tarde te encuentro aquí esperándome. Parece que juegas al escondite conmigo.

Caminábamos por el paseo de la playa. El día estaba nublado pero hacía buena temperatura.

—Lo siento —repuse—. Ya te dije que mi vida es un poco complicada. Tengo una hija pequeña y los problemas con mi exmarido son continuos. No sé si soy la persona adecuada para ti, por eso me da un poco de miedo todo esto y me ha costado tomar la decisión de buscarte.

Andros se paró y se apoyó en la barandilla que separaba el paseo de la playa, me atrajo hacia sí y me abrazó por la cintura, frente a él.

—Pero ¿qué tonterías dices? Dime, Marta, ¿yo te gusto? ¿Te gusto tanto como tú a mí?

—No sé lo que te gusto yo a ti, pero te aseguro que tú a mí... desde que te conocí no he podido sacarte de mi cabeza. Incluso desde que llamabas a la radio, sin verte la cara, sentía una inexplicable atracción por ti.

—Entonces ¿para qué preocuparnos de otras cosas? Vamos a intentarlo, ¿vale? Yo estoy seguro que esto que hay entre tú y yo seguirá adelante, crecerá. Yo quiero ser feliz al lado de alguien, y algo me dice dentro de mí que ese alguien eres tú.

No le respondí. Me sentí tan emocionada que no me salían las palabras. Me limité a acariciarle el rostro, que era suave y terso, a mirarle a los ojos, a pasar mis dedos por sus sensuales labios. Él me atrajo más hacia sí y buscó mi boca con la suya. Me besó levemente, de forma discreta, y después me dijo:

—No sabes cuántas veces imaginé que te besaba, pero no había nadie alrededor.

Aquella tarde la pasamos juntos, hablando de mil cosas, poniéndonos al corriente de nuestras vidas, aunque yo no le conté la verdad sobre la mía. No me atreví a confesarle que todavía estaba casada y que vivía con mi esposo, tenía miedo de que al saberlo decidiera no seguir adelante con lo nuestro. En aquellos

instantes no me di cuenta de que empezar una relación con una mentira no era nada bueno. Tal vez porque me mentalicé a mí misma de que se lo contaría más tarde, unos días o unas semanas después, y de que él, ya sabiendo que no podía prescindir de mí, lo comprendería, lo aceptaría como algo natural.

Cuando nos despedimos ya era de noche y quedamos para vernos al día siguiente. Andros entraba a trabajar a media mañana y no saldría hasta las cuatro, así que acordamos que le esperaría en la playa. Subí a mi casa presa de un entusiasmo enfermizo. Cuando abrí la puerta sonaba el teléfono. Supuse que sería Luis y me apresuré a cogerlo.

—¿Diga?

—Hola, cariño. ¿Cómo estás?

—Hola, bien. ¿Y tú?

—Bastante atareado con el trabajo. Por mediación de este hombre nos han salido varias oportunidades. Mañana y pasado voy a estar muy ocupado, no sé ni siquiera si te podré llamar. Dime, ¿qué has hecho esta tarde?

—Bueno... he estado en la playa. Ya sabes que Alicia se llevó a Nerea y me he quedado sola, así que aprovecho para relajarme y disfrutar un poco esta tranquilidad.

Respondí aquel embuste con calma y firmeza, sin sentirme mal en absoluto por mentir, cosa que nunca me hubiera imaginado. Aquella era una señal más de que estaba dispuesta a llegar dónde fuera con tal de estar al lado de Andros.

—Está bien, disfruta todo lo que puedas, pero no te olvides de que el domingo a las ocho llega mi avión.

—No te preocupes, estaré en el aeropuerto puntual. Adiós, Luis.

Colgué el teléfono y me quedé durante unos segundos mirando para él como una tonta, pensando que Luis y yo teníamos los días contados. Aquella idea, que tiempo atrás me producía temor y angustia, en aquellos momentos me daba lo mismo. Algo estaba cambiando en mi interior, algo provocado por la ilusión, por un amor nuevo y diferente que llamaba a mi puerta con insistencia, que me hacía ver el futuro de color de rosa y minimizar los riesgos que pudiera acarrear mi ruptura con Luis.

Encendí un cigarrillo y me asomé a la ventana. Eran más de las doce de la noche pero no sentía sueño y mi mente, arrullada por la quietud de la noche, comenzó a hacer proyectos. Pronto tendría que decirle a Luis que lo nuestro se había terminado y no estaba segura de que se lo tomara bien. Seguramente me rogaría que me quedara a su lado, pero yo me mantendría firme. En realidad tenía que entender que nuestra unión no funcionaba desde hacía tiempo y que no tenía sentido tirar hacia delante cuando el amor se había esfumado. No le hablaría de Andros. Si se enteraba de su existencia era probable que se pusiera

furioso de celos, y yo no quería ser de nuevo el blanco de sus insultos.

Terminé el cigarrillo y me fui a la cama. Me encontraba feliz y serena, pero no me daba cuenta de que a veces las cosas no salen como una las planea, y nada iba a ser tan sencillo como yo lo dibujaba en mi mente.



Al día siguiente me levanté tarde y di vueltas por la casa como una autómatas, deseando que pasara el tiempo de una vez para poder encontrarme con el griego. A las tres, después de tomar un frugal almuerzo, me preparé y salí hacia la playa. A pesar de ser sábado y hacer muy buen día, apenas había gente. Me asenté en el lugar convenido y me tendí en la toalla. Un rato después sentí que unos labios se posaban en mi hombro.

—Buenas tardes, preciosa. Estaba deseando volver a verte.

Abrí los ojos y le vi tendido a mi lado, sonriendo y acariciándome con su sensual mirada.

—Qué coincidencia, a mí me pasaba lo mismo contigo —dije incorporándome.

Andros se quitó la ropa y se quedó en bañador. Era la primera vez que le veía sin vestimenta y me llamó la atención su cuerpo moreno y atlético en su punto justo. Me tendió la mano, me invitó a ir al agua y yo acepté. Nos acercamos a la orilla del mar cogidos de la mano. Yo no temía que alguien conocido pudiera verme, total, conocía a muy poca gente en aquella ciudad, así que minimizaba el riesgo hasta hacerlo desaparecer.

—¿Quieres que demos un paseo por la orilla antes de bañarnos? —me preguntó.

—Claro.

Comenzamos a caminar con lentitud, dejando que las olas que rompían en la orilla nos acariciaran los pies con suavidad.

—Me gustaría invitarte a cenar esta noche, en mi casa, te haré una comida griega. ¿Te parece bien?

A pesar del calor que hacía, un escalofrío recorrió mi cuerpo. La posibilidad de compartir momentos a solas con Andros se me antojaba tremendamente sugerente.

—Me encantará. ¿Y qué me vas a preparar?

—Una ensalada griega y *mousaka*. Te gustará, ya verás.

Disfrutamos como niños de la tarde de playa. A cada minuto que pasaba yo me sentía más atraída por aquel muchacho de aspecto un poco rudo, pero delicado y con exquisita educación. Andros se portaba conmigo con extrema naturalidad, como si me conociera de toda la vida, y aunque me tomaba de la mano o me

daba un beso de vez en cuando, en ningún momento pretendió ir más allá. A pesar de eso, yo creía leer el deseo en sus ojos, como él, seguramente, podría verlo en los míos.

Cuando llegó la hora de la retirada, insistió para que me fuera directamente a su casa, con él.

—Quiero darme una ducha y no tengo más ropa que la que llevo encima — repuse—. Serán diez minutos.

—En mi casa puedes ducharte. Y mi antigua novia cuando se fue dejó alguna ropa, seguro que te sirve. Anda, vente conmigo, no me apetece separarme de ti.

A mí tampoco me apetece, así que no necesito convencerme.

Su apartamento estaba muy cerca, en primera línea de playa. Era un *loft* muy amplio y con un ventanal enorme desde el que se veía la playa, la ciudad y mucho, mucho mar. Yo me acerqué a la ventana y contemplé el paisaje totalmente embobada. Anocheceía ya y las primeras luces se encendían, mientras el horizonte se teñía de rojo y el sol parecía querer esconderse en el interior del mar.

Andros se acercó a mí y apoyó su mano en mi hombro.

—¿Te gusta? —me preguntó al oído.

—Es... perfecto.

—Pues esto está muy vacío, quiero compartirlo con alguien. Tal vez pudieras ser tú.

Me di la vuelta y quedamos frente a frente. Le acaricié el rostro y le besé levemente en los labios.

—El tiempo lo dirá, Andros. Debemos ir despacio, ya lo sabes. Ahora, si no te importa, me gustaría darme una ducha.

—Claro. Voy a buscar algo de ropa.

Encontró solo una camiseta larga y unas braguitas, suficiente para andar por la casa. Luego me enseñó el baño, y tomé una caliente y relajante ducha.

CAPÍTULO 15

Cuando salí de la ducha, Andros ya se encontraba en la cocina, preparando la cena. Él también se había duchado y vestía un sencillo pantalón vaquero y una camiseta blanca. Tenía preparadas unas copas de vino blanco y me ofreció una. La cogí y bebí un sorbo. Estaba fresco y sabía bien. Me senté en la encimera de mármol, al lado de la vitrocerámica, desde donde podía observar bien las evoluciones de mi griego preparando los manjares de la cena.

—Huele bien —dije.

—Pues sabe mucho mejor —dijo sin parar de revolver algo en una sartén.

Al cabo de un rato bajó un poco la intensidad del calor de la cocina y dejó que la comida se fuera haciendo. Tomó su copa y se acercó a mí. Durante unos segundos me miró en silencio con su media sonrisa dibujada en su cara.

—Estás muy bonita recién duchada —dijo por fin.

Dejó la copa en la mesa y se acercó más a mí, que seguía sentada sobre la encimera. Yo también posé la copa a mi lado. Tiré de su camiseta blanca hasta que su cuerpo quedó entre mis rodillas. Luego le abracé por el cuello y le besé. El respondió a mi beso y me abrazó por la cintura. Nuestros labios y nuestras lenguas jugueteaban sin cesar, lo que hizo que nos fuéramos introduciendo en una espiral de pasión irrefrenable. Andros metió sus manos por debajo de mi camiseta y acarició mi cuerpo con suavidad. Mi respiración se agitó y la suya también. Subí los brazos para que deslizara la prenda a través de ellos y me quedé casi desnuda, presa de una excitación desconocida. Éramos como dos animales en celo. Entonces me despojó de las bragas y con una maniobra certera se introdujo dentro de mí. Fue un encuentro salvaje y tremendamente placentero por lo nuevo que tenía para mí. Estaba tan excitada que enseguida mi cuerpo fue agitado por el orgasmo más intenso que había sentido nunca. Lo mismo le sucedió al griego, que después de un rato se desplomó sobre mí con un gemido de placer que tuvo el poder de excitarme de nuevo. Nuestras bocas se buscaron y se unieron de nuevo en un beso húmedo e interminable. Hasta que un ligero olor a quemado nos despertó del delirio.

—¡La cena! —exclamó él de pronto, centrando su atención en la cocina.

Yo me recompuse mientras Andros terminaba de cocinar. Cuando lo hubo hecho se acercó a mí, me abrazó y me habló al oído.

—Ha sido fantástico, pero si te quedas conmigo esta noche será todavía mucho mejor.

No se equivocó en absoluto. Después de cenar aquella exquisita comida, Andros sirvió unas copas de licor y puso a funcionar su tocadiscos. Aquellas cuatro paredes se llenaron de las notas de «Feelings», la canción de Morris Albert que alguna vez él me había pedido cuando yo trabajaba en la radio.

—¿Te acuerdas? —me preguntó mientras extendía su mano hacia mí.

—¿Cómo había de olvidarlo? —le respondí a la vez que me levantaba e iba a su encuentro.

Me encontraba ligeramente mareada por el vino y me dejé estrechar con languidez entre sus brazos. Apoyé mi cabeza sobre su hombro y me dejé llevar por el ritmo suave de la música mientras sus labios se posaban en mi cuello y me hacían estremecer. Los sentimientos de los que hablaba aquella canción brotaban irremediabilmente por cada uno de los poros de mi piel. Habían sido muchos meses luchando contra ellos y en aquel preciso instante sabía que ya nada podía frenarlos, que la pasión que hacía apenas unas horas se había desatado no se podría parar ya de ninguna forma.

Andros buscó mi boca con la suya y nos fundimos en un beso. Poco a poco me fue arrastrando hacia la cama que estaba en el centro de la estancia mientras me despojaba de la ligera y fina camiseta que cubría mi cuerpo. El simple contacto de su piel con la mía me hacía enloquecer. Ya en la cama, comenzó a dibujar mi cuerpo con sus caricias. No sé cuánto tiempo estuvo así, paseando sus labios y sus manos por cada centímetro de mi piel, prendiendo en ella un fuego nuevo y desconocido que me sacudía los sentidos como jamás antes lo había hecho nadie. Me hizo el amor una vez y no sé cuántas veces más y cuando por fin caímos rendidos entre las sábanas revueltas mojadas de sudor, me rogó que no me fuera de su lado, que por lo menos aquella noche me quedara con él.

Me quedé aquella noche y parte del día siguiente, sin pensar en otra cosa que no fuera él mismo, su cuerpo sobre el mío, dentro del mío, sus labios besándome y las caricias que sus manos me regalaban. Nada me importaba más que él, la realidad que me esperaba fuera parecía no existir.

Nos levantamos de la cama el domingo a la hora de comer, después de amarnos de manera casi salvaje y de dormir a ratos, nos dimos una ducha y comimos las sobras de la cena sentados en la pequeña terraza desde la que se veían el mar, el cielo y la playa.

—El tiempo ha pasado demasiado pronto —dijo él de repente—. No quiero que te vayas.

Yo tampoco quería marcharme, pero no me quedaba más remedio.

—Yo tampoco quiero irme. Todo lo que he vivido contigo desde ayer... ha sido

maravilloso, no lo había vivido jamás, pero tenemos que retomar la realidad. Mi hija me espera. Esta tarde a las seis tengo que marcharme. Aunque no te preocupes, no volveré a desaparecer.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. No podría desaparecer, Andros. Creo que... me estoy enamorando de ti perdidamente, y no quiero dejar escapar lo que la vida me tiene guardado a tu lado.

—Yo ya estoy enamorado, Marta, no te imaginas de qué manera. Te quiero.

Escuchar aquel «te quiero» hizo que se me encogiera el alma. Porque pensé en Luis y en que Andros no sabía que todavía estábamos juntos. No lo iba a saber, porque aquella misma semana Luis y yo teníamos que resolver nuestra situación. Ya no habría más oportunidades, ya no iba a estar a su lado con dudas, porque que no tenía dudas. Sabía que no le amaba y él tenía que aceptarlo. No le iba a quedar más remedio.

Aquella tarde de domingo me despedí del griego con la promesa de llamarle en cuanto tuviera oportunidad para ello y me dirigí a casa de Alicia, a buscar a mi hija. Nerea me saludó con un abrazo enorme y enseguida retomó sus juegos con Dani, mientras mi amiga y yo nos poníamos al corriente del fin de semana, asomadas al balcón de su casa.

—No me dio ninguna guerra —dijo Alicia refiriéndose a mi hija—. Y que sepas que no se acordó de ti ni un momento. Es muy buena. ¿Y tú? ¿Qué tal te fue a ti? Por la cara de felicidad que traes, me da la impresión de que muy bien, ¿me equivoco?

Las inocentes palabras de mi amiga hicieron que me ruborizara de solo recordar el maratón sexual en que me había visto inmersa aquel fin de semana.

—Mucho más que bien —dije por fin—. Yo no sabía que había hombres que pudieran amar así.

—Cuando dices amar te refieres a follar, ¿no?

—¡Ali!

—Oh venga, Marta, estamos en confianza. Y me imagino que estando dos días con él no os los pasaríais mirando el uno para el otro.

Suspiré, como tomando fuerzas para enfrentarme a la fluidez dialéctica de mi amiga. Yo no estaba acostumbrada a hablar con tanta ligereza de sexo y menos si la protagonista era yo misma.

—Pues sí, tienes razón. Pero no solo eso, Alicia. Me he sentido... cuidada, querida, protegida, deseada... con Luis jamás me había ocurrido, jamás, ni en nuestros mejores momentos. El sexo fue... fantástico, pero detrás de toda esa pasión he descubierto tantas cosas...

—Pareces una adolescente enamorada —dijo mi amiga sonriendo—. Pero

debes ir con cuidado. A lo mejor es un poco pronto para tomar decisiones precipitadas.

—No sé a qué te refieres.

Alicia me miró con cara de circunstancias.

—Estás casada, te has empeñado en darle a Luis otra oportunidad, te has empeñado en quererle y ahora de pronto...

—No, Alicia, no es «ahora de pronto». Sabes perfectamente lo que siento por Andros desde hace mucho, incluso antes de conocerle. Puede que al principio fuera una tontería eso de sentirse atraída por una simple voz, pero desde hace un tiempo es diferente. Desde que le conocí personalmente no he dejado de pensar en él. Lo mío con Luis tiene que terminarse. Y él debe aceptarlo.

Así di por concluida la conversación. Pero nada iba a resultar tan fácil como yo pensaba.



Cuando vi a Luis descender del avión, una fuerte sensación de rechazo se apoderó de mí, como si él fuera el culpable de que Andros y yo no pudiéramos estar juntos. En realidad lo era, pero nadie lo sabía, solo yo, y yo tenía que deshacer la complicada situación en la que me veía inmersa sin que ninguno de ellos se enterase y haciendo el menor daño posible.

Luis se acercó a mí sonriendo y me besó ligeramente en los labios.

—Hola, preciosa. Por fin en casa. No sabes cuánto te eché de menos. ¿Y tú a mí?

Íbamos hacia el coche y llevaba su brazo por encima de mis hombros. Se mostraba alegre, contento por el regreso al hogar, y su felicidad me exasperaba. Me hubiera gustado contestarle que no le había extrañado en absoluto, que había encontrado a alguien que durante aquellos dos días me había hecho mucho más feliz de lo que me había hecho él durante los dos últimos años, pero evidentemente me callé.

CAPÍTULO 16

Se me hacía muy difícil romper con todo. No sé por qué. O sí lo sé. Siempre fui muy cobarde, todo me daba miedo, la vida misma me daba miedo, y en aquella ocasión lo que temía era la reacción de Luis. Era verdad que desde que había regresado a su lado su comportamiento había sido ejemplar, o al menos eso parecía, pero tal vez, al decirle que me quería separar de él, volviera a ponerse agresivo y a mostrar la piel de lobo que guardaba debajo de la de cordero.

Por otro lado no quería engañar a Andros, pero no me atrevía a confesarle que yo no era una mujer libre, que las excusas que le ponía para no vernos no siempre estaban relacionadas con la pequeña Nerea, sino con un marido que todavía estaba en mi vida y al que no sabía cómo hacer salir de ella. En este caso, sin embargo, mis reticencias a contar la verdad tenían un fundamento claro y conciso. No deseaba perderle y estaba casi segura de que si le decía la verdad, Andros no perdonaría mi mentira.

Y así, entre mis miedos y mis recelos, las semanas iban pasando y los meses también y mi vida continuaba en un compás de espera que en el fondo me sacaba de quicio y me ponía muy nerviosa, si bien era verdad que la única culpable de la situación era yo y, por ende, la única que podía ponerle remedio.

Andros y yo nos veíamos dos o tres tardes a la semana en su apartamento. Los fines de semana, evidentemente, con mi marido en casa, era imposible, y tenía que ponerle excusas peregrinas que no sé ni cómo se las creía. Me convertí en una experta de la mentira, tanto con él como con Luis. La única que sabía mi secreto y con la que yo era totalmente sincera era Alicia, que aunque me apoyaba también se mostraba muy preocupada y me aconsejaba, por activa y por pasiva, que pusiera fin a aquella situación de una vez por todas. Y yo, lejos de hacerle caso, continué mintiendo y alimentando aquella burbuja sin sentido, sabiendo que el día menos pensado me estallarían en las narices.

Una tarde, después de hacer al amor como si se nos fuera la vida en ello, Andros me dijo que tenía proyectado hacer un viaje a Grecia. Hacía varios años que no iba y le apetecía ver a su familia. Y quería llevarme con él. La perspectiva de viajar a su lado me ilusionó como una tonta, a pesar de que sabía que no era posible, o eso creía yo, hasta que la casualidad me lo puso en bandeja.

El negocio de Luis y su amigo iba viento en popa y cada vez les surgían más

trabajos fuera de las islas. A veces se ausentaba uno o dos días, momentos que yo aprovechaba para cometer mi infidelidad, por eso me puse secretamente contenta cuando un día me comunicó que tendría que ausentarse nada menos que una semana para estudiar la posibilidad de reparar unas embarcaciones en Cabo Verde.

—Será una semana o semana y media. Tenemos que estudiarlo con minuciosidad, porque si efectivamente aceptamos el trabajo será un negocio redondo que nos reportaría generosas ganancias.

Mientras Luis me hablaba yo me maquillaba delante del espejo y canturreaba por lo bajo, antes de salir para las clases en la escuela de Magisterio. El curso tocaba a su fin y se me estaba ocurriendo que aquella semana de ausencia de mi esposo podíamos aprovecharla Andros y yo para el soñado viaje a Grecia. Semejante perspectiva me hizo sonreír y mi ritmo cardíaco se aceleró sin mucho sentido.

—Vaya, qué contenta te pones —me dijo Luis, apoyado en el quicio de la puerta del baño—. Hasta parece que te alegrara mi ausencia.

Me sobresalté ligeramente. No me había dado cuenta de que me observaba y me sentí violenta. Efectivamente su proyectada ausencia era mi motivo de alegría. Tal vez debiera de aprovechar aquel momento para decirle la verdad. Desde hacía un tiempo la rutina nos había envuelto de nuevo y ambos sabíamos que nada iba bien, aunque ninguno lo dijera. Luis pasaba mucho tiempo fuera de casa, trabajando, y cuando llegaba estaba cansado y le prestaba mucha más atención a su hija que a mí. No se había vuelto a mostrar violento, pero sí, de vez en cuando, cada vez más, indiferente. Yo lo agradecía. Agradecía sus silencios, sus horas fuera del hogar y sobre todo agradecía que la cama la utilizara casi exclusivamente para dormir. Aquella unión no tenía sentido y puede que aquel preciso instante fuera tan idóneo como otro para decirle que me iba, que ya no aguantaba más, que no le quería. Creo que tuve las palabras necesarias en la punta de la lengua, pero en el último momento me volví atrás. Sonreí, y saliendo del baño le di una caricia que más que cariño mostraba una condescendencia patética.

—No seas tonto —le dije—. Ni me alegro ni me entristezco. Soy lo suficiente mayorcita para comprender que es tu trabajo, ¿no crees?

No me respondió. Yo tampoco esperaba respuesta. Cogí mi bolso y mis libros y salí de casa. Al cruzar el umbral de la puerta, Luis no solo se quedó atrás físicamente, también voló de mi mente y por unas horas dejó de existir. Como todos los días.

Recuerdo que aquel día tenía examen de literatura. Había estudiado poco pero tuve suerte y las preguntas que me pusieron me las sabía bien. Aquello me hizo

pensar que estaba de suerte y cuando al salir del examen me dirigí a casa de Andros, estaba eufórica, deseando darle mi sí para el soñado viaje a Atenas. Cuando me abrió la puerta me lancé sobre él sin dejarle decir palabra. Le besé, le acaricié, le susurré al oído palabras cariñosas, como sabía que a él le gustaba, y lo arrastré hacia la cama donde nos entregamos a nuestros juegos amorosos. Después, echados sobre las sábanas revueltas, perdida todavía entre sus caricias y sus agradables y suaves besos, me dijo:

—Me ha encantado que entraras así en la casa. Contigo el amor es una sorpresa continua. Estoy seguro de que jamás caeremos en la rutina.

Giré un poco mi cuerpo desnudo y me coloqué frente a él. Le besé con suavidad en los labios.

—Te quiero, Andros —le dije—. Te quiero mucho. Y tengo algo que decirte.

—¿Vas a pedirme que me case contigo? —me preguntó bromeando.

—Todavía no. Pero a lo mejor me puedo ir contigo a Atenas.

Se incorporó un poco en la cama, apoyándose sobre un brazo, y en sus ojos se reflejó todo el entusiasmo que sentía.

—Pero... eso es maravilloso, Marta. Entonces...

—Entonces tengo que saber cuándo viajas. Necesito que mi amiga Alicia se quede con mi hija y si coincide con sus vacaciones no podrá, porque se marcha con sus padres.

—Eso tiene fácil solución, hacemos que no coincidan las fechas y ya está. Afortunadamente yo no tengo demasiado problema para tomar una semana libre. ¿Cuándo se va tu amiga?

—No lo sé con seguridad. Le pregunto y te lo digo.

Le abracé con fuerza y le besé de nuevo. Él me correspondió y paseó sus manos por mi cuerpo una vez más.

—Será un viaje maravilloso, ya lo verás —me dijo al oído.

Luego continuó con sus caricias y me hizo el amor otra vez.



Aquella noche, mientras cenábamos, Luis permanecía más callado que de costumbre. Contrariamente yo me sentía contenta, aunque perdida entre mis propios pensamientos y alegrías.

—¿Cuándo te vas a Cabo Verde? —le pregunté.

—¿Tienes prisa por que me vaya? Porque seguramente no lo preguntas para acompañarme, ¿me equivoco?

Tanto su cortante respuesta como el tono de su voz me pusieron alerta. De pronto regresaron a mi mente todos sus desplantes, el desprecio con el que había

llegado a tratarme tiempo atrás, y una vez más pensé que tenía que acabar con aquella relación cuanto antes.

—Claro que no tengo ninguna prisa por que te vayas. No sé por qué dices eso. Pero tendré que saberlo, ¿no crees?

—Nos vamos el día 27 de junio y volveremos el 5 de julio. Diez días.

No dije nada. Simplemente gravé las fechas en mi mente. Mi escapada a Atenas con Andros tenía que ser necesariamente durante esos días. Recogí los platos de la cena y puse la cafetera al fuego. Cuando el café estuvo hecho le ofrecí uno a mi marido, que aceptó, y serví uno para mí. Encendí un cigarrillo y me senté a disfrutar de mi café tranquilamente. Luis revolvía su taza como un autómatas. Yo lo observaba discretamente por el rabillo del ojo. Presentía que una tormenta estaba a punto de estallar. De pronto mi marido levantó la cabeza de la taza y me miró fijamente.

—¿Qué está ocurriendo, Marta? ¿Qué nos está pasando? —me preguntó con un deje de amargura en la voz.

Yo me puse tensa. Había llegado el momento de abonar el terreno para la ruptura. Y una oleada de miedo recorrió mi cuerpo.

—No sé a qué te refieres —dije con voz temblorosa.

—Oh, venga, Marta, deja ya de fingir y dime qué te pasa conmigo. Nada ha vuelto a ser como antes desde que regresamos juntos y de eso hace ya casi dos años. Yo he puesto todo de mi parte. Dejé de lado mis salidas nocturnas y durante todo este tiempo no ha existido para mí otra mujer que no fueras tú. Pero al parecer nada es suficiente para ti.

Suspiré y vestí mi temor de valentía. No iba a soltarle así, de sopetón, que ya no le amaba y que le dejaba por otro, pero tampoco iba a fingir que le quería con locura.

—Eso no es verdad, Luis. Yo valoro los esfuerzos que estás haciendo y te aseguro que yo lo estoy intentando, pero tienes razón... no he conseguido recuperar la confianza en ti.

—¿Es que no vas a perdonarme nunca?

—Esa no es la cuestión. La cuestión es que... no estoy bien a tu lado.

Ya estaba, ya lo había dicho. Una sensación de alivio me envolvió. Sabía que nada había terminado, al revés, aquello no había hecho más que empezar, pero por fin me había decidido y había conseguido poner los cimientos de la ruptura necesaria para poder ser feliz al lado de mi griego.

—¿Hay otro hombre?

Aquella pregunta me cogió por sorpresa. ¿Acaso llevaba gravada en la frente mi infidelidad? Andros y yo salíamos juntos por la calle en contadas ocasiones. Era prácticamente imposible que Luis supiera lo nuestro.

—Por supuesto que no —mentí, pues pensaba que no era hora de decírselo todavía—. No sé por qué piensas eso.

—No lo pienso, simplemente es una pregunta.

—Luis, cuando un matrimonio va mal no siempre tiene la culpa una tercera persona. A lo mejor la única culpable soy yo, que no termino de aceptar lo que ocurrió entre los dos. No le des más vueltas.

—Ya. Y entonces, ¿qué vamos a hacer? —preguntó con amargura—. ¿Seguir así toda la vida, como dos extraños? ¿Marchar cada uno por su lado? Dime, ¿en qué va a terminar todo esto?

—No lo sé, Luis. El tiempo lo dirá.

La conversación murió en ese punto. Aunque yo sabía que nuestro tiempo había llegado a su fin. Ahora sí.

CAPÍTULO 17

Unos días después, mi amiga Alicia y yo charlábamos sobre lo ocurrido y sobre los planes de mi viaje con Andros. Estaba dispuesta a quedarse con mi hija, pero consideraba que mi aventura era demasiado peligrosa.

—¿Qué pasará cuando Luis te llame y nadie descuelgue el teléfono? —me preguntó.

—Eso ya lo he previsto. El día anterior a su marcha lo desconectaré yo misma. Después pondré la excusa de que estaba averiado y que no vinieron a repararlo.

—*Buf*, estás loca... sigue pareciéndome muy arriesgado. Te vas a ir muy lejos. ¿Y si te pasa algo? ¿Y si Luis vuelve antes de tiempo y encuentra la casa vacía? No sé, Marta, no me gusta la idea. Estás demasiado ilusionada y minimizas los riesgos.

—Oh, venga, Ali, no intentes desmoralizarme, no seas agorera. Nada de lo que dices va a pasar. Y si pasa... pues mala suerte. Además, Luis tiene que asumir que lo nuestro está abocado al fracaso y que tarde o temprano esto se tiene que terminar. Vamos a separarnos y él lo sabe.

—Sí, pero... ¿qué pensará cuando se dé cuenta de que lo estabas engañando?

—Que piense lo que quiera. Él también me engañó a mí.

—¿Y a ti te pareció bien? Estás cegada, Marta, tu historia con Andros no te permite ser consciente de las consecuencias.

—No sé de qué consecuencias me estás hablando. Lo mío con Luis terminó el día que me dijo que tenía otra mujer.

—Pero volvió a empezar. Él te lo pidió y tú aceptaste, se supone que era porque querías retomar tu matrimonio y no fue así. Un día decidiste ir por libre. Marta, no te das cuenta de que tu vida es también la vida de tu marido y de tu hija.

Me cabreaba que mi amiga me estuviera echando un sermón, y aunque en el fondo sabía que tenía razón, no estaba dispuesta a dar mi brazo a torcer ni a dejar morir la ilusión que me proporcionaba pasar una semana con el amor de mi vida, daba igual que fuera en Atenas como metidos en su apartamento sin salir a la calle. En último término la que tenía que tomar la decisión definitiva era yo, y ya lo había hecho hacía tiempo. Así que pasé por alto las palabras de Alicia.

—¿Puedes quedarte con Nerea o no? —pregunté irritada.

—Claro que me quedaré con tu hija. Y no te enfades, Marta. Yo lo único que deseo es verte feliz, pero me parece que no estás tomando el camino adecuado. Termina ya de una vez con Luis y vete con el griego. Deja de mentirles o de lo contrario tu mentira acabará por romper en pedazos tus ilusiones... y las de ellos.

Pasé por alto el consejo de Alicia. Sabía que tenía razón, pero yo seguía pensando que controlaba perfectamente la situación y que todo se sabría a su debido tiempo. Entretanto seguía envolviendo mi vida y las de los que me rodeaban de mentiras, era mucho más cómodo que enfrentarse a la verdad. En realidad lo único que yo pretendía era evitar los problemas, pero con mentir lo único que conseguía era retrasarlos en el tiempo, nada más.

Salí de la casa de mi amiga casi sin despedirme y me dirigí al apartamento de Andros, que me estaba esperando. A su lado me olvidaba de todo lo demás y los inconvenientes de mi existencia se esfumaban como por encanto.

A partir de aquel momento, Andros se dedicó a organizar el viaje a Atenas, aunque tampoco había mucho que organizar salvo hacer coincidir fechas, lo cual resultó muy sencillo; sacar los billetes de avión y hacer algunas compras para agasajar a su familia. Por el contrario yo me hube de dedicar a estudiar en firme, pues el curso tocaba a su fin, con lo cual durante aquellas semanas nos vimos más bien poco.

Por otro lado la actitud de Luis para conmigo era esquiva y tensa. Pasaba mucho tiempo en el trabajo y salía de vez en cuando por las noches. Yo no le preguntaba a dónde y él tampoco me lo decía. No regresaba muy tarde, así que supuse que serían cuestiones laborales, pero a aquellas alturas tampoco me importaba demasiado que reanudara sus relaciones con otras mujeres. Cuando yo regresara de Atenas y él de Cabo Verde, lo nuestro tocaría a su fin. Ya estaba decidido. Me puse aquella fecha tope por poner alguna, aunque era posible que la fuera atrasando, en mi mente ya había habido muchas fechas tope que jamás habían llegado a cumplirse.

El día antes de nuestra partida a Grecia, Luis se fue a Cabo Verde. Aquella mañana yo había desconectado el teléfono y mientras almorzábamos le comenté que estaba averiado.

—No te preocupes —me contestó secamente—, no creo que tenga tiempo para llamarte. He dejado apuntado en la agenda el número del hotel, si quieres me llamas tú alguna noche.

Después se hizo la maleta mientras yo esperaba en la sala para llevarle al aeropuerto. Pero cuando hubo terminado se dispuso a salir de casa sin más, sin ni siquiera despedirse.

—¿Ya te vas? —pregunté cuando escuché que abría la puerta—. Yo tenía pensado llevarte al aeropuerto.

—No te preocupes, me voy con Gonzalo, nos lleva su mujer. Hasta pronto. De repente me sentí mal, me sentí mezquina y ruin. Y le detuve.

—Luis, espera. No te vayas así, dame un beso al menos.

No sé por qué se lo pedí. Hacía tiempo que ya los besos de Luis no me decían nada, no me hacían sentir nada, ni amor, ni deseo, ni siquiera ternura. Él lo sabía y desde el quicio de la puerta me miró con una sonrisa cargada de amargura.

—Vamos, Marta, no seas ridícula. Hace mucho tiempo que mis besos te molestan. Pásalo bien.

Cerró la puerta tras de sí y se marchó, dejándome con mi desconcierto. Luis estaba resentido conmigo, pero parecía haber asumido que nuestra relación agonizaba y tocaba a su fin, sin violencia, sin insultos, lo cual me tranquilizaba y me daba pie a pensar que la ruptura sería mucho menos traumática de lo que en principio había pensado. Suspiré y me dispuse a preparar las cosas para dejar a Nerea en casa de Alicia. Mi equipaje ya estaba listo, así que en menos de media hora ya había terminado.

Cuando llegué a casa de Alicia, esta me recibió con una sonrisa. Desde el día en que le pregunté si me cuidaría a la niña en mi ausencia no habíamos vuelto a hablar de mi viaje ni de mi doble vida, pero yo notaba que no era mi amiga de siempre, como si desde aquel día algo se hubiera roto entre las dos. Y no me gustaba nada.

—Alicia, no me voy a marchar sin saber qué es lo que ocurre. Desde el día en que tuvimos nuestras palabras no eres la misma —le dije después de acomodar las cosas de Nerea en su dormitorio.

Alicia se acercó a mí y me abrazó. Su gesto de cariño me reconfortó y me señaló que pasara lo que pasara ella siempre iba a estar ahí, a pesar de nuestras discusiones, que eran pocas, o de nuestras diferencias de opinión.

—Lo siento, Marta. De verdad que siento mucho mi actitud de aquel día. Yo no tengo derecho a meterme en tu vida ni a decirte lo que tienes que hacer. Si lo hice fue por... porque te quiero y no me gustaría que terminaras pasándolo mal de nuevo.

—No te preocupes. No va a pasar nada. Y cuando regrese pondré punto y final a todo esto, te lo prometo. Cuida mucho de mi niña. Llamaré de vez en cuando para saber cómo estáis.

Salí de la casa feliz, eufórica, perdida en mis agradables pensamientos. Al día siguiente partía con el amor de mi vida a un viaje de ensueño. No podía pedir más, o al menos eso era lo que me parecía a mí.

CAPÍTULO 18

Los primeros días en Atenas fueron agotadores. Íbamos de aquí para allá, a veces visitando la ciudad, otras veces visitando a la familia de Andros. Con una de sus hermanas, Thora, hice muy buenas migas; mientras que la otra, Helena, se mostraba un poco esquiva.

Terminábamos tan cansados que cuando caíamos en la cama nos quedábamos dormidos en menos de un segundo. Pero Andros me tenía reservada una nueva sorpresa. Una noche me dijo que preparara algo de ropa, que al día siguiente nos íbamos a pasar unos días a Santorini.

—Tengo un amigo de la infancia que tiene una casita allí, en el pueblo, ideal para pasar los tres días que nos quedan aquí. Me la ha prestado. Te va a gustar mucho, ya verás.

Dicen que desde Santorini se pueden contemplar las puestas de sol más hermosas del mundo. No sé si son las más hermosas, pero desde luego que contemplar aquel cielo rojizo y la bola incandescente del sol introducirse poco a poco en el mar es un espectáculo realmente impresionante. Andros y yo las contemplábamos todos los días, sentados en el pequeño patio de aquella casita blanca en la que me hubiera quedado a vivir el resto de mi vida.

—Esto es tan bonito... que me quedaría aquí para siempre, a tu lado —le dije mientras estábamos en el pequeño banco de piedra que había en el patio, situado justo frente al mar y a la puesta de sol.

—Lo he pensado tantas veces... venirme contigo aquí, a Santorini, y vivir juntos con nuestros hijos, cerca del sol, del mar... A lo mejor algún día podremos hacerlo. Si tú quieres.

Recostada en el banco, con mi cabeza sobre sus piernas mientras sentía su mano grande y protectora acariciando mi pelo, pensé que nada me gustaría más en el mundo que olvidarme de lo que había sido mi vida hasta el momento y comenzar de nuevo a su lado y al de mi hija allí, en aquel rincón del mundo que parecía salido de un cuento de hadas. Estaba segura de que algún día ese sueño sería posible. Cuando los problemas y las tormentas que se avecinaban hubieran pasado y las cosas regresaran a la normalidad, él y yo estaríamos allí, en Santorini, viviendo una vida tranquila y sosegada que en nada se parecería a la que, al menos yo, llevaba en aquellos momentos.

—Algún día lo haremos —dije finalmente—, estoy segura de ello.

Poco me imaginaba yo el vuelco que mi vida iba a dar en apenas dos días. El destino me tenía guardada, a la vuelta de la esquina, una macabra broma que acabaría con dar por tierra con muchos de mis sueños.



El día de nuestro regreso, cuando llegamos a Las Palmas, comenzaba a anochecer. Estaba cansada y deseaba ver a mi hija, así que tomé un taxi y me dirigí a mi casa con la intención de dejar las maletas y a continuación ir a recoger a mi niña a la casa de Alicia. Lo que no me esperaba era encontrarme una desagradable sorpresa. Dejé mis cosas en el dormitorio. Todo estaba en silencio. Tenía sed y fui a la cocina a beber un poco de agua. Miraba por la ventana mientras bebía, cuando una voz me asustó.

—Vaya, vaya, por fin has regresado. Tal vez te gustaría contarme dónde has estado y con quién.

El vaso se me cayó al suelo, estallando en mil añicos. Luis no tenía que llegar hasta dos días más tarde, pero estaba allí, esperándome, amenazante. Las piernas comenzaron a temblarme. Le miré fijamente y vi locura en sus ojos azules; rabia, ira. El Luis que tenía frente a mí no era el que se había marchado a su viaje resignado de que lo nuestro hubiera llegado a su fin. El de ahora en un hombre cargado de rencor que emanaba violencia por los poros de su piel. Tuve miedo, pero comprendí que no valía de nada negar la evidencia.

—He estado unos días fuera —dije, evitando dar muchos detalles.

—¿Con quién?

—¿Esto qué es? ¿Un interrogatorio?

Luis dio unos pasos y se acercó más a mí.

—No me provoques, Marta, que no está el horno para bollos. Te he aguantado mucho. He hecho todo lo posible para que esto funcionara pero a ti nunca te pareció bastante. Y ahora resulta que descubro que haces lo que te da la gana a mis espaldas. No sé dónde estuviste, pero sí sé que te has ido con un tipo que trabaja en la tienda esa donde te compras la ropa. Ya ves, todo se sabe. Me has estado engañando, Marta.

A pesar del miedo que sentía, la rabia hizo que me envalentonara. No podía entender ni permitir que me estuviera echando en cara algo que previamente había hecho él mismo. Es verdad que yo no había actuado correctamente, pero él tampoco lo había hecho en su día.

—¿Qué importa eso, Luis? Los dos hemos engañado. No tiene sentido discutir ahora. Debemos ir pensando en divorciarnos y llevarnos lo mejor posible, por el

bien de nuestra hija.

Luis se acercó a mí totalmente enfurecido, me cogió del brazo y me zarandeó.

—¿Qué haces? —grité—. ¡Me estás haciendo daño!

—¡Cállate la boca, zorra! Si piensas que todo va a terminar así y que me voy a retirar sin más, estás muy equivocada. Eres mi mujer y lo vas a seguir siendo hasta que a mí me dé la gana. No me voy a quedar de brazos cruzados, pienso luchar con ese mentecato que te has echado por amante.

—Eres patético. ¡No te quiero, Luis! ¡Le quiero a él y me voy a ir con él!

Su mano cruzó el aire y se estampó en mi cara. No me esperaba aquello, o tal vez sí, quizá alguna vez lo hubiera temido, pero en el fondo pensaba que no era posible, que Luis no era un maltratador. Me llevé la mano a la mejilla mientras las lágrimas pugnaban por salir de mis ojos.

—Mi paciencia ha llegado a su límite y mi capacidad de fingir también. Estoy harto de ser el buen marido que se doblega a todos tus caprichos y a todas tus tonterías. ¡Harto! ¿Me entiendes? Eres tan tonta que te pensabas que me iba a rendir fácilmente y no puedes estar más equivocada. Me abandonaste una vez, pero no lo volverás a hacer más. No lo permitiré. Así que ya puedes olvidarte del payaso ese que tienes por amante. Te prohíbo que lo vuelvas a ver.

Yo estaba arimada a una esquina de la pared, llorando en silencio y con la mano apoyada en mi mejilla. Mi mente no podía pensar con claridad, lo único que tenía claro era que tenía que huir de aquella casa y del lado de Luis cuanto antes. No le amaba y por supuesto no le iba a permitir que me vejara de aquella manera.

—Ahora tengo que salir. Y tú te vas a quedar en casita, cuando regrese quiero verte aquí, ¿entendido?

—Tengo que ir a buscar a Nerea.

—Me importa una mierda a quién tengas que ir a buscar. No te muevas de casa o te arrepentirás.

No le contesté. Él salió de la cocina y después de un rato escuché que la puerta de entrada se cerraba con un golpe seco y que giraba la llave. Inmediatamente fui al salón, cogí mi bolso y me dispuse a huir a casa de Alicia, pero el muy desgraciado me había quitado las llaves para impedir mi marcha. Durante unos segundos me sentí aturdida, sin saber qué hacer. Pensé en salir por alguna ventana. Al fin y al cabo vivíamos en un segundo, la distancia hasta el suelo no era demasiada. Podía bajar por el canalón de recogida de aguas. De pronto se me ocurrió una idea mejor. Alicia tenía un juego de llaves de mi casa. La llamaría por teléfono y le diría que viniera a rescatarme. Temblaba como una hoja cuando descolgué el auricular. Recordé que antes de marchar yo misma lo había desconectado para decirle a mi marido que estaba estropeado, así que lo volví a

conectar y respiré aliviada cuando escuché la señal de que había línea. Marqué el número de mi amiga como pude, pues mi nerviosismo apenas me permitía atinar con las teclas.

—¿Diga? —Respiré con cierto alivio cuando escuché su voz al otro lado.

—Alicia, Alicia... soy Marta. Coge las llaves de mi casa y ven a rescatarme, por favor —le supliqué con voz temblorosa.

—¡Marta! ¿Pero qué ocurre? ¿Ha sucedido algo?

—Por favor, Ali, no preguntes, no hay tiempo, ya te contaré después. ¡Coge las llaves de mi casa y ven a buscarme, rápido!

—Está bien, ahora mismo voy.

Mi casa y la de Alicia estaban cerca, apenas nos separaban diez minutos de camino, pero en aquella ocasión mi amiga hizo el trayecto en mucho menos tiempo. Cuando escuché la llave meterse en la cerradura, temí que fuera Luis, pero afortunadamente no lo era.

—Marta, qué...

—Vámonos, Alicia, vamos a tu casa inmediatamente.

Cogí la maleta que previamente había traído de mi viaje a Atenas y seguí a mi amiga. La pesadilla no había hecho más que empezar.

CAPÍTULO 19

Hice el camino hasta la casa de mi amiga sin dejar de mirar sobre mi hombro, temiendo que en cualquier momento apareciera Luis y me forzara a irme con él. Solo me sentí levemente aliviada cuando me senté en el sofá del salón de su casa, aunque sabía que aquel sería el primer sitio en el que me buscaría.

Disimulé como pude mi estado ante mi hija, y después de conseguir acostar a los niños, Alicia y yo nos sentamos en la cocina y le conté lo ocurrido. Tras escucharme con cara de circunstancias me echó una pequeña reprimenda, no sin razón.

—Lo siento, Marta, pero no puedo callarme lo que te voy a decir, que todo esto se veía venir, que deberías haber terminado con Luis hace mucho tiempo.

—Alicia, lo que menos necesito ahora es que me sermonees —repuse sintiéndome muy dolida.

—No pretendo hacerlo, pero te lo advertí antes de que te fueras a Atenas. Ahora las cosas serán mucho más complicadas. Tu marido es un maltratador, Marta, y deberías denunciarle.

—¿Denunciarle? ¿Y qué voy a denunciar? ¿Que me dio un sopapo?

Alicia me miró como si acabara de ver a un ser de otro planeta.

—¿Es que acaso crees que tiene derecho a pegarte?

—Claro que no, pero solo fue una bofetada. Ali, yo lo que quiero es terminar de una vez con todo esto con las menores complicaciones posibles. Tengo miedo. Luis tenía una mirada... furibunda, llena de ira, de odio. No sé qué voy a hacer, no lo sé.

Me sentía derrotada, vacía, triste. En aquel momento me hubiera gustado dormirme y volver a despertar cuando aquella vorágine hubiera terminado. Y sí, tenía razón mi amiga, la culpa de toda aquella situación había sido mía. Nunca debí regresar con él, jamás debí darle otra oportunidad a un amor que había levantado el vuelo y se había marchado lejos. Durante el tiempo que habíamos estado juntos después de nuestro regreso intenté quererle, pero no pude. Amé a Andros desde el principio, y mantener aquella situación no había tenido ningún sentido.

Alicia me preparó una tila mientras me decía lo que debía hacer. Nunca le había gustado dar consejos en cuestiones amorosas, pero llegadas a aquel punto

en que yo me portaba como una estúpida sin voluntad, palabras textuales, era necesario que alguien cogiera las riendas de la situación. Me iba a tomar la tila y a continuación nos pasaríamos por comisaría a poner una denuncia contra mi marido. Yo no estaba muy segura de ello. Por aquel entonces las cosas no eran como hoy en día. Todavía no existía conciencia social sobre la violencia de género y me parecía que denunciar que mi marido me había propinado una bofetada era una tontería. Estaba segura de que el policía que recogiera la denuncia se burlaría de mí y me mandaría para casa con una sonrisa de condescendencia.

Desgraciadamente no pude comprobarlo. No había terminado de tomarme mi tila cuando sonó el timbre. Supe que era él, lo supe desde el primer momento y me dio un ataque de pánico al pensar en la simple posibilidad de volver a tenerlo frente a mí. Comencé a temblar y tiré la tila sobre mi ropa. No era capaz de controlarme.

—Es él, es él, Ali. No le abras por favor, no le abras. Es capaz de matarme.

—Tranquila, Marta. Tú quédate aquí y estate callada, por favor. No te preocupes, yo sabré controlar la situación.

La cocina del piso de Alicia estaba al lado de la puerta de entrada del piso. Desde ella pude escuchar la conversación que mantuvo con Luis.

—¿Quién es? —preguntó mi amiga.

—Alicia, abre, soy Luis. Vengo a buscar a mi mujer, sé que está ahí.

Luis hablaba con impaciencia. Parecía nervioso y se notaba a leguas que se estaba controlando para no dejar brotar toda la violencia que guardaba dentro de sí. Alicia entreabrió la puerta, dejando la cadena enganchada por si acaso.

—Buenas noches, Luis. Lo siento pero Marta no está aquí. Y los niños están durmiendo, así que te rogaría que hablaras más bajo.

—Me importa una mierda si los niños duermen o no. Dile a mi mujer que salga de una puta vez.

—Te he dicho que no está.

—Alicia, me estás tocando mucho los cojones. Sé que Marta está en esta casa y quiero que salga ya, o de lo contrario tendré que entrar yo a buscarla y créeme que no será muy agradable, ni para ella ni para ti.

A aquellas alturas Luis levantaba la voz mientras yo pugnaba por no dejar salir sonido alguno de mi garganta y Alicia, de manera admirable, conservaba la calma y controlaba la situación.

—Mira tío, yo no sé quién te crees que eres, pero te advierto que sobre mí no tienes ningún poder, y sobre tu mujer tampoco. Es tu mujer, no tu monigote, y esté o no en mi casa, yo no te voy a dejar entrar para comprobarlo. Así que ya puedes ir largándote si no quieres que llame a la Policía.

Luis dio una patada a la puerta, pero afortunadamente la cadena no cedió.

—¡Déjame entrar, puta! —vociferó—. ¡Quiero llevarme a mi mujer! ¡Marta, te advierto que no te vas a escapar de mí tan fácilmente! ¡Sal de una vez! ¡Cuanto más tardes será peor!

—Hasta aquí hemos llegado —dijo Alicia con sorprendente calma—. O te marchas o llamo a la Policía.

Cerró la puerta. Luis estuvo dando voces todavía un rato más. Yo estaba tan nerviosa que no era capaz de entender lo que decía. Era como si mi cerebro se hubiera bloqueado y no consiguiera captar lo que pasaba a mi alrededor. Cuando por fin cesaron los gritos y mi marido se fue, fui yo la que comenzó a llorar de manera convulsiva. No sabía cómo escapar de sus garras. Tarde o temprano tendría que enfrentarme con él. Y no iba a ser fácil.



Permanecí dos días en casa de mi amiga sin salir, sin asomarme siquiera a la ventana por si acaso Luis estuviera merodeando por la calle. Pensaba en Andros. No sabía nada de mí desde nuestro regreso de Atenas, pues era evidente que no me había podido comunicar con él. Me daba pánico salir a la calle pero tenía que hacerlo, por él. Así que la tarde del tercer día me armé de valor y lo hice. Salí de casa absolutamente aterrada. Estaba segura de que Luis estaba al acecho, que vigilaba mis movimientos. Era imposible que después de la que había armado, ahora estuviera cruzado de brazos. Algo estaba tramando, seguro, y no sería nada bueno.

Hice el camino que separaba la casa de mi amiga de la tienda en la que trabajaba Andros totalmente aterrada, mirando constantemente a mi alrededor, con el corazón en un puño. Todos los hombres con los que me cruzaba me parecían Luis. Afortunadamente no apareció y conseguí llegar a mi destino sin novedad. Era temprano y no había nadie en la tienda. Busqué a Andros, y cuando lo vi corrí hacia él. Cuando se percató de mi presencia me miró de forma extraña, como si le sorprendiera más el que yo apareciera por allí que no haber sabido de mí en tres días. Me abracé a él y noté vacilación en su manera de rodear mi cuerpo.

—¡Andros! ¡Mi vida! Tenemos que hablar. Ha ocurrido algo horrible —le dije entre sollozos cortados, intentando no llamar demasiado la atención.

Él me separó suavemente de su cuerpo y me miró fijamente. No sé qué vi en su mirada, tal vez dudas, tal vez asombro. Supe que sabía algo y que Luis estaba detrás de ello. Entonces escuché su voz y sentí su presencia.

—Marta, cariño... por fin te encuentro. No me habías dicho dónde estabas y me

tenías muy preocupado.

Se acercaba sonriendo y traía de la mano a Nerea, lo cual quería decir que había estado en casa de Alicia. Una oleada de miedo recorrió mi cuerpo y me paralizó por completo. No supe qué hacer ni qué decir. Los ojos de Andros nos miraban de manera alternativa, atentos, expectantes. Luis se acercó y, cargado de cinismo, me besó en los labios y rodeó mis hombros con su brazo.

—Anda, ven. Deja ya de comprar cosas. Tengo una sorpresa que darte.

Ausente de voluntad, me dejé arrastrar por él. Mientras salía de la tienda miré a Andros. Creo que mis ojos intentaban pedirle ayuda, pero él no supo escucharles, o no quiso. Se quedó allí, como una estatua, mientras mi marido me conducía sabía Dios a dónde o a qué.

Me llevó hasta su coche, abrió la puerta delantera y me indicó que entrara con un gesto de cabeza. En ese momento reaccioné. No podía irme con él. No estaba en sus cabales. Si montaba en aquel coche estaba segura de que mi vida correría peligro.

—No voy a subir al coche —dije.

Hice ademán de largarme pero me sujetó con fuerza por el brazo.

—Entra en el coche y deja de hacer tonterías o será peor. Tenemos que arreglar esto de una vez por todas. No armes escándalos delante de tu hija.

Nerea jugaba con la nueva muñeca que le acababa de comprar su padre, ajena a la situación. Tuve miedo de que si me resistía Luis le hiciera algo a ella, así que me metí en el coche. Él acomodó a la niña en el asiento de atrás y cuando se situó frente al volante puso rumbo a ninguna parte.

—¿Se puede saber a dónde vamos? —le pregunté.

—Ya te lo he dicho. A ponerle fin a esta situación de una vez por todas.

CAPÍTULO 20

Salió de la ciudad y enfiló una carretera sinuosa, plagada de curvas, paralela a la costa. Yo sabía que no quería hablar, que lo que pretendía era asustarme, amenazarme, hacerme la vida imposible... qué sé yo.

—¿A dónde vamos? —me atreví a preguntarle.

—¿Tengo que repetírtelo de nuevo? Ya te lo he dicho. A terminar con esta situación.

—Pero... ¿cómo?

—¿Cómo? Dándote un buen escarmiento para que no vuelvas a hacer tonterías.

Comenzó a acelerar el coche de manera descontrolada. Luis estaba como un animal salvaje, desbocado, embutido en una especie de espiral de locura que le hacía cometer las mayores atrocidades.

—Por favor, Luis. Ve más despacio. No nos pongas en peligro. Piensa en tu hija.

Intentaba convencerlo sin demasiada suerte, más bien sin ninguna. Él soltó una sonora carcajada y continuó lanzando estupideces por su boca cargada de maldad.

—Domino perfectamente este cacharro, preciosa. Pero tú tienes miedo, ¿a que sí? Por ti y por la niña. No te preocupes, solo quiero divertirme un poco viendo esa carita de pánico que se te pone y que te hace parecer más estúpida de lo que ya eres de por sí.

—Por favor, Luis, sé razonable. No entiendo nada.

—¿No entiendes nada? Pues yo te lo voy a explicar ahora. Durante todo este tiempo he intentado hacerte ver que era otro hombre, el marido que tú siempre deseaste y lo fui, lo fui hasta que me harté, hasta que me di cuenta de que hiciera lo que hiciera nunca te llegaría a satisfacer, así que de un tiempo a esta parte he vuelto a las andadas. Me encantan las mujeres, ¿sabes? Me gusta la emoción que me provoca tener entre los brazos una mujer diferente cada vez. De ti ya me he cansado, pero eres mi esposa y me viene muy bien tenerte a mi lado. Eres una buena madre, me atiendes bien... follar no follas una mierda, pero eso me da igual, para eso tengo otras.

Pronunciaba aquellas palabras con una crueldad difícil de explicar. Quería herirme pero no lo estaba consiguiendo. A aquellas alturas me importaban bien

poco sus amoríos, lo único que deseaba era que entrara en razón, que dejara de hacer locuras y de paso nos dejara en paz a mí y a su hija.

—Está bien —dije con un hilo de voz y sin apartar la vista de la carretera—. Entonces si tan poco valgo para ti, si llevas una doble vida y te has cansado de actuar... déjame hacer mi vida a mí también. Tú no me quieres, yo no te quiero...

—Oh, Marta, no seas ingenua. ¿Acaso te crees que voy a soportar la humillación de verme desbancado por ese... dependiente de tres al cuarto? Me has engañado y no puedes irte de rositas.

Curiosa manera de ver las cosas por un doble rasero, él podía hacer lo que le viniera en gana, él podía engañarme, maltratarme y dominarme, y yo tenía que ser la esposa servil e ingenua que al parecer pretendía mantener a su lado para siempre.

—¡Tú también me has engañado a mí! —grité en un arrebato de ira.

Soltó la mano del volante y me dio un manotazo en la boca que me cogió por sorpresa. Sentí el sabor metálico de la sangre.

—¡Cállate, estúpida! Sigues sin entender nada.

Aceleró más el coche. Yo me agarré al asiento sin dejar de vigilar a mi hija en la parte de atrás del coche. Ella parecía ajena a lo que ocurría. Luis me miraba de reojo y reía, regocijado en el pavor que yo sentía

—Luis, por favor, ve más despacio. Nos vamos a matar.

Lo último que escuché fue su risa sardónica. Luego vi el camión que se nos echaba encima al salir de la curva. Luis dio un volantazo y el coche salió de la carretera y rodó por el terraplén, hacia el mar. En el último momento yo me quité el cinturón de seguridad y no sé por qué abrí la puerta y me tiré. Un árbol detuvo mi cuerpo, pero el coche siguió rodando ladera abajo y todo se volvió oscuro.



Desperté unos días después en la cama de un hospital. Mi madre y Alicia estaban allí, a mi lado, velando mi inconsciencia. Me dolía todo el cuerpo y apenas me podía mover. Tenía el torso vendado y ambas piernas inmovilizadas. Sentía la cabeza embotada y la lengua pastosa. Intenté hablar pero parecía como si las palabras se negaran a salir de mi garganta. Estaba desorientada y no sabía dónde me encontraba ni por qué. Cerré los ojos y rebobiné mentalmente. Poco a poco las últimas imágenes de mi vida consciente fueron regresando a mi cerebro. La loca carrera en el coche, las palabras hirientes de mi marido, el sonido chirriante de las ruedas al tomar las curvas, el enorme camión que se cruzó en nuestro camino, el terraplén... el coche que llegó hasta el fondo del acantilado, mi hija que estaba dentro... Pensar en mi pequeña me dio fuerzas y consiguió

difuminar del todo la espesa niebla que se empeñaba en ofuscar mi percepción de la realidad.

—Nerea —dije, intentando incorporarme en la cama sin conseguirlo por el dolor—. ¿Dónde está mi niña?

Mi madre, sin contestar, se acercó a la ventana y se puso a mirar hacia fuera. Alicia me cogió la mano.

—Tranquila, Marta —me dijo—. Nerea está bien. Está en otro hospital, pero solo ha tenido magulladuras. No te preocupes. Ahora tienes que pensar en recuperarte tú. Tienes que estar tranquila y descansar.

Las palabras de mi amiga me hicieron recobrar la calma. Lo único que me importaba era que mi hija hubiera salido bien del trance. No pregunté por Luis. Su suerte me interesaba más bien poco. Volví a cerrar los ojos y me volví a sumir en la inconsciencia. Poco a poco los instantes de lucidez se fueron haciendo más frecuentes. Días después me dieron la noticia de que Luis había muerto. Casi lo suponía y no sentí pena. La muerte de Luis significaba mi liberación como mujer y como persona atrapada en las fauces de un maltratador. Mi única preocupación era volver a ver a mi hija. Me la imaginaba triste y desvalida en la solitaria cama de otro hospital. Cada día preguntaba por ella a mi madre, cuando después del almuerzo hacía su aparición en mi cuarto. Mamá me decía que se pasaba la mañana con Nerea. La respuesta siempre era la misma, y siempre era la misma también su actitud. Se volvía hacia la ventana mientras me hablaba.

No sé cuándo empecé a sospechar que algo no iba bien, solo sé que en algún momento me dio la impresión de que cuando mi madre se acercaba a la ventana lo hacía para llorar, puede que fuera algún resto de una lágrima o el llevarse el pañuelo a los ojos. Al principio no dije nada, por cobardía, por miedo a su respuesta, por no querer enfrentarme a la realidad, por negar esa realidad. Mi hija no podía estar muerta, no era posible que me estuvieran engañando de aquel modo. Seguramente un día, más pronto que tarde, mi pequeña entraría por la puerta de mi habitación gris y anodina, se subiría a mi cama y nos abrazaríamos con la certeza de que a partir de ahora viviríamos tranquilas y felices. Pero lo cierto es que eso nunca ocurría, y que cuando preguntaba por Nerea la respuesta era siempre la misma: está mejor, pronto estará por aquí.

Un día comprendí que no tenía ningún sentido mantener aquella situación absurda. Entendí que ni mi madre ni mi amiga iban a atreverse jamás a darme la terrible noticia y fui consciente, también, de que cuanto más tiempo pasara, sería mucho peor. Así que se lo puse fácil.

—Sé que me estáis ocultando algo —les dije una tarde en la que, una vez más, contestaban mis preguntas con evasivas—. Nerea no está bien, ¿verdad?

Mi madre y Alicia se miraron de refilón, y aunque solo fuera durante un

segundo, fui capaz de apreciar aquellos ojos cargados de tristeza que confirmaron mis recelos. Mi madre comenzó a lloriquear, esta vez no se molestó ya en ir hasta la ventana para intentar ocultarse, y a pesar de que yo sabía que ese momento había de llegar, no pude evitar que el miedo se apoderara de mí y fui capaz de sentarme en la cama, a pesar del dolor lacerante que sentía.

—No me engañes, Alicia —dije en un susurro—. No me engañes más, no tiene sentido. Mi hija no está bien, ¿verdad?

Fue mi madre, sentada a mi lado en la cama, sollozando, quien se armó de valor y me comunicó la triste noticia.

—No, Marta, Nerea no está bien. Nerea está muerta. Siempre estuvo muerta. Ese desgraciado se llevó por delante también la vida de tu hija.

En aquel momento me hubiera gustado gritar, gritar muy fuerte para liberar mi mente del dolor que sentía, pero no fui capaz. La sospecha me había acompañado ya demasiado tiempo y solo pude sentir odio, un odio atroz hacia Luis por haberme quitado lo que más quería, un odio atroz a la vida por haberlo cruzado en mi camino.



Desde aquel día todas las mañanas me visitaba una psicóloga. Era una muchacha agradable que se sentaba en una silla frente a mí y me animaba a hablar, y como no lo hacía, era ella la que decía cosas que yo ni siquiera oía. Durante unos días me dio igual todo. Si hubiera tenido valor me habría quitado la vida yo también, pero no lo tenía y puesto que debía seguir viviendo, en algún momento decidí sobrellevar mi tragedia de la manera que fuera para poder continuar mi camino. Por el día intentaba estar entretenida para alejar la tristeza. Era por las noches cuando la quietud del hospital hacía que mi cabeza rebullera en un sinfín de pensamientos, de culpabilidades. Porque yo sabía que la responsable de toda aquella situación era yo misma, por no haber sabido afrontar mi vida, por no haber sabido plantar cara a mi propia mentira.

Un día le pregunté a Alicia si sabía algo de Andros. Al principio, sumida en mi tragedia, no pensé demasiado en él, pero cuando fui asumiendo lo ocurrido comencé a extrañar su ausencia. Tampoco esta vez las noticias eran buenas. Alicia se había acercado por su trabajo para comunicarle el accidente, pero él ya no estaba. La nueva jefa de personal le dijo que se había despedido y se había marchado a su país. No había justificado su marcha y nada habían podido hacer para convencerle de que se quedara. Lo apreciaban. Era un buen trabajador que podría haber llegado muy lejos. Pero parecía muy afectado por algo que le había ocurrido y que no quiso revelar. No obstante, había dejado un sobre cerrado para

una tal Marta. La muchacha preguntó a Alicia si ella era Marta. Mi amiga le explicó mi situación y después de algunas reticencias por parte de la chica, consiguió que le entregara la carta. Aquella mañana, cuando yo le pregunté por Andros, me contó todo y me la dio. El sobre estaba arrugado. Llevaba ya muchos días en el bolso de Alicia, esperando el momento oportuno para serme entregado. Nunca era el momento oportuno. Aquel tampoco. Pero tarde o temprano tenía que llegar a mí.

Retuve el ajado sobre un momento, jugueteando con él entre mis dedos temblorosos. Sabía que no me iba a gustar lo que había en su interior. Finalmente saqué el papel con languidez y lo leí. El contenido de la carta fue un varapalo más para mi cada vez más absurda existencia.

No sé bien cómo empezar esta carta. Supongo que debería de hacerlo como se suelen empezar todas las cartas, con eso de «querida Marta», pero no puedo, no soy capaz de llamarle querida a quien tanto daño me ha hecho. Parece mentira que alguien a quien he querido tanto se haya convertido de la noche a la mañana en una completa desconocida. Jamás pensé que tu amor fuera falso, que me estuvieras utilizando para divertirte, que yo no fuera más que un monigote en tus manos. Sin embargo, ahora que alguien ha tenido la deferencia de abrirme los ojos, me doy cuenta de muchos detalles que yo siempre había pasado por alto y que ahora cobran sentido. Tus excusas a la hora de hacer cosas conmigo, de planear una vida juntos... no sé cómo pude ser tan imbécil como para no darme cuenta de que había otro y de que yo no era más que una diversión, momentos de sexo, de placer, única y exclusivamente. Creo que ni siquiera te mereces esta carta de despedida, pero para que te des cuenta de que yo soy mejor que tú, quiero que sepas que no te deseo nada malo, al revés, lo que te deseo es que seas muy feliz en la vida con tu marido.

Andros

Alargué mi mano temblorosa, ofreciendo la carta a mi amiga.

—Léela —le dije—. Yo no entiendo nada.

Alicia leyó en silencio.

—Está claro que alguien le ha contado la verdad —dijo al terminar.

—¿Qué verdad? —pregunté, sabiendo que no iba a encontrar respuesta—.

¿Qué verdad, Alicia? ¿Que yo no le amaba? Esa no es la verdad. ¡Oh, Dios! ¿Por qué me está pasando esto a mí? ¿Por qué todas estas desgracias?

Una vez más me eché a llorar. A él también lo había perdido. Y

desgraciadamente todavía me quedaba más por perder, una compañía silenciosa y desconocida que optó por abandonarme cuando hubiera sido el mejor consuelo que me habría quedado en medio de aquella vida tan desdichada.

Una tarde comencé a encontrarme muy mal, me mareaba, sudaba en frío y me sentía muy débil. También sentía un terrible dolor en los riñones que me recordaba al parto de mi hija. Entonces comencé a sangrar, a sangrar de forma abundante y descontrolada. No era una regla normal, era una hemorragia. Me llevaron urgentemente a quirófano y por suerte mi mal fue convenientemente atajado. Poco después, cuando me trasladaron de nuevo a la habitación, el médico me explicó lo ocurrido.

—Lo siento, Marta —me dijo—, probablemente el feto se había desprendido con el accidente. No hemos podido evitarlo, lo has perdido.

Estaba embarazada. Aquel hijo era de Andros, no cabía duda, pues durante los últimos meses de convivencia con mi marido las relaciones sexuales no habían existido. El médico me daba la noticia con naturalidad, como si diera por hecho que yo sabía de mi preñez. A lo mejor debería de ser así, pero lo cierto es que no tenía ni idea. Aquel embarazo, de seguir adelante, hubiera supuesto un aliciente en mi vida, uno solo, en medio de tanta desolación, pero ni siquiera me había quedado esa posibilidad. Todo se había ido a la mierda, todo.

CAPÍTULO 21

Cuatro meses pasé en aquel hospital, cuatro meses encerrada entre aquellas cuatro paredes, con demasiado tiempo para pensar, cuatro meses en los que por momentos creí volverme loca, en los que las lágrimas fueron mis compañeras de fatigas. Mi vida se derrumbó y volvió a un punto de partida, a aquel tiempo en el que yo era una adolescente y vivía en el pueblo con mis padres, solo que ahora soportaba el peso de una mala experiencia. Lo había perdido todo y por momentos sentía que no me quedaba nada por esperar. Alicia me decía que el tiempo me ayudaría a olvidar, que en aquellos momentos lo veía todo negro y era normal, pero que poco a poco me iría recuperando.

—Jamás podré olvidar a mi hija —le contestaba yo cuando ella me animaba a vivir.

—Claro que no, pero a ti te ha tocado quedarte aquí y tienes que seguir viviendo, es lo que ella hubiera querido para ti.

No me consolaban sus palabras. Tampoco podría olvidar nunca al hombre que me había hecho sentir amor de verdad ni a aquel hijo que nunca llegaríamos a tener. Él ni siquiera llegaría a saber jamás que yo había llevado en mi vientre un hijo suyo. Buscar algo por lo que vivir era tarea difícil, no me quedaba nada por lo que luchar, no me hubiera importado morir yo también en aquel desgraciado accidente.

El día en que me dieron el alta, mientras metía mis escasas pertenencias en una maleta, sentía que en aquella habitación dejaba la parte más negra de mi vida... Y también muchos recuerdos felices. Aquel accidente había marcado un antes y un después. No me quedaba más remedio que partir de cero, olvidar, y resurgir de mis cenizas, como el ave fénix.

Mi madre se había marchado apenas una semana antes en contra de su voluntad, pero yo insistí en que debía irse, que tenía que atender a mi padre y ayudarlo en el negocio, que yo estaba bien y que en unos meses yo también me marcharía al pueblo. Porque eso fue lo que decidí, regresar al pueblo. A Las Palmas ya no me ataba nada, salvo unos recuerdos que me hacían daño y que prefería alejar de mi mente. Así que lo mejor que podía hacer era liquidar lo que allí tenía, en concreto la parte del negocio que había pertenecido a mi marido, y volver a casa de mis padres para que ellos me ayudaran a retomar mi vida. Era el

momento de hacer lo que siempre quise. Centrarme en mis estudios y realizarme profesionalmente. Esa sería la mejor manera de rescatar mis sueños de juventud y a la vez dejar atrás los últimos años.

Antes de abandonar Las Palmas, hablé con el socio de Luis y llegamos a un acuerdo sobre la venta de la empresa. Yo pensaba que no me estaba dando todo lo que valía, pero no quise discutir. Era una cantidad que junto con los ahorros que tenía me permitiría vivir unos años y costearme mis estudios. No necesitaba más. Así que unos días antes de las Navidades firmé la venta y dejé la ciudad para siempre.

Me costó despedirme de Alicia. A lo largo de aquellos años se había convertido en una persona muy importante para mí, casi en la hermana que nunca tuve. Juntas habíamos vivido muchos momentos, buenos y malos, que nos habían unido irremediablemente. Era la persona que más me había ayudado, a la que me había aferrado de manera desesperada cuando sentía que todo se venía abajo, pero había llegado la hora de separarnos. Prometimos que nos volveríamos a ver, aunque yo le dije que tendría que viajar ella a verme a mí. Desafortunadamente sabía que nunca tendría fuerzas para volver a pisar aquellas calles.

—Eso no importa —me dijo—. Aquí o en cualquier otro lugar, volveremos a vernos, ya lo verás.

Claro que sí, de eso estaba segura. Así que la mañana del día de Nochebuena me acompañó al aeropuerto y allí nos despedimos, llorando una vez más, y tomé rumbo al lugar del que, pensaba en aquel momento, nunca debería haber salido.



No fue fácil volver a empezar. Había demasiado lastre que me dificultaba el camino. Para colmo mi presencia en el pueblo despertó curiosidad y la gente, descarada y sin sensibilidad, me hacía demasiadas preguntas. A veces entraba en algún establecimiento y se hacía el silencio. Otras, al pasar por delante de algunas personas, las escuchaba murmurar: «pobrecita, mira todo lo que tuvo que sufrir». No eran comentarios malintencionados, al fin y al cabo nadie sabía lo que había ocurrido de verdad, pero a mí me hacían daño igualmente porque me recordaban constantemente mi fracaso.

Por otra parte el recuerdo de Andros me golpeaba sin descanso y en ocasiones me sumía en la melancolía. Tantos planes que se habían perdido y aquel hijo nunca nacido... Durante aquellos primeros meses de mi regreso al pueblo pensé una y mil veces en la posibilidad de ir a buscarle, al fin y al cabo yo conocía a sus hermanas, sabían dónde vivían y no tendría la menor dificultad en presentarme en Atenas y a través de ellas averiguar su paradero, pero de

momento no me atreví a hacerlo.

Aquel verano mi madre quiso darme una sorpresa y me invitó a viajar a Palma de Mallorca, ella y yo solas, pues papá tenía que atender el negocio.

—Y no me digas que no —me dijo cuando me enseñó los pasajes del avión—. Será una buena ocasión para relajarte, antes de comenzar el curso de nuevo. Además, nunca hemos viajado juntas y solas.

Era verdad, jamás lo habíamos hecho, y aunque no tenía demasiadas ganas de diversión, me pareció una buena ocasión para disfrutar de mi madre y accedí.

Nuestra estancia en la isla fue tranquila y relajada. Mamá y yo hablamos mucho, creo que mucho más de lo que habíamos hablado hasta entonces, y en una de aquellas largas conversaciones que tuvimos yo le confesé la verdad de todo lo que había ocurrido en Canarias.

—Mi matrimonio con Luis, desde que llegamos allí, nunca fue bien del todo. Estuvimos un tiempo separados, de hecho el primer verano que vinimos de vacaciones él acababa de pedirme que volviéramos juntos. Yo accedí, pero ya había conocido a alguien que, a pesar de que yo me empeñara en lo contrario, me había robado el corazón.

Le hablé de Andros, le conté con todo detalle nuestra historia, le hablé de mis mentiras, de mis infidelidades, de aquel viaje a Grecia y de lo decidida que estaba a separarme de Luis a mi regreso.

—Pero ya no fue posible, mamá. Luis me estaba esperando. No sé cómo, pero se había enterado de todo. Me escondí unos días en casa de Alicia, porque él estaba muy violento. El primer día que salí de mi escondite fui al trabajo de Andros, y cuando estaba con él, apareció Luis con la niña. Me sacó de allí, nos metió en el coche y comenzó a conducir como un loco. Así ocurrió el accidente. No fue nada casual. Lo provocó él. Yo creo que quería matarme.

Mi madre me había escuchado con una indescriptible expresión de asombro en su rostro.

—Pero... ¿Por qué no nos dijiste nada? Desde el principio deberías habernos dicho que las cosas no andaban bien entre Luis y tú. Somos tus padres, te hubiéramos ayudado.

—No sé, mamá, supongo que no quería disgustaros. Además Luis parecía haber cambiado tanto.

—Cambiado, sí, cambiado. Siempre fue un sinvergüenza. De acuerdo con que tuvo sus épocas buenas, pero el tiempo ha demostrado que nunca dejó de ser un sinvergüenza. Y ese muchacho... el griego... ¿Qué ocurrió con él?

Le conté que se había marchado y que me había dejado una carta de despedida incomprensible para mí.

—¿Te parece incomprensible? —me preguntó mi madre casi de manera

retórica, como si ella entendiera perfectamente el contenido de aquella misiva—. Pues a mí me parece que está muy claro. Alguien le contó que estabas casada y ese alguien no pudo ser otro que tu marido. Y seguramente le contó la historia como quiso. Por eso el griego se marchó.

—A veces pienso en ir a buscarle.

—¿Buscarle? No, hija, no vayas. A saber con lo que podrías encontrarte. Creo que en estos momentos lo que menos necesitas es enfrentarte con un nuevo rechazo de ese muchacho. Deja que pase el tiempo, que se vayan calmando los ánimos. Además, a lo mejor te parece una bobada, pero yo siempre he dicho que si una pareja está abocada a estar junta, estará de una manera o de otra.

No estaba yo muy segura de aquel pensamiento profundo de mi madre. Con Andros a muchos kilómetros de mí, sin conocer mi paradero ni yo a ciencia cierta el suyo, muy difícil me parecía que algún día nos volviéramos a encontrar. Pero hice caso a su consejo y no le busqué. Tenía razón: no deseaba una nueva decepción.

Aquel mes de octubre retomé mis estudios de Magisterio y me dediqué a ellos en cuerpo y alma. Durante la semana vivía en una pensión de la ciudad y los fines de semana regresaba a casa de mis padres. Así fue mi vida durante los dos años siguientes, en los que la pena por lo ocurrido se fue mitigando y la resignación se instaló en mi alma. Me resigné a vivir sin amor, a no formar una familia, y llegó un momento en que no me planteé otra forma de vivir. Era lo que me había tocado en suerte y ya estaba. Si alguna vez mi vida debía tomar otro rumbo, lo haría, pero no tenía ningún interés en forzar las cosas.

CAPÍTULO 22

Cuando terminé la carrera, la suerte llamó a mi puerta. Había sido muy buena estudiante y mis calificaciones eran de las mejores. Mi primera intención fue preparar oposiciones, pero el último día de curso la directora de la escuela me llamó a su despacho y me hizo una proposición que no pude rechazar.

Acudí a la cita, más que con temor con cierta intriga. No conocía a aquella mujer más que de verla de vez en cuando por los pasillos, jamás me había dado clase y sabía que tenía fama de persona seria y dura, aunque a mí me recibió con una afable sonrisa y me felicitó de manera casi efusiva por mi fabuloso expediente académico.

—Has sido una de las mejores alumnas que han pasado por la escuela —me dijo—. Y por eso quiero hacerte una propuesta que a lo mejor te interesa.

Doña Alejandra, que así se llamaba la mujer, no se anduvo con rodeos y fue al grano.

—Supongo que sabrás que hasta hace unos años existía lo que se llamaba acceso directo. Los mejores expedientes académicos pasaban a ser profesores del Estado sin necesidad de oposición. Tú hubieras entrado en ese grupo seguro, pero ahora tendrías que opositar en igualdad de condiciones que los demás. ¿Es lo que quieres hacer?

—Bueno... en principio sí, salvo que me surja otra oportunidad que me interese más.

—Pues ahí quería llegar yo. Tengo una hija que es directora de un prestigioso colegio privado en Madrid. Necesitan ampliar su elenco de profesores y me ha pedido que haga la propuesta a los mejores estudiantes. Si lo deseas, puedo ponerte en contacto con ella. Te aseguro que es una oportunidad muy buena. Te pagarán bien, las instalaciones del colegio son inmejorables y los métodos educativos los más innovadores. No es necesario que me contestes ahora. Pero piénsatelo y en unos días me das una respuesta.

Le prometí que así lo haría, aunque cuando salí por la puerta del despacho ya había tomado la decisión. Era la oportunidad perfecta para romper con todo y empezar de cero. Un nuevo trabajo, nueva actividad, una ciudad diferente y conocer gente era lo que necesitaba en aquellos momentos. Así que solo tuve que comunicar mi decisión a mi padres, que la aceptaron a regañadientes. Cosa

que no me extrañó, puesto que desde el accidente no habían hecho más que sobreprotegerme, y dos días más tarde me personé en el despacho de Doña Alejandra para darle el sí. Aquella misma tarde hablé con su hija y una semana después viajaba a Madrid.

Mi primera toma de contacto con mi nueva vida fue muy agradable. Me gustó la hija de doña Alejandra, una mujer madura, moderna e independiente; me agradó su manera de entender la educación, sus proyectos, las instalaciones del colegio, los escasos compañeros que tuve la oportunidad de conocer. Todo parecía perfecto. Era como si de pronto el mundo quisiera girar para mí y me mostrara su cara más amable. Volví a sentir ilusión por las cosas y fue precisamente esa misma ilusión la que me ayudó a cerrar una herida que aunque siempre estaría latente, ya jamás volvería a provocar el dolor lacerante que un día me había partido el alma y el corazón.



El colegio estaba en las afueras de la ciudad, por la carretera de La Coruña. Me alquilé un pequeño y acogedor apartamento en la zona de Moncloa. Estaba lo suficientemente cerca de todos lados como para permitirme disfrutar del centro de la ciudad y no tener que pasarme horas de viaje para acudir a trabajar. Y en septiembre comencé el curso.

Me sentí muy a gusto en todas las nuevas facetas de mi vida. Hasta mis padres, cuando por Navidad les hice mi primera visita, notaron que yo no era ya la muchacha triste y apocada que habían conocido en los últimos años. Reconocieron que mi vida en Madrid me estaba haciendo mucho bien. Yo también lo sentía así. Los niños llenaron mi existencia de plenitud. Era feliz estando con ellos.

En el terreno personal, sin embargo, no hubo demasiados cambios. Es cierto que mis compañeros me acogieron con cordialidad, tanto a mí como a los otros tres o cuatro profesores nuevos, y que hice muy buenas migas con uno de los grupos formado por gente más o menos de mi misma edad. Nuestra relación traspasaba lo laboral y en muchas ocasiones quedábamos para salir, para ir al cine o para organizar cenas en casa de uno o de otro. Se convirtieron en mis nuevos amigos, pero nada más. No hubo líos amorosos ni novios a la vista. Tampoco lo necesitaba. Me sentía bien sola y tenía claro que sola iba a seguir hasta que surgiera el hombre que me hiciera perder el sentido, y si no surgía tampoco iba a pasar nada.

El curso pasó muy rápido y con el verano regresé al pueblo. Mi amiga Alicia se presentó un buen día de agosto así, por sorpresa. Bueno, mis padres lo sabían,

pero no me habían querido decir nada. Desde que yo me había marchado de Las Palmas no nos habíamos vuelto a ver, así que para mí, y creo que para ella también, aquel reencuentro fue motivo de una enorme alegría. Durante las dos semanas que pasamos juntas nos dedicamos a hacer pequeños viajes para conocer la región y recordamos muchos momentos buenos, sobre todo de la etapa en la que ambas trabajamos en la radio. Y solo unos días antes de su marcha, Andros surgió en la conversación. Estábamos en la playa, anochecía y la temperatura era ideal, no nos apetecía marchar. El sol se ponía en el horizonte tiñéndolo de rojo. Me recordó mi estancia en Santorini.

—Mira, Alicia —le dije a mi amiga—, en Santorini las puestas de sol son siempre así, como de fuego.

Mi amiga volvió la vista hacia el sol, que parecía querer esconderse en el interior del mar, y jugueteó con la arena.

—¿Has vuelto a saber de él? —preguntó.

—No —le dije—. Pensé en ir a buscarle, pero me dio miedo lo que me pudiera encontrar.

—¿Le has olvidado?

—No lo sé —respondí encogiéndome de hombros—. Supongo que sí. Pero no estoy muy segura de lo que sentiría si le volviera a ver. Aunque como eso no va a pasar nunca... ¿para qué preocuparse?

Alicia me miró durante unos segundos y me sonrió. Después volvió a fijar los ojos en la arena, cogió un puñado y lo dejó caer lentamente. No sé por qué me dio la impresión de que tenía algo que decirme.

—Ali, ¿ocurre algo?

—Bueno... nada importante. Un día, poco después de que te marcharas, se me ocurrió ir por su trabajo y pregunté por él. Esta vez me encontré con una muchacha muy agradable que me dijo que se había marchado a Atenas porque quería terminar sus estudios, pero que era posible que dentro de unos años regresara a España.

Suspiré con resignación. Que Andros regresara a España no significaba nada. Yo ya no estaba en Las Palmas, ni siquiera tenía la seguridad de que su vuelta fuera a esa ciudad. No merecía la pena hacerse ilusiones con su regreso.

—No importa, Ali —le dije a mi amiga—. Lo más seguro es que Andros y yo no nos volvamos a ver nunca, y probablemente sea lo mejor.

Mi amiga sacudió la cabeza negativamente y apretó amistosamente mi mano.

—¿Por qué no le buscas? —me preguntó.

No sé por qué su pregunta me hizo dudar. Hasta entonces había tenido claro que no merecía la pena intentar una búsqueda que seguramente iba a procurarme una nueva decepción, sin embargo en aquellos momentos, mientras contemplaba

el sol teñir de rojo el horizonte y recordaba las puestas de sol de Santorini, pensé que tal vez debería de intentarlo. A lo mejor era que el tiempo había ido mitigando la pena y la frustración del principio y que aunque en la vida diaria no lo percibiera, en el fondo, cuando lo recordaba, sentía que le echaba terriblemente de menos.

Alicia, el verme dudar, siguió azuzándome.

—Yo te acompaño. Nunca he ido a Grecia y no tengo prisa por volver a Las Palmas. Todavía me quedan quince días de vacaciones y Dani las pasará con su padre. Mañana podemos ir a una agencia y comprarnos los billetes de avión.

Me miraba con los ojos cargados de entusiasmo. Yo sé que deseaba mi felicidad y que sabía, ambas lo sabíamos, que encontrar de nuevo a Andros era la única manera de acercarse a ella. Nunca había hecho un viaje tan improvisado, pero Alicia me contagió su decisión y le dije que sí.

A mis padres no les pareció bien la idea. Mamá seguía pensando que me iba a encontrar con una nueva decepción y papá opinaba que no debía rebajarme a buscar a un hombre. Pero una vez más desoí sus consejos. Al día siguiente Alicia y yo compramos los billetes de avión y dos días después, volábamos a Atenas.

Llegamos a la ciudad una soleada y calurosa tarde de finales de agosto. Yo no pude evitar que mi corazón se impregnara de melancolía cuando me vi de nuevo en el último lugar en el que había sido realmente feliz. Alicia me decía que tenía que ahuyentar los pensamientos negativos, que estaba allí precisamente para buscar y encontrar la felicidad perdida, y yo intenté hacerle caso en la medida de lo posible.

Nos alojamos en un pequeño hotel, modesto pero acogedor, muy cerca de donde estaban las casas de las hermanas de Andros. No recordaba la dirección exacta, pero sí la ubicación del inmueble, próximo al lugar en el que se tomaba el funicular hacia el monte Licabeto. No íbamos a permanecer en la ciudad más de una semana, así que decidimos no perder el tiempo y a la mañana siguiente de nuestra llegada comenzamos la búsqueda. No me fue difícil dar con la casa, un inmueble de cuatro pisos, pintado de azul claro y con jardineras cargadas de geranios en los balcones. Las hermanas de Andros vivían en el primer piso y en el segundo, aunque Thora, la menor, que estaba divorciada y no tenía hijos, se pasaba la mayor parte del tiempo libre que le dejaba su trabajo en casa de su otra hermana, Helena. Cuando las conocí me gustó más Thora que Elena. Era más jovial, más simpática y me trataba con más confianza. Helena, por el contrario, se mostraba más reticente, puede que intentara proteger a su hermano de un nuevo desengaño amoroso y no confiara mucho en las chicas españolas. Supuse que no me iba a recibir con los brazos abiertos precisamente y por ello aquella mañana, cuando me vi delante de la casa, no me atreví a pulsar el timbre y le dije

a Alicia que era mejor que diéramos la vuelta, que necesitaba tiempo para verme frente a aquellas mujeres y sobre todo para asumir la posibilidad más que probable de encontrarme de nuevo con Andros.

Fue dos días más tarde cuando me arriesgué a dar el paso. Le dije a Alicia que prefería ir sola y a regañadientes accedió. Como yo intuía no fui bien recibida.

CAPÍTULO 23

Aproveché que entraba un vecino y me colé en el portal. Subí las escaleras hasta el primero con la emoción a flor de piel y el corazón latiéndome en el pecho como loco. Pulsé el timbre, cerré los ojos y respiré profundo. Escuché unos pasos que se acercaban. La puerta se abrió y apareció Helena. Por la cara que puso supe que me había reconocido. Se quedó mirándome sin decir nada.

—Hola, Helena —saludé—. ¿Te acuerdas de mí?

—¡Vete! —me dijo en español—. ¡Vete!

Yo sabía que la comunicación entre ambas iba a ser poco menos que imposible. No solo por la animadversión más que evidente que sentía hacia mí, sino porque sus conocimientos de español eran más bien nulos. Thora, sin embargo, dominaba el idioma igual que su hermano, así que insistí y pregunté por ella.

—¿No está Thora? Me gustaría hablar con ella.

—¡Vete! —repitió Helena alzando un poco la voz.

Desde el interior del piso una voz preguntaba algo en griego. Reconocí la voz de Thora y escuché sus pasos que se acercaban. También ella se quedó perpleja cuando me vio. No sabía qué les habría podido contar Andros, desde luego nada bueno. Comenzaron a hablar entre ellas en tono airado. Yo no sabía lo que se decían, pero finalmente Helena se fue y me dejó en la puerta con su hermana. No me invitaron a entrar.

—¿Qué quieres? ¿A qué has venido? —me preguntó Thora.

—A buscar a tu hermano —le contesté.

—Mi hermano no quiere verte.

—Thora, tengo que hablar con él. No sé qué os habrá contado, pero te juro que le quiero y que necesito encontrarle de nuevo.

Desde dentro se escuchó de nuevo la voz de Helena, palabras que yo no entendía, pero que hicieron que Thora diera por concluida la conversación.

—Es mejor que te vayas —me dijo a la vez que intentaba cerrar la puerta.

Yo fui más rápida y se lo impedí con suavidad. Saqué del bolsillo de mi pantalón vaquero una tarjeta con el teléfono y la dirección del hotel y se la di.

—Por favor. Me gustaría hablar contigo, si decides hacerlo llámame o ve por el hotel. Está aquí cerca.

Cogió la tarjeta y negando con la cabeza cerró la puerta dejándome allí, en el

descansillo de las escaleras, con la única compañía de mi propia desilusión. En el fondo me imaginaba algo así, pero había conservado dentro de mi corazón un resquicio de esperanza que acaba de morir con aquel desplante.

Me volví al hotel de la mano de la tristeza. Alicia me esperaba en la salita de la entrada y en cuanto me vio entrar supo que las cosas no habían ido bien. Le conté lo ocurrido y me escuchó con gesto nervioso.

—No te puedes rendir —me dijo finalmente—, todavía no. Tienes que insistir. No hemos venido aquí para tirar la toalla a la primera de cambio.

Alicia tenía razón. Había llegado a Atenas ilusionada y con entusiasmo, no podía echarme para atrás el primer tropezón. Pero lo cierto era que no tenía demasiadas ganas de enfrentarme de nuevo a aquellas dos, que apenas me habían dado oportunidad para hablar. Así fue que durante dos días nos dedicamos a hacer turismo por la ciudad, a pesar de que Alicia no dejaba de insistirme en que tenía que volver a casa de las hermanísimas. Afortunadamente no fue necesario. Al tercer día, cuando me disponía a salir del hotel, me encontré en la puerta del mismo, frente a frente, con Thora.

—Hola, Thora —le dije casi tartamudeando de la emoción—. ¿Vienes... vienes a verme?

Ella asintió con la cabeza y me sonrió tímidamente. Nos sentamos en una terraza cercana y en cuanto nuestras consumiciones estuvieron servidas comenzó a hablar.

—Siento lo del otro día. Ya sabes cómo es mi hermana, un poco brusca.

—No importa —dije—, lo que importa es que has venido. Thora, quiero ver a Andros. Le quiero.

—No puede ser. Ya no está aquí, se ha ido. Ha terminado sus estudios y se ha marchado.

Toda la confianza que había regresado a mí cuando me crucé en el camino de Thora se desvaneció como por encanto.

—¿A dónde? —pregunté.

—Anoche lo llamé por teléfono y le dije que estabas aquí. Me dijo que no quería que te diera ninguna información sobre él. Así que no te lo puedo decir.

—Thora, yo no sé lo que os ha contado tu hermano, pero está equivocado. Yo le quiero, y necesito encontrarle, verle para hablar y aclarar las cosas.

Aquella muchachita menuda y de profundos ojos oscuros me miraba fijamente, y en su mirada se percibían las dudas que en aquel momento estaba sintiendo, la batalla en que estaban sumidos su corazón y su cerebro. Cumplir o no la promesa que le había hecho a su hermano.

—Se fue a España —me dijo finalmente—. Dijo que echaba de menos todo aquello y que quería encontrar trabajo allí. No está en Las Palmas... no puedo

decirte más. Él no quiere verte. Y yo no sé qué ocurrió entre vosotros, pero él ha estado muy triste todos estos años. Tengo que irme, ya he hablado demasiado. Suerte.

Se levantó de repente y se fue. Por lo menos había descubierto algo. Aunque España era muy grande. Parecía imposible encontrarlo. Mi aventura griega terminó dejándome un regusto amargo y una profunda decepción.



A pesar de la opinión de mi amiga Alicia, que pensaba que debía intentar por todos los medios dar con Andros, yo me resigné a la triste realidad. Lo había perdido, no había vuelta de hoja. Él no deseaba verme y yo ignoraba su paradero, así que con semejante panorama no merecía la pena luchar. Mi madre me decía que no fuera tonta, que había muchos hombres en el mundo y tarde o temprano encontraría a alguien que supiera hacerme feliz. Por el contrario yo llegué a pensar que lo mío no era el amor. Hay gente que viene a este mundo para vivir en soledad y al parecer yo era una de esas personas. Todavía no había cumplido los treinta años y ya me tocaba vivir de recuerdos arrastrando desengaños. Era mi sino, y ante ello no podía hacer nada, salvo seguir mi destino lo mejor posible. Por eso intenté alejar a Andros de mi mente y mi corazón y centrarme en aquello que podía llenar mi vida: mi trabajo.

Septiembre me llevó de nuevo a Madrid y a mis obligaciones laborales. Me gustó regresar a la rutina y comencé el trabajo con ganas, tanto de bregar con los niños como de olvidar. Además había novedades, lo cual era un aliciente más para mantenerme ocupada. Aquel curso el colegio había ampliado su actividad. Hasta entonces solo se habían impartido clases de educación infantil y primaria, y aquel año comenzaron con el bachiller, con lo cual el profesorado aumentó de manera considerable. Los nuevos profesores se fueron incorporando poco a poco, teniendo en cuenta, además, que el curso en los niveles superiores no comenzaba hasta finales de septiembre. La mayoría era gente joven que enseguida se integró en el grupo. La verdad era que formábamos una camarilla muy bien avenida, y aunque existía cierta afinidad de unos con otros, en general todos nos llevábamos muy bien y, como ya dije antes, disfrutábamos de actividades juntos incluso fuera del trabajo.

Unos días antes del comienzo del curso para los mayores, me encontraba en la sala de profesores, ordenando cierto material para preparar la clase del día siguiente, cuando escuché que entraba Ana, la directora, acompañada de alguien a quien explicaba el funcionamiento del colegio. Yo seguí a lo mío hasta que oí aquella voz. Mi corazón comenzó a latir con fuerza y mi mente me decía que no

podía ser. Los recuerdos de mis noches en la radio, hacía ya unos cuantos años, regresaron descarados y se agolparon en mi mente de forma desordenada. Me quedé inmóvil, sentada ante mis cosas y sin atreverme a girar. Bien pudiera ser que mi imaginación me estuviera jugando una mala pasada y nada fuera como yo creía.

—Marta, ven, quiero presentarte al nuevo profesor de Griego —escuché que me decía Ana.

Inevitablemente me tuve que levantar, inevitablemente me tuve que girar, inevitablemente en unos segundos estuve frente a él.

—Ella es Marta, una de las profesoras de Infantil; él es Andros, profesor de Griego, nativo, de Atenas nada menos.

Allí estaba, mi mente no me había engañado, su voz me había zarandeado el alma de nuevo. Andros, otra vez.

Durante unos segundos un silencio embarazoso se instaló entre nosotros. Ana nos miraba alternativamente con ojos de asombro.

—Hola, Marta —dijo finalmente él.

—Hola —contesté yo a media voz.

—Pero... ¿os conocíais ya? —preguntó la directora.

—No, no, por supuesto que no —se apresuró a decir Andros, como si conocerme fuera una afrenta—. Solo que... me recuerda a alguien.

—Pues... tú a mí no me recuerdas a nadie —repuse estúpidamente, soltando a la vez una risa nerviosa—. En fin, bienvenido, espero que te encuentres bien entre nosotros. Tengo que... seguir con mis cosas.

Los dejé con su conversación y volví a mi sitio, pero ya no pude continuar haciendo nada. Aquel encuentro sorpresivo e inesperado me había descentrado. Cuando Thora me dijo que su hermano había regresado a España pero que no podía decirme a qué lugar, no me imaginé que llegara a pasarme algo así. Jamás pensé que el destino pudiera ser tan juguetón como para volver a cruzarnos en una ciudad ajena a ambos y en un trabajo común.

No sabía qué iba a ocurrir ahora. A la vista de cómo había reaccionado él, era probable que nada. Tampoco estaba yo muy segura de querer que ocurriera algo, aunque lo que sí me gustaría sería aclarar las cosas entre nosotros. Yo tenía derecho a saber qué era lo que había pasado para que él tomara la decisión de desaparecer sin despedirse, y él tendría que conocer mi versión de los hechos.

CAPÍTULO 24

Aquel día me marché a casa con la mente cansada y confundida. Volver a verle me había sacudido el ánimo y los sentidos. Pensé en llamar a Alicia y contárselo, pero finalmente decidí esperar unos días, a ver qué pasaba: algo, nada, lo que fuera.

No nos volvimos a encontrar hasta el día que comenzó el curso para los mayores. La sala de profesores era una enorme sala común y casi de manera inevitable teníamos que coincidir en algún momento del día. Siempre estábamos rodeados de mucha gente, pero eso no era excusa para ignorarme de la forma que lo hacía. Desde el primer día, desde el primer momento casi ni siquiera me miraba, ni me dirigía la palabra. Y a mí me dolía. Además, no sé bien el motivo, me hacía sentir pequeña; tal vez porque presentía que el ignorarme era una estrategia precisamente para eso, para humillarme. Intentaba no pensar en ello, no darle importancia y mentalizarme de que lo mío con Andros era agua pasada, pero conforme iban pasando los días más bien sentía todo lo contrario. Sentía que aquel encuentro fortuito y que yo había creído imposible tenía que significar algo, que tenía que tener un motivo, y ante semejantes conclusiones mi corazón reaccionaba y yo me iba dando cuenta de que el amor que un día había sentido estaba despertando de nuevo. Había entre los dos una conversación pendiente y la tendríamos, solo era cuestión de esperar el momento adecuado.

Llegó una lluviosa tarde de noviembre, en la cafetería del colegio. Hacía frío y yo entré a tomar un café caliente antes de empezar las clases de la tarde. Apenas había dos o tres personas, y una de ellas era él, sentado en la mesa más alejada, perdido entre sus papeles. No lo dudé un instante, me acerqué y me senté frente a él, casi desafiante, casi esperando sentir sobre mí la mirada hostil que efectivamente sentí.

—Hola, Andros —le dije con voz temblorosa—. No me voy a andar con rodeos, creo que tenemos que hablar.

—Pues yo creo que no tenemos nada que hablar —me contestó haciendo ademán de recoger sus cosas—. Entre nosotros las cosas están todas dichas desde hace bastante tiempo.

—Ni se te ocurra levantarte y dejarme con la palabra en la boca —repuse, soliviantada por su desprecio.

—Marta, nunca una mujer me hizo tanto daño como tú y créeme que si hubiera sabido que formabas parte del elenco de profesores de este colegio, no hubiera venido. De hecho ya estoy buscando plaza en otro lugar para el próximo curso, muy en contra de mi voluntad, pues me gusta estar aquí. Pero lo que no me gusta es encontrarme contigo todos los días.

—Vaya, me encanta tu objetividad. Ni por un momento se te ocurre pensar que yo no fui la única que te mintió, ¿verdad?

—No voy a seguir con esta conversación. No tiene sentido. No me interesa nada de lo que puedas decirme. Ah y por cierto, no sé cómo tuviste el descaro de presentarte en casa de mis hermanas a buscarme. Jamás pensé que te rebajaras a tal cosa.

—A lo mejor me rebajé porque te quiero, ¿no crees?

Soltó un bufido que pareció ser una risa, metió sus papeles en una carpeta, se levantó y se fue. Yo le seguí con la mirada hasta que salió de la cafetería y se perdió en la distancia. Me fastidiaba enormemente su actitud. Me despreciaba descaradamente, y aunque se negara a mantener conmigo la conversación que, lo quisiera él o no, teníamos pendiente, de una manera o de otra yo tenía que saber qué era lo que le habían dicho de mí para que se sintiera tan enojado. No era solamente el haberse enterado de que yo estaba casada y que seguía viviendo con mi marido, había algo más, estaba segura de ello, y tarde o temprano acabaría averiguándolo.

Pero mis intenciones no iban a ser fáciles de llevar a cabo, porque si hasta aquel momento me había ignorado, a partir de aquella tarde comenzó a evitarme. Si yo entraba en la sala de profesores él se marchaba. Si era él quien entraba estando yo, daba media vuelta y se largaba. Lo mismo ocurría en la cafetería o en el patio. Además parecía mantener una estrecha relación con Ana, la directora, que, me daba la impresión, iba más allá de lo laboral. Ciertamente Ana era algo mayor que él, pero las miradas y las sonrisas que le dirigía eran muy elocuentes, cosa que me ponía celosa y al mismo tiempo enojada por sentir esos celos estúpidos. Entre Andros y yo no había más que rencor, él podía hacer lo que quisiera con su vida y yo con la mía, al menos en teoría, porque en la práctica yo estaba deseando que entrara en razón y que me diera la posibilidad de reconquistarle. Le amaba. A pesar de su hostilidad y de sus desplantes. Su sola presencia había sido suficiente para volver a quererle. La situación tenía que cambiar de la manera que fuera, aunque reconocía que dadas las circunstancias se presentaba bastante difícil.

Sin embargo un día los hados se pusieron de mi parte y me dieron la oportunidad, una oportunidad ciertamente extraña: la posibilidad de que Andros escuchara lo que yo deseaba decirle sin mantener nuestra charla pendiente. Fue

la semana previa a las vacaciones de Navidad, cuando el colegio organizó la consabida comida navideña. Fuimos a comer a un restaurante cercano y después del almuerzo y de una larga sobremesa, unos cuantos compañeros nos quedamos en la ciudad para seguir la fiesta. Yo estaba incómoda con mi vestuario así que fui a casa a cambiarme y después me reuní con ellos en el lugar acordado, un *pub* en el centro de la ciudad, muy cerca de la Plaza Mayor. En cuanto entré localicé al grupo, que ocupaba varias mesas en la esquina izquierda del local, al final de la barra. Como el lugar estaba sumido en la semioscuridad nadie se percató de mi llegada. Me acerqué a la barra y pedí mi consumición. Mientras esperaba a que me la sirvieran, antes de unirme a mis compañeros, les oí hablar y me quedé escuchando desde el anonimato que me proporcionaba la penumbra. La conversación se presentaba interesante.

—Así que ya habías estado viviendo en España hace años —le decía alguien a Andros—. ¿Y por qué te marchaste?

—Bueno... un desengaño amoroso —respondió él—. Lo pasé realmente mal y decidí que lo mejor que podía hacer era poner tierra por medio y aprovechar mi regreso a Atenas para terminar mis estudios. Lo que me pasó después fue... que echaba mucho de menos España y en cuanto tuve oportunidad, regresé.

—¿Y la chica? Me refiero a tu desengaño.

Esta vez era Ana la que hablaba, con un evidente interés que confirmó mis sospechas. Le gustaba Andros, sin lugar a dudas.

—Me la he vuelto a encontrar. Y creedme si os digo que era lo que menos deseaba en el mundo, volver a verla.

—¿Tanto daño te hizo? —insistió Ana de nuevo—. Bueno, no pretendo ser indiscreta. A lo mejor estamos metiéndonos en tu vida privada. No contestes si no quieres.

—Sí, me hizo mucho daño. Me juró y me perjuró que me amaba y al final me enteré no solo de que estaba casada, sino de que tenía con el marido una relación liberal en la que cada uno, de vez en cuando, se buscaba sus rollos. Y yo fui uno de esos rollos.

Mi corazón comenzó a latir con fuerza. De modo que era eso. No podía creer que alguien, probablemente Luis, tal y como un día había sugerido mi madre, pudiera haberse inventado semejante embuste y encima haber tenido la osadía de contárselo. Aunque pensándolo bien no sé por qué me sorprendía. A Luis le gustaba hacer daño y mintiendo de aquella manera no solo me hacía daño a mí, sino y sobre todo a quien él consideraba que le había robado mi amor.

—Oh, pero eso es muy duro —repuso alguien en el momento en que retomé la escucha de la conversación—. ¿Y cómo te enteraste?

—Me lo dijo su propio marido. Al parecer al hombre le pareció que lo mío con

su mujer estaba durando demasiado, que podía acabar siendo más que un rollo pasajero, y tuvo la deferencia de advertirme.

Vaya, no me había equivocado. Luis era el culpable de la situación, no podía ser de otra manera. No quise oír más desde mi escondite. Cogí el vaso que me acababan de servir y me uní al grupo.

—Hola —dije—, disculpad la tardanza. ¿De qué hablabais? Ah sí, si os estuve escuchando mientras pedía mi consumición. Del fracaso amoroso del profesor de Griego.

Clavé en él mi mirada asesina, mirada que él mantuvo sin el menor pudor creyéndose, sin duda alguna, en posesión de la verdad.

—¿Verdad que es horrible? —repuso Ana—. Pobre muchacho, lo que debió de sufrir.

—Estoy segura de ello —dije sin apartar mis ojos de él—. Aunque yo me pregunto una cosa. Dices que su marido te abrió los ojos y te descubrió la verdad, pero, ¿la escuchaste a ella? ¿Le diste la oportunidad de contarte su verdad?

Nadie dijo nada, supongo que el tono enardecido de mi voz les hizo sospechar que allí ocurría algo. Andros tampoco contestó mis preguntas, así que proseguí.

—Si tanto daño te hizo debe de ser porque la querías mucho, y si la querías mucho supongo que tendrías confianza ciega en ella, y cuando confías en una persona y alguien te cuenta una historia sobre ella lo normal es que le des la oportunidad de explicarse. Imagínate que su marido la maltratara, que ella tuviera miedo de dejarle, aunque fuera consciente de que debía hacerlo porque a quien quería era a ti. Imagínate que su marido te contó toda esa historia de la relación liberal y de los rollos pasajeros porque había descubierto vuestra relación y se sentía lleno de rabia, de ira y de celos.

Yo le miraba fijamente a la cara mientras hablaba. Su mirada desafiante se fue deshaciendo hasta quedar perdida en su regazo, acuciada por la vergüenza. En el grupo todos me miraban expectantes.

—¿Y tú por qué dices todo eso? —preguntó Ana.

—Porque esa es la verdad de lo ocurrido. Porque yo soy la malvada chica que le engañó. —Me levanté del taburete en que estaba sentada—. Si me disculpáis, me marcho a casa. No tengo ganas de juergas.

Salí del *pub* en medio del silencio de mis compañeros, acompañada solo por la música de The Corrs que se escuchaba de manera suave. Fuera hacía frío y corría una ligera brisa. No me importó, al revés, sentí que era lo que necesitaba para despejar mi mente.

Caminé por las calles de Madrid durante no sé cuánto tiempo, dándole vueltas a la situación. Desde el principio supuse que Luis había hablado con Andros,

pero jamás imaginé que se inventara el embuste de la relación liberal para ponerle en mi contra. No hubiera sido necesario. Con solo descubrir que mi matrimonio todavía estaba vigente hubiera sido suficiente. Pero tal vez Luis sospechó que eso no haría demasiado daño a su rival y quiso ahondar en la herida. Andros se sintió mi juguete. Le creyó, no dejó que yo le contara mi versión, y se había alejado de mí lleno de un odio y un rencor que habían perdurado a través del tiempo. Pero ahora sabía la verdad, mi verdad, y en sus manos estaba poner remedio o no a un sinsentido que ya había durado demasiado.

CAPÍTULO 26

Durante los escasos días que todavía duraron las clases, antes de las vacaciones de Navidad, Andros y yo no nos encontramos por el colegio, ni siquiera en la sala común. Puede que me estuviera evitando y no me importó demasiado. Si al principio sentí dolor y rabia al conocer las circunstancias de su huida, de su odio hacia mí, conforme fueron pasando los días aquellos sentimientos fueron dando paso a la calma y el sosiego. Parecía como si me hubiera liberado de un enorme lastre. Ahora ya sabía la realidad de lo ocurrido, y él también, y contrariamente a lo que yo misma pensaba, no creí necesario retomar nada, ni mantener ninguna conversación trascendente sobre un episodio de nuestra vida que nos había hecho más mal que bien. Si él deseaba hablar yo estaría dispuesta, pero si decidía mantener su actitud distante, que lo hiciera, yo no iba a molestarle. Desde aquella noche en el *pub* sentía que había conseguido pasar página y eso significaba mucho para mí, significaba poder olvidar, poder mirar hacia delante, hacia un futuro que de pronto se presentaba lleno de esperanza. Andros había sido el amor de mi vida, un amor del que todavía en mi corazón quedaban rescoldos, pero bien pudiera ser que a la vuelta de la esquina otro amor me estuviera esperando, que no tenía que ser mejor ni peor que él, simplemente iba a ser diferente.

Me fui a pasar las fiestas a casa de mis padres, como siempre, y como siempre que me refugiaba en aquel rincón del mundo los días fueron transcurriendo tranquilos y sin sobresaltos. Pensé poco en Andros y mucho en mi pequeña hija perdida. Aquellas fechas señaladas eran el caldo de cultivo perfecto para la nostalgia, para los recuerdos, para elucubrar lo que pudo ser y no fue. Afortunadamente mi familia y las amigas que todavía me quedaban en el pueblo consiguieron ahuyentar mi melancolía y hacer que, a pesar de todo, disfrutara de las Navidades como correspondía.

Cuando llegó enero y me reincorporé al colegio lo hice como siempre, como era yo, callada, tímida, un poco reservada, afable... sin pensar en lo que había ocurrido en aquella cafetería días antes de marcharme, sin pensar en que a aquellas alturas ya todos conocerían nuestra historia y probablemente estuviéramos en boca de algunos de ellos por una buena temporada. Y por supuesto sin pensar en lo que iba a ocurrir entre nosotros, o en lo que no iba a

ocurrir.

Lo cierto es que ninguno de mis compañeros dejó entrever nada extraño, salvo Ana, la directora, que aunque intentaba disimularlo mostraba cierta hostilidad hacia mí, haciéndome de vez en cuando observaciones estúpidas que no venían a cuento y que yo contestaba con una sonrisa. A Ana le gustaba Andros y se portaba como una quinceañera celosa que no se atreve a atacar de manera directa porque sabe que no hay motivo para el ataque, pero que sin embargo se regocija en observaciones ponzoñosas para fastidiar al contrario, en este caso a mí. Me regañaba por tonterías, o me corregía sin tener motivo para ello, incluso se burlaba sutilmente de cualquier comentario que yo pudiera hacer en presencia de los demás profesores, hasta que un día me harté de tanto remilgo. Me había llamado la atención, educadamente como siempre, porque mis pequeños alumnos no habían recogido de forma adecuada los libros de la biblioteca infantil.

—Ya sabes que siempre se colocan de mayor a menor y hoy estaban todos revueltos. Creo que tu clase ha sido la última que los ha utilizado.

Los pequeños acababan de marcharse a sus casas y yo me encontraba en el aula, poniendo todo en orden para el día siguiente. Ana se había molestado en acudir a mi encuentro, cosa que casi nunca hacía, y me hablaba apoyada en el quicio de la puerta. Así que la invité a entrar en el aula y le hablé claro.

—Estás equivocada —le dije—. Mis niños hoy no han usado la biblioteca infantil, no les tocaba. Hoy han estado allí los de tercero, así que supongo que han sido ellos. De todas maneras y aprovechando que estás aquí, me gustaría hablar contigo.

—Tú dirás —me contestó con las mejillas rojas como la grana al darse cuenta de su equivocación.

—Últimamente me regañas por cosas que yo considero sin mucho sentido, algo que antes no hacías. Y a veces, como ahora, sin que yo tenga la culpa de esos pequeños fallos que tanto te exasperan de repente. Siempre nos hemos llevado bien y en más de una ocasión me has dicho que estás muy contenta con mi trabajo y que me consideras una buena profesora. Pero ahora me da la impresión de que tu opinión ya no es la misma. Si es así te rogaría que fueras clara conmigo en lugar de andar con estas estupideces que no conducen a nada, salvo a crearme mala sangre porque no las entiendo.

—Pero mujer, qué cosas tienes. Son imaginaciones tuyas —repuso sin mucho convencimiento.

—No lo son. Y lo peor es que creo que sé a qué se debe todo esto. Mira, Ana, si tú no quieres dejar las cosas claras lo voy a hacer yo. Yo no tengo nada con Andros.

Su rostro se puso de nuevo más rojo que una cereza.

—¿Y qué tiene que ver Andros con todo esto? —preguntó.

—Soy una persona bastante observadora, y últimamente me he dado cuenta de tus atenciones con él, cómo le miras, cómo le hablas, cómo le sonríes...

—Yo... eh... yo no...

—Venga, Ana, no intentes negarlo. Si te gusta, te gusta. No te lo reprocho, a mí también me gustó, mucho, y le quise, le adoré. Y no te lo voy a negar, algo todavía queda aquí dentro. —Me señalé el pecho—. Pero tienes vía libre. Yo no soy una rival. Ya sabes el odio visceral que me tiene. Pero la relación que tuvimos, la tuvimos, y eso es inevitable. Está ahí y estará siempre, porque el pasado no se puede borrar. No me odies por eso, ni trates de humillarme reprochándome cosas injustas en relación con mi trabajo. No es ético.

No le di opción a la réplica. Recogí mis cosas y salí del aula. Para mi sorpresa me encontré a Andros en el pasillo, al lado de la puerta. Nunca andaba por allí, puesto que las dependencias de los chicos mayores estaban en el ala opuesta del edificio. Puede que tal vez estuviera buscando a Ana.

—¿Desde cuándo te dedicas a escuchar detrás de las puertas? —le pregunté—. ¿Llevas mucho tiempo ahí? Bah, deja, no contestes. En el fondo me importa un pito que me hayas escuchado o no. Ana está ahí dentro, si la estás buscando.

Tampoco esperé su respuesta. Seguí mi camino, salí del edificio del colegio y continué mi vida sin pensar ni por un segundo en aquellos dos. A aquellas alturas mi mayor deseo era que me dejaran en paz. Bueno, que me dejara en paz Ana, Andros ya lo había hecho hacía tiempo. Desde que nos habíamos incorporado al colegio de vuelta de las vacaciones no me había dirigido la palabra, lo cual no era novedad, pues ya no lo hacía antes. Sin embargo ahora me miraba de otra forma. Sus ojos habían perdido la expresión desafiante y parecían emanar arrepentimiento, y en ocasiones yo notaba en él algún ademán de acercamiento, aunque al final solo quedaba en eso, en gestos casi imperceptibles que nunca llegaban a más. En el fondo me daba pena, no de él, sino de que nuestra relación hubiera terminado así, sin que se nos permitiera conservar ni un ápice de amistad por culpa de una mentira.

Por otra parte, después de nuestra conversación, Ana dejó de llamarme la atención por nada, aunque tampoco manteníamos la fluida relación de antes. A mí no me gustaba aquella situación, pero yo no había hecho nada para provocarla, simplemente me había limitado a decir lo que pensaba, por lo tanto intentaba no darle demasiada importancia y continuar haciendo mi trabajo lo mejor posible, sin preocuparme por esas tonterías. De todos modos estaba comenzando a pensar que si semejantes circunstancias se mantenían durante demasiado tiempo tal vez lo mejor fuera dejar el colegio. Me gustaba enseñar y

hasta el momento había estado contenta, pero si mi relación con Ana no mejoraba no estaba dispuesta a soportar para siempre la incomodidad que me provocaba.

Una tarde, cerca ya de la primavera, estaba en el patio con mis niños, como tantas otras veces. Hacía buen tiempo y agradable temperatura, así que entre todos decidimos pasar la hora de Educación Física al aire libre, jugando con la pelota. Les dejé jugar a su aire interviniendo solo de manera esporádica, cuando alguno me reclamaba. Mientras, me quedé sentada en un banco desde el cual podía vigilarles con seguridad. En un momento dado vi por el rabillo del ojo que alguien se acercaba caminando lentamente. Volví la cabeza y vi que era Andros, así que supuse que no era a mí a quien buscaba. Aun así me puse un poco nerviosa. En el patio no había nadie salvo mis niños y yo, y dada su actitud para conmigo, no me hacía mucha gracia encontrarme con él a solas.

—Hola, Marta —me dijo sentándose a mi lado.

Durante unos segundos me quedé muda por la sorpresa, sin atreverme a mirarle. Cuando conseguí recuperar el habla respondí a su saludo.

—Hola.

—Hace una tarde maravillosa —dijo.

Yo me limité a continuar vigilando a mis pequeños, sin responder a su comentario insulso sobre el tiempo.

—Hay que ver cómo disfrutan —habló de nuevo, mirando a los niños con una sonrisa.

—Sí —respondí de manera cortante y escueta.

Miré el reloj y vi que faltaban quince minutos para terminar la clase. Si Andros continuaba allí, a mi lado, se me iban a hacer eternos. Me levanté al ver que dos de mis pequeños estaban discutiendo y me dirigí hacia ellos para intentar calmarlos y que no llegara la sangre al río. Cuando regresé al banco, Andros estaba de pie. Pensé que se iba a marchar, pero no, se limitó a recibirme con una leve sonrisa. Yo no se la devolví y me limité a sentarme en el mismo lugar de antes. Él permaneció allí, a mi lado, enfundado en un traje *sport* de color negro, con su camisa gris, sin corbata... muy en su estilo elegante pero desenfadado. Metió las manos en los bolsillos de su pantalón y miró un rato al suelo, como si estuviera rebuscando en su mente las palabras adecuadas.

—He estado pensando mucho en nosotros, en lo que dijiste aquel día en el *pub*... Me gustaría hablar y aclarar bien todo lo que ha ocurrido —dijo de pronto, abandonando definitivamente sus comentarios insustanciales.

—¿Por qué? —pregunté, después de suspirar profundamente para intentar calmar mi corazón desbocado—. ¿Por qué quieres hacerlo a estas alturas? Cuando llegaste aquí me dijiste que no era necesario hablar nada, que ya estaba

todo dicho. Y desde lo de aquel día en el *pub*... ya ha pasado algún tiempo. Pensé que seguías pensando lo mismo. ¿Por qué has cambiado de opinión?

Se sentó de nuevo a mi lado antes de responder. Cuando se decidió a hablar lo hizo mirando hacia la lejanía, como si no fuera capaz de soportar mi mirada sobre la suya.

—No sabes cuántas vueltas le he dado a todo lo que dijiste. Ni cuántas veces he estado a punto de acercarme a ti y pedirte que aclaráramos las cosas. Nunca me he atrevido. Esta tarde te vi aquí desde la ventana de un aula y me dije: ahora, ahora o nunca.

Volvió sus ojos hacia mí. Yo le miraba, no había dejado de hacerlo mientras me hablaba y me sentí envuelta por la seducción de sus ojos oscuros.

—Quiero que nos sentemos a hablar —prosiguió—. Quiero que escuches mis motivos y escuchar los tuyos.

Reconozco que oír de su boca aquellas palabras me ablandó el corazón. Seguramente porque me resultaba muy desagradable convivir todos los días con alguien a quien había querido tanto sin ni siquiera hablarnos.

—A estas alturas... qué importa ya —le dije.

—Claro que importa, Marta. A mí me importa mucho. Puede que por mi actitud no lo pareciera pero... claro que me importa. A lo mejor... ¿Te gustaría venir a cenar un día a mi casa? Te prepararé la *mousaka* más rica que hayas comido en tu vida.

No pude evitar sonreír. Yo sólo había comido *mousaka* una vez, la primera vez que cenamos juntos, cuando casi se quema por estar haciendo cosas más interesantes que cocinar. El recuerdo de aquella noche regresó vívido a mi mente. Nuestra primera vez, haciendo el amor casi como salvajes encima del mármol de la cocina. Evocar aquel instante me hizo desear sentirme de nuevo entre sus brazos

—Está bien —contesté—, cenaré contigo. Espero de verdad que esa cena sea el fin de nuestras hostilidades.

—Estoy seguro de que así será.

El timbre sonó anunciando el fin de las clases. Andros se despidió y yo me dispuse a organizar a mis pequeños para entrar de nuevo en el edificio. Cuando cruzaba el patio, un impulso me llevó a dirigir mi mirada hacia las ventanas del tercer piso. Desde una de ellas Ana me miraba, y en cuanto sus ojos se cruzaron con los míos desapareció de mi vista.

CAPÍTULO 26

Andros y yo quedamos para cenar el viernes a la nueve en su casa. Me pasé la tarde un poco alterada, probándome ropa y mirándome al espejo. Quería estar guapa y con nada me veía bien. Rebuscando entre la ropa encontré aquel vestido negro con pequeñas florecillas rojas que había comprado, años antes, en la tienda donde Andros trabajaba. Hacía tiempo que no me lo ponía y quise recuperarlo para la ocasión. Era como si deseara traer a mi vida actual los retazos bellos del pasado.

A las nueve en punto pulsé el timbre del piso de Andros. Me abrió vestido con un vaquero, una camiseta blanca y un delantal negro, inequívoca señal de que estaba preparando la cena. De la misma manera que yo me había vestido con ropa de antaño, él también estaba enfundado en el mismo atuendo que aquella noche en su apartamento de Las Palmas.

Su casa era pequeña y sencilla, nada que ver con el magnífico *loft* en el que vivía en Canarias, pero muy acogedora. Reconocí dos o tres cosas que se me hacían familiares: el viejo tocadiscos, el perchero de hierro forjado blanco y su colección de discos de música griega. Me pareció que el tiempo reculaba y que volvía a estar a su lado en aquella ciudad de luz y de sol, cuando la vida a su lado era una fiesta continua. No pude evitar una leve sonrisa cargada de nostalgia.

—La cena ya casi está. ¿Quieres una copa de vino? —me preguntó Andros mientras abría la nevera sin esperar respuesta, sirviendo al momento unas copas de exquisito vino blanco.

—Gracias —le dije cuando me entregó la copa.

Le di un sorbo y me quedé allí a su lado, de pie, observando cómo terminaba de cocinar, sin saber qué decir y un poco azorada ante el incómodo silencio.

—¿Recuerdas la primera vez que cenamos juntos en mi apartamento? —preguntó de pronto—. También cenamos *mousaka*.

—Claro que lo recuerdo. Y también recuerdo que estuvo a punto de quemarse —contesté, y al momento me arrepentí. No quería que Andros pensara que mis intenciones eran otras que las que él me había propuesto, simplemente hablar sobre nuestra forzada separación.

Levantó la vista hacia mí, sacó el recipiente de la vitro y lo colocó en la

encimera y se acercó. Yo me eché a temblar.

—No sabes cuántas veces he recordado ese momento a lo largo de estos años. Sobre todo cuando me sentía mal y me empeñaba en buscar entre mis recuerdos algún indicio que me indicara que me habías querido de verdad —me dijo.

Estaba frente a mí, tan fascinante y atractivo como siempre. Me costaba mantener mis ojos sobre los suyos sin echarme en sus brazos. Me hubiera gustado cubrirle la cara de besos, rodear su cuello con mis brazos y susurrarle al oído que se olvidara de lo ocurrido, que no merecía la pena recordar, que teníamos que comenzar de cero, pero no lo hice, no era el momento, ni siquiera estoy segura de que fuera la actitud correcta.

—Claro que te quise de verdad —repuse finalmente—. Nunca quise a nadie tan de verdad como a ti.

La conversación estaba iniciada. Estábamos a un paso de conocer todos los detalles de lo sucedido.

—¿Qué te parece si nos sentamos un rato mientras se enfría un poco la cena? El sofá del salón es muy cómodo y creo que tenemos mucho que decirnos.

Le hice caso, y cuando ya estábamos acomodados él comenzó a relatar su parte de la historia.

—El mismo día en que me reincorporé al trabajo, al día siguiente de nuestro regreso de Grecia, tu marido vino a verme. Preguntó en recepción por mí, no sabía mi nombre, simplemente preguntó por un vendedor extranjero y le indicaron que el único que había en la tienda era yo. Me dijo que quería hablar conmigo de un asunto delicado y que si no me importaba quedar con él a la hora de mi salida. Al principio me mostré un poco reticente. No le conocía de nada y por más que insistí no quiso decirme qué era aquello tan primordial sobre lo que deseaba hablar, simplemente aducía que se trataba de algo muy de mi interés. Así que quedamos a la una, a la hora de mi salida. Yo tenía pensado llamarte en cuanto saliera para quedar contigo, pero lo que me dijo trastocó por completo mis planes. Se presentó como Luis, el marido de Marta, y me dijo que sabía que yo mantenía una relación con su mujer, todo ello sin dejar de sonreír, como si el que tú le pusieras los cuernos no le importara demasiado. Me preguntó si estaba enamorado de ti y le dije que sí, que te quería. Entonces soltó una carcajada y dijo que se lo suponía, que esa era una de las razones por las que se había decidido a hablar conmigo. Así que fue directo al grano de la historia. Me contó que erais un matrimonio muy feliz, con una relación abierta, un acuerdo entre ambos según el cual podíais tener las aventuras que os vinieran en gana, con la única condición de que la otra parte de la pareja lo supiera y que la aventura en sí durara lo menos posible, pues ya se sabe, cuanto más dura, más posibilidades hay de acabar enamorándose. Yo era tu quinta o sexta aventura, y tú le contabas

que yo estaba muy enamorado de ti y que te daba pena terminar. Te parecía tan tierno que no eras capaz de dejarme, no querías hacerme daño y por eso habíais decidido entre los dos que fuera él el que me abriera los ojos. Me dijo que no ibas a volver a verme, y que no querías que te llamara, que diera por finalizada la relación y que bueno, que por lo menos le habíamos puesto un broche de oro con aquel magnífico viaje a Grecia. Y... pagó las consumiciones y se fue.

Todo lo que Andros me contaba me parecía absolutamente irreal, como si no pudiera haberme ocurrido a mí por nada del mundo. Aun así le creía, creía a pies juntillas aquella historia. Luis había sido capaz de ello y de mucho más, a la vista estaba. En aquellos momentos me hubiera gustado tenerle en frente y poder hacerle añicos con mis propias manos. Me había destrozado la vida, en todos los sentidos.

—No te puedes imaginar cómo me sentí, ni yo lo puedo expresar con palabras. Era como... como si me rompieran en pedazos, como si me quitaran de cuajo un trozo de mí mismo. Te odié, tanto que ahora cuando lo pienso me da pánico reconocer que yo albergué esos sentimientos negativos tan fuertes hacia ti.

—¿Por qué le creíste? —pregunté. Y sin dejarle contestar proseguí—. Durante todo este tiempo yo sabía que algo extraño había ocurrido, aunque no podía imaginar qué. Yo pensaba que... tú confiabas en mí. Es verdad que te mentí. Te dije que estaba separada cuando en realidad Luis y yo vivíamos juntos. No sé por qué lo hice. Tal vez porque en realidad cuando te conocí, cuando solo conocía tu voz, así era, y después... creo que tenía miedo a perderte... y a la reacción de Luis.

—Y yo no sé por qué le creí, pero lo hice, ciegamente. Tal vez porque en algún momento de nuestra relación llegué a sospechar que no estabas separada. A veces me ponías demasiadas excusas para no estar conmigo. Pero ahora sé que no debí desaparecer como lo hice. Debí esperar y darte la oportunidad de explicarme tu versión. Además desconocía lo del accidente. Tuvo que ser muy duro.

—Perder a un hijo es lo más horrible que le puede pasar a alguien, y más en las circunstancias en que yo lo perdí. Pero por otra parte, y no me avergüenza decirlo, en ese accidente se murió mi verdugo. Si Luis hubiera sobrevivido, estoy segura de que mi vida sería un infierno. Pero es que además... Además tú también perdiste algo, Andros. Porque yo estaba esperando un hijo tuyo que también la inconsciencia de Luis se llevó por delante.

Andros posó su copa de vino en la mesita y me miró, interrogante.

—¿Un hijo mío? Pero... ¿cómo?, ¿cuándo?

—Estando ingresada en el hospital tuve un aborto. Ni siquiera yo sabía que estaba embarazada. Tener aquel hijo hubiera sido... no sé... tal vez un consuelo

entre tanta desdicha.

—¡Oh, Dios! Lo siento, siento no haber estado allí.

Acarició mi mejilla y yo cerré los ojos para concentrarme mejor en aquellas dos pieles, la suya y la mía, que estaban juntas de nuevo. Luego pasó su brazo por mis hombros y yo me dejé llevar por su abrazo y me acurruqué contra su cuerpo. Su perfume y su calor me envolvieron mientras su mano acariciaba mi brazo en un gesto protector. Quería que me besara, pero no lo hizo.

—Se va a enfriar la cena —susurró a mi oído.

—Tienes razón —dije abriendo los ojos—. La *mousaka* nos espera.

La cena transcurrió en un ambiente cómodo y distendido, hablando del pasado y del presente, de lo que habíamos vivido y de lo que el futuro nos traería. Cuando nos despedimos, a la puerta de su casa, Andros me besó en la mejilla y me dijo que se sentía feliz de que por fin hubiéramos recuperado la amistad.

Regresé a mi casa dando un paseo y mientras caminaba mi mente analizó con detenimiento aquella tarde-noche, me pregunté si realmente lo que yo quería era ser solamente amiga de Andros. No estaba segura, no estaba segura de nada salvo de una cosa: no deseaba que se fuera de mi lado, como amigo, como novio o como lo que la vida nos tuviera deparado a la vuelta de la esquina, pero siempre juntos.

CAPÍTULO 27

Iniciamos una relación un poco extraña. Éramos amigos y comenzamos a hacer cosas juntos: salíamos a cenar con los compañeros, íbamos al cine o de compras... Y mientras, flotaba entre los dos un no sé qué, una nube cargada de sentimientos que a veces se interponía entre los dos e intentaba atraernos sin conseguirlo del todo. En el fondo ambos sabíamos, aunque no lo decíamos, que tarde o temprano ocurriría lo que tenía que ocurrir. Nos queríamos y la oportunidad de ser felices estaba ahí, tendiéndonos la mano, y aunque caminábamos hacia ella despacito, en algún momento la alcanzaríamos y todo volvería a ser como jamás debió dejar de ser.

A la que no se le escapó nuestra complicidad fue a Ana, que desde hacía un tiempo me había dejado en paz pero que ahora, al ser consciente de que su enamorado se le escapaba de las manos, en las que en realidad nunca había estado, volvió a hacer de las suyas valiéndose de una ruin treta contra mí que, desgraciadamente para ella, solo sirvió para acercarnos más.

Una tarde, con cara de vinagre y visiblemente nerviosa, reunió a todo el profesorado y al personal de administración en el salón de actos. El que más y el que menos se encontraba la mar de intrigado sobre lo que nos iba a soltar nuestra directora, algo que debía de ser extremadamente importante para armar semejante revuelo. Cuando estuvimos todos acomodados entró, se subió al escenario, tomó el micro y nos desveló el enigma.

—Esta mañana ha ocurrido algo muy grave. Ha desaparecido una considerable cantidad de dinero de mi despacho. Lo tenía guardado en un cajón de mi escritorio, dentro de un sobre, para realizar unos pagos a proveedores esta tarde. Cuando regresé de la tercera hora de clase ya no estaba, y puesto que durante las horas lectivas este edificio permanece cerrado para la gente de fuera, está claro que quien lo robó ha sido alguien de dentro del colegio.

Una serie de murmullos desaprobadores taparon sus palabras. Ninguno de los allí presentes podíamos creer que nos estuviera acusando de semejante bajeza.

—Silencio, por favor. Comprendo que se molesten, pero las cosas son así, también pudo haber sido algún alumno, aunque dado el control al que están sometidos los chicos es bastante difícil que alguno haya tenido la oportunidad de pasar por mi despacho. He avisado a la Policía y ahora mismo están revisando

todas las dependencias del colegio, incluidos sus efectos personales.

Los murmullos se hicieron mucho más intensos. Algunos profesores comenzaron a increparla. Pero ella hizo caso omiso y se retiró, no sin antes advertirnos que no podíamos salir del recinto hasta que la Policía terminara de hacer su trabajo.

Andros y yo permanecemos en nuestros respectivos asientos, como la mayoría de nuestros compañeros que en corrillos comenzaron a comentar el acontecimiento. A casi nadie le parecía normal que la Policía estuviera metiendo las narices en nuestros efectos personales, pero como nadie tenía nada que ocultar... Al cabo de una media hora Ana se personó de nuevo en el salón de actos y nos dio la noticia de que ya se había encontrado el dinero y que podíamos abandonar el recinto e incorporarnos a nuestras actividades. Así hicimos, la sala se despejó de gente y cada uno volvió a sus quehaceres lectivos. Pero para mi sorpresa, cuando terminaron las clases un policía se acercó a mi aula. Venía a buscarme.

—¿Tendría usted la amabilidad de acompañarme? —me preguntó.

Me pareció extraño, pero hice lo que me pedía. Nos dirigimos al despacho de la directora. Cuando entramos, ella estaba sentada tras su escritorio y otro policía la acompañaba.

—Marta, toma asiento, por favor —me indicó.

—¿Ocurre algo? —pregunté mientras me sentaba.

—¿Y tú lo preguntas? ¿Todavía muestras ese descaro?

Comencé a sospechar de qué iba todo aquello, pero no me amedrenté en absoluto.

—Ana, no estoy para perder el tiempo. O me dices lo que ha pasado o me marchó, tengo muchas cosas que hacer. Y si de lo que vas a acusarme es de haberme quedado con tu dinero, ya puedes ir presentando las pruebas que tengas en mi contra.

Los policías se mantenían impasibles, con cara de póker, mudos testigos de la guerra dialéctica que manteníamos Ana y yo.

—Estos señores han encontrado el sobre con el dinero en el interior de tu bolso, en tu taquilla. ¿Necesitas más pruebas que eso?

Me eché hacia atrás en el sillón, totalmente relajada, y solté una carcajada.

—Haga el favor de comportarse —me espetó un policía.

—¿Me va a detener? —le pregunté desafiante.

—Dada la cantidad de dinero objeto del robo, seguramente va a tener que acompañarnos a la comisaría a declarar, así que no se ande con chiquitas —me contestó el otro, el que me había buscado en el aula.

—Están todos completamente equivocados. Es imposible que hayan

encontrado el dinero dentro de mi bolso y en mi taquilla, por la sencilla razón de que yo no guardo nunca mi bolso en la taquilla, lo tengo conmigo en el cajón de mi mesa, en el aula. ¿Están seguros de que es mi taquilla?

—Por supuesto —insistió la directora—. Guardo una lista con los números de taquillas y a quién están asignadas. La número tres es la tuya.

—La número tres era la mía el curso pasado —dije—. Este año es la ocho. En la tres guarda sus cosas Margarita Bermúdez, la profesora de Inglés, a lo mejor debes hablar con ella.

Ante mis rotundas palabras los policías miraron a Ana, interrogantes, pero ella no quería dar su brazo a torcer.

—No intentes zafarte. ¡Has sido tú!

Me levanté del asiento con calma y me dirigí a los policías.

—¿Serían tan amables de acompañarme? —pregunté—. Quiero demostrarles que lo que digo es cierto.

—Señora, venga con nosotros, por favor —dijo uno de ellos a Ana—. Me parece que aquí hay un malentendido.

Efectivamente se demostró que lo que yo decía era verdad. Mi bolso estaba en un cajón de mi mesa y en mi taquilla había solamente un chal, que guardaba por si tenía frío en el invierno, y unos libros de cuentos para leer a los niños. Además los policías confirmaron que el bolso en el que habían encontrado el sobre no era el mío.

—Me da la impresión de que la señorita que tenemos que llevarnos a comisaría no es esta —le dijeron a la directora—. Es la tal Margarita Bermúdez.

Ana no sabía dónde meterse, así que yo acudí en su «ayuda».

—No creo que sea necesario. Esto es algo que vamos a arreglar entre la señora directora y yo, ¿verdad, Ana? Olvídense de Margarita porque ella tampoco tiene nada que ver con esto.

Los dos policías miraron a Ana con ojos interrogantes. A ella no le quedó más remedio que transigir, y después de disculparse les dijo a los dos hombres que se podían marchar. Cuando finalmente nos quedamos solas, fui muy escueta con mis palabras. No quería discutir, no merecía la pena. Después de lo ocurrido tenía claro que no me iba a quedar allí un minuto más. Aunque estuviéramos a mitad de curso, mi tiempo como profesora en aquel colegio había llegado a su fin.

—No sé cómo has sido capaz de semejante bajeza solo por querer quitarme de en medio. No te preocupes, ya me voy. Búscate a alguien que me sustituya porque mañana ya no pienso dar clase. Eres patética.

Salí del despacho y me dirigí a mi aula, donde comencé a recoger mis cosas. Me sentía extraña. Me dolía abandonar el colegio. Funcionaba realmente bien y

desde el principio había estado muy a gusto con mis compañeros, pero aquella bruja finalmente había conseguido ganar la batalla. No se había atrevido a despedirme porque no tenía motivos para ello, pero con la argucia que se había inventado había conseguido que fuera yo misma la que decidiera desaparecer. Ella sabía que ocurriría así.

Cuando ya casi había terminado de meter mis escasas pertenencias en una caja, como en las películas americanas, Andros apareció por el aula.

—¿Te vienes a tomar un café con la gente? Todos están comentando quién será el ladrón —dijo asomando la cabeza por la puerta. De pronto se dio cuenta de que yo recogía mis cosas.

—¿Qué haces? —preguntó acercándose.

—Yo era la supuesta ladrona —le respondí, y le conté lo que había ocurrido—. Como puedes comprender, no me voy a quedar ni un minuto más aquí. Mañana ya no pienso venir a dar clase, lo siento por los niños, pero que se busque a otra.

—Pero... ¿por qué ha hecho eso? No lo entiendo.

Andros se había medio sentado en la mesa del profesor y me miraba, con ojos inocentes y perplejos.

—¿No lo entiendes? No me digas que no te has dado cuenta.

—¿De qué?

—Oh, Andros, pareces un niño. Ana está colada por ti. Se le nota cuando te habla, cuando te mira... y no le hace ninguna gracia que tú y yo seamos tan amigos y menos que hayamos tenido una historia en el pasado. Pretendía quitarme del medio... y lo ha conseguido.

Durante unos segundos se mantuvo callado, con el ceño fruncido, como recapacitando, recopilando información que le indicara que lo que yo le decía no carecía de lógica. Al cabo de un rato se levantó, me tomó de la mano y me arrastró fuera del aula.

—Se va a enterar —dijo.

Caminaba casi arrastrándome hacia el despacho de Ana, mientras yo le suplicaba que no, que lo dejara, que no merecía la pena, que no deseaba discutir con ella ni siquiera volver a verle la cara. Pero él parecía no escucharme y repetía una y otra vez que no podía permitir que yo dejara el colegio y ella se fuera de rositas.

—No puedes hacer nada, Andros, déjala. De verdad que no merece la pena hacerse mala sangre por una persona así.

Entre esos dimes y diretes llegamos al despacho. Andros abrió la puerta sin llamar y ambos entramos y quedamos frente a Ana. Ella, sentada tras la mesa del despacho, levantó la vista hacia nosotros, sorprendida y con una leve sonrisa, y mucho azoramiento nos preguntó qué motivo teníamos para entrar así en sus

reductos privados, como dos toros embravecidos.

—¿Motivos? Muy sencillo. Me gustaría saber qué ha ocurrido aquí —le dijo Andros mientras se sentaba frente a ella y yo me quedaba de pie, detrás de él, dispuesta a ser mudo testigo de la discusión que se avecinaba.

—Oh, vamos, cielo. No creo que sea de tu incumbencia, todo ha sido un malentendido. Pero Marta se ha empeñado en...

—No sigas por ahí, Ana. Marta se va... y yo también.

La cara de Ana se tornó de todos los colores, primero roja de ira y después, al escuchar a Andros decir que se iba, blanca como la cera.

—¿Tú? Pero... ¿por qué?

—Porque sí, me voy yo también y punto.

CAPÍTULO 28

Ana amenazó a Andros con demandarlo ante los tribunales si abandonaba al colegio sin motivo alguno a mitad de curso. Contra mí, sin embargo, llevaba todas las de perder, así que aceptó mi renuncia y me dio una pequeña indemnización. Finalmente yo convencí a Andros de que se quedara por lo menos hasta completar el curso; apenas restaban dos meses y no merecía la pena meterse en líos.

Por mi parte me puse a buscar trabajo. Envié currículos a varios colegios y me informé en una academia sobre la posibilidad de preparar oposiciones. Así pues me quedaba mucho tiempo libre. Pensé en marchar a casa de mis padres, pero no me apetecía separarme de Andros, a pesar de que lo nuestro no avanzaba. Él venía a visitarme con frecuencia y quedábamos muchas tardes para hacer cosas, pero la relación no pasaba de una buena amistad. Yo no sabía si sus sentimientos hacia mí eran los mismos que los míos hacia él, y no me atrevía a dar el primer paso por miedo a llevarme un chasco. El miedo, siempre presente en mi vida, esa sensación que me impedía tomar decisiones, caminar hacia delante, y que tanto mal me había hecho en el pasado. Con lo fácil que sería coger el toro por los cuernos y aclararlas cosas, plantearle a Andros mis emociones, las que él me provocaba, y saber si la posibilidad de retomar nuestro amor perdido tenía alguna consistencia o era solo una quimera que mi corazón enamorado se había inventado.

Mis temores me provocaban inseguridad y tristeza. Solo me sentía feliz cuando él estaba a mi lado, porque me hacía olvidar y simplemente me imaginaba que éramos una pareja unida por algo más que por la amistad.

Una noche pensé que iba a ocurrir, que el amor dormido despertaba por fin. El curso había terminado y Andros finalmente se había despedido del colegio. Era sábado y en Madrid comenzaba a hacer calor. Me había invitado al cine y al salir cenamos en una terraza. Después decidimos regresar a casa caminando. La noche era perfecta y la ciudad invitaba al paseo. Andábamos despacio, charlando de no sé qué cosas. Enfilamos el Paseo del Prado y comenzamos a hablar sobre el futuro. Me preguntó si algún colegio se había puesto en contacto conmigo y le dije que no. Como supuse que él haría lo mismo que había hecho yo, es decir, enviar su historial a los colegios, le pregunté a mi vez si ya había comenzado a

hacerlo. Al principio no me contestó. Luego se sentó en un banco y yo junto a él.

—No sé qué hacer —respondió por fin.

Me sorprendió su respuesta. Ni por un momento me había imaginado que pudiera acariciar otra posibilidad diferente a buscar una nueva ocupación.

—¿No sabes qué hacer? No entiendo...

Cogió mi mano y la acarició entre las suyas. Se la llevó a los labios y la besó. Mi corazón se puso a latir a cien por hora. No entendía bien qué significaba aquella demostración de cariño, pero podía imaginármelo.

—¿Te acuerdas de Santorini? Aquella casita donde estuvimos, que era propiedad de un amigo...

—Claro que me acuerdo, ¿cómo había de olvidarla?

—Me ha llamado hace unos días. La ha puesto en venta. Y la voy a comprar.

Retiré mi mano de entre las suyas, completamente desilusionada. No hacía falta ser muy perspicaz para adivinar lo que me iba a decir a continuación.

—¿Y? —pregunté, deseando que no me respondiera lo que yo pensaba que iba a responder.

—Estoy pensando en irme a vivir allí.

Ya estaba, ya lo había dicho. En aquel momento quise llorar, gritar, reprocharle por qué desde que nos habíamos reconciliado me había prestado tanta atención si ahora pensaba largarse y dejarme tirada. Pero no tenía derecho y no lo hice, aguanté el tipo como pude y seguí interrogándole con la esperanza de que en algún momento me incluyera en sus proyectos de futuro.

—¿Y qué harás allí? No creo que haya mucha gente que quiera aprender español.

—Supongo que no, o tal vez sí, yo qué sé. Me gustaría continuar con la enseñanza, aunque fuera impartiendo clases particulares, y combinarlo con la apertura de algún negocio, algo relacionado con España, tal vez una pequeña taberna.

Sonaba bien, y me hubiera apuntado a su plan sin ninguna duda, pero no me lo pidió y yo me limité a levantarme con gesto cansado y seguir mi camino. Él vino detrás de mí y al cabo de un rato de caminar en silencio me dijo:

—¿Qué pasa, Marta? No pareces feliz por mi proyecto.

—No, no soy feliz, porque yo no quiero que te vayas.

Ya estaba dicho, el primer paso ya estaba dado. Él tenía que saberlo, tenía que enterarse de una vez de que yo le amaba. Nos paramos uno frente al otro y nos miramos. Él acarició mi cara y yo cerré los ojos, concentrándome en su piel en contacto con la mía. Cuando los abrí él estaba muy cerca de mí, sonreía melancólicamente y supuse que iba a besarme, pero no lo hizo.

—Todavía no sé lo que haré —dijo—. Todo depende de muchas cosas que

tengo que arreglar todavía.

Definitivamente Andros no me necesitaba en su vida. Dadas sus palabras, no hacía falta ser muy inteligente para sacar conclusiones.

Aquella noche me la pasé sin dormir, pensando en él, en mí, en el futuro, en si me convenía quedarme en Madrid o marcharme al pueblo, en lo mucho que le iba a echar de menos, en la mala suerte que tenía en el amor, en la hija que había muerto y en el que no había llegado a nacer, en el marido que me había maltratado, en el marido al que yo había engañado, en mis frustraciones, que eran ya demasiadas. Necesitaba un tiempo de meditación, necesitaba pensar de forma tranquila y con claridad y ya sobre la mañana, después de pasarme toda la noche sin dormir, se me ocurrió que podía hacerle una visita a Alicia. A pesar de que cuando me había marchado de allí le había dicho que nunca volvería, que no me quedarían fuerzas para pisar aquella ciudad que tantos momentos, buenos como malos, me había dado, el tiempo había terminado por mitigar la pena y a aquellas alturas de mi vida pensé que una visita a Alicia me haría mucho bien. Ella siempre encontraba las palabras adecuada para calmar mi ánimo y hacerme recapacitar.

Tomada la decisión, al día siguiente saqué el pasaje del avión. Me iba dentro de tres días. Llamé a Alicia para decírselo y aquella misma tarde, cuando Andros me llamó por si quería salir a dar una vuelta, se lo dije a él. El silencio al otro lado del teléfono fue muy elocuente, no se lo esperaba, y se limitó a desearme buen viaje. No esperaba menos.



Alicia me esperaba en el aeropuerto. Estaba completamente feliz, según sus propias palabras, de volver a verme. El sentimiento era mutuo. No obstante, a mí me habían empujado a hacer aquella visita mis miedos y mis fantasmas, cosa que a pesar de mi felicidad por encontrarme con mi amiga, no podía olvidar. Alicia, muy en su línea, me aconsejó dejar las penas para mañana.

—Hoy vamos a divertirnos, tengo una sorpresa para ti que te va a encantar — me dijo mientras íbamos en el coche hacia su casa.

—¿Qué es? —pregunté con curiosidad—. ¿Me vas a llevar a ver a los antiguos compañeros de la radio?

—Frío, frío, no te voy a decir nada, si no, no sería una sorpresa. Ahora vamos a comer algo. Por la tarde tengo que hacer unos recados y después... ¡Sorpresaaaa!

Me hacía gracia el entusiasmo infantil de Alicia. Nunca la había visto así y confieso que me tenía la mar de intrigada con su dichosa sorpresa. Durante el almuerzo en su casa nos pusimos al día de nuestras vidas recientes, y cuando

terminamos, ella me dijo que tenía que salir a casa de unos clientes de la radio a arreglar unos asuntos y me dio una dirección para que la fuera a recoger a las ocho en punto.

—No te retrases —me dijo—, que después tenemos que hacer cosas tú y yo.

Se fue y yo me pasé la tarde descansando, dormitando en el sofá. Tomé una ducha y me puse un ligero vestido de algodón blanco. A la hora señalada salí al encuentro con Alicia. Me había anotado la dirección en un papel. Me sonaba el lugar, pero no sabía de qué, solo cuando me fui acercando me di cuenta de que era el apartamento donde había vivido Andros. Sentí una sensación extraña ante la igualmente extraña coincidencia. Alicia me había dicho que la fuera a buscar al piso, no que la esperara abajo en el portal, y volver a ver la casa en la que tan buenos momentos había pasado al lado del hombre que amaba pero que no me hacía ni caso, no me daba mucha gracia. También era verdad que seguramente no tendría que poner un pie más allá de la puerta. De todos modos, aunque intentaba calmar mi ánimo con pensamientos de todo tipo cargados de aplastante lógica, no podía evitar sentirme un poco nerviosa.

Hice el trayecto tantas veces recorrido en el pasado, despacio, fijándome con todo detalle en las calles que un día habían arropado mis alegrías, pero también mis mentiras e infidelidades. Nada parecía haber cambiado. Los mismos edificios, las mismas plazas, seguramente las mismas personas... y la playa de Las Canteras ya muy cerca del apartamento, abriendo la ciudad a un mar que la abrazaba como a una amante.

Llegué al edificio y llamé al timbre del portal. Tardaron apenas unos minutos en abrirme y lo hicieron sin preguntar quién era, señal de que me estaban esperando. Subí en el ascensor hasta el noveno piso. Antes de que las puertas se abrieran suspiré e intenté calmar un nerviosismo que no tenía ningún sentido. Me acerqué a la puerta del mismo y vi que estaba entornada. En ese instante se me ocurrió que la sorpresa que me tenía preparada Alicia tal vez tuviera que ver con todo aquello. A lo mejor dentro del piso estaban mis antiguos compañeros de la radio, esperándome para montar una fiesta. Supuse que el hecho de que fuera el piso en el que había vivido Andros era solo una caprichosa casualidad. Empujé la puerta y entré despacio. Recordaba perfectamente la distribución del apartamento, incluso los muebles. Todo estaba igual, solo que ahora emanaba un aire absolutamente impersonal. El gran ventanal que daba al mar y la terraza iluminaba la estancia con los últimos rayos del sol de la tarde, envolviendo el ambiente de un subyugante color dorado. Allí parecía no haber nadie.

—Ali —llamé—. ¿Estás ahí?

Nadie respondió, lo cual me hizo reafirmarme en mi sospecha de que mi amiga tenía mucho que ver con aquella situación y que más temprano que tarde

aparecería por allí o saldría de su escondite.

Me acerqué a la terraza. La puerta corredera estaba abierta y el aire movía un poco la cortina. La separé y ante mis ojos apareció una mesa redonda puesta para dos. Un immaculado mantel blanco la cubría y sobre él, dos servicios completos y un centro de rosas rojas. En una mesita auxiliar, una cubitera llena de hielo albergaba una botella de champán. Al lado dos copas vacías. Ahora sí que no entendía nada. No sabía qué significaba todo aquello, pero desde luego estaba segura que no era para mí. Comencé a pensar que me había equivocado de apartamento. Cuando iba a entrar de nuevo en el salón, vi un pequeño sobre amarillo al pie del centro de rosas. Durante unos segundos sopesé la posibilidad de leer su contenido, a lo mejor podía aclararme algo. Lo hice. Dentro había una pequeña tarjeta que ponía simplemente «Te quiero», en una irreconocible letra de imprenta. Pensé que era muy afortunada la destinataria de todo aquello. Posé de nuevo el sobre encima de la mesa y al entrar en la casa volví a llamar a mi amiga. Escuché unos pasos que se acercaban desde la cocina. No era mi amiga, desde luego. Era la persona que menos me esperaba encontrar en aquel lugar del mundo. Andros apareció en el salón, dejándome totalmente alucinada.

—Pero... tú... ¿qué haces aquí? —pregunté, a pesar de que imaginaba la respuesta.

—No encontré mejor manera de decirte que te quiero, que te necesito a mi lado, que quiero estar el resto de mi vida contigo.

Se acercó a mí y me tomó las manos. Yo estaba tan emocionada por verle allí sonriendo, seduciéndome una vez más con su mirada, que no supe qué decir y me eché a llorar como una tonta.

Andros me abrazó y me besó con dulzura en los labios.

—Te amo, Marta, creo que nunca he dejado de hacerlo.

Me aferré más a su cuerpo y me hundí entre aquellos brazos firmes que me abrazaban. Nunca pensé que se pudiera ser tan feliz, nunca.

—Te quiero —le dije—. Te quiero y nada me gustaría más que olvidar el pasado y empezar de nuevo.

—¿Recuerdas nuestro viaje a Santorini? Aquellas puestas de sol que mirábamos todas las noches desde el patio... Un día me dijiste que te hubieras quedado allí para siempre. ¿Te gustaría iniciar allí una vida nueva, conmigo?

Cerré los ojos durante un instante y dibujé en la imaginación el cielo ardiente que nos esperaba en Grecia. Por toda respuesta le besé de nuevo, dichosa de que un nuevo futuro nos estuviera esperando más allá del Mediterráneo.

EPÍLOGO

El sol de nuevo se adentra en el mar después de dejar el cielo teñido de rojo. Como todas las noches de verano me siento sobre la hierba y me pierdo entre las estrellas, que tímidamente empiezan a brillar. Todavía se pueden contar... una, dos, tres... Me imagino que alguna de ellas es mi pequeña Nerea que me mira desde su cielo. Le hablo y le cuento que desde hace unos años he vuelto a ser feliz, que mi vida ha vuelto a tener sentido, que hay alguien que me quiere, y que tiene dos hermanas a las que con frecuencia cuento cosas de ella y que muchas, muchas noches, se sientan a mi lado sobre la hierba y me ayudan a recordarla. Así conseguimos bajarla del cielo y que comparta nuestras vidas por un ratito.

Cuando vuelvo la vista atrás, me doy cuenta de que mi vida fue demasiado deprisa acuciada por las circunstancias, y de que tuvo sus luces y sus sombras, como la vida de cualquiera. Si pudiera recuperar algo de lo pasado sin duda recuperaría a mi hija, pero como eso no es posible me conformo con recordarla y pensar que tal vez, algún día, me reúna con ella en ese lugar del que nadie regresa.

Ya ha caído la noche y sigo echada sobre la hierba con los ojos fijos en las estrellas. Escucho unos pasos que se acercan y un cuerpo que se recuesta a mi lado.

—¿Ya las has contado todas?

Vuelvo la cabeza y me encuentro con los ojos de Andros, con la mirada seductora que todavía me enamora después de tanto tiempo.

—Todas... hay dos millones trescientas cuarenta y tres mil.

—No, no, estás equivocada. Hay dos millones trescientas cuarenta y dos mil novecientos noventa y nueve... una se ha caído del cielo y reposa sobre la hierba, a mi lado.

Sonrío y le beso dulcemente en los labios. Y siento que le quiero, que le empecé a querer desde el primer día que escuché su voz, la voz que despertó un sentimiento que no morirá jamás

FIN



• **Más romántica:**

- ♡ Balada de amor para un soldado.
- ♡ Déjame quererte.
- ♡ Entre acordes.
- ♥ Entre la mentira y la ilusión.
- ♡ Juramentos de Sangre.
- ♡ La vida en violeta.
- ♡ Me enamoré mientras dormía.
- ♡ Me enamoré mientras mentías.
- ♡ No escuches al viento.
- ♡ No me rindo contigo.
- ♡ Permíteme amar otra vez.
- ♡ Rock, amor y pepperoni.
- ♡ Tras los besos perdidos.
- ♡ Tu sonrisa mueve mi mundo.
- ♡ Un amor inesperado.
- ♡ ¿Sabes una cosa? Te quiero.
- ♡ ¿Te confieso una cosa? Te amo.
- ♡ Venus - Antología Romántica.

NOU **EDITORIAL**



noueditorial.com

info@noueditorial.com

#noweame #nowkids #iris





MORUENA
ESTRÍNGANA

**¿Te confieso
una cosa?
Te amo**

novelox
e

¿Te confieso una cosa? Te amo

Estríngana, Moruena

9788416936069

368 Páginas

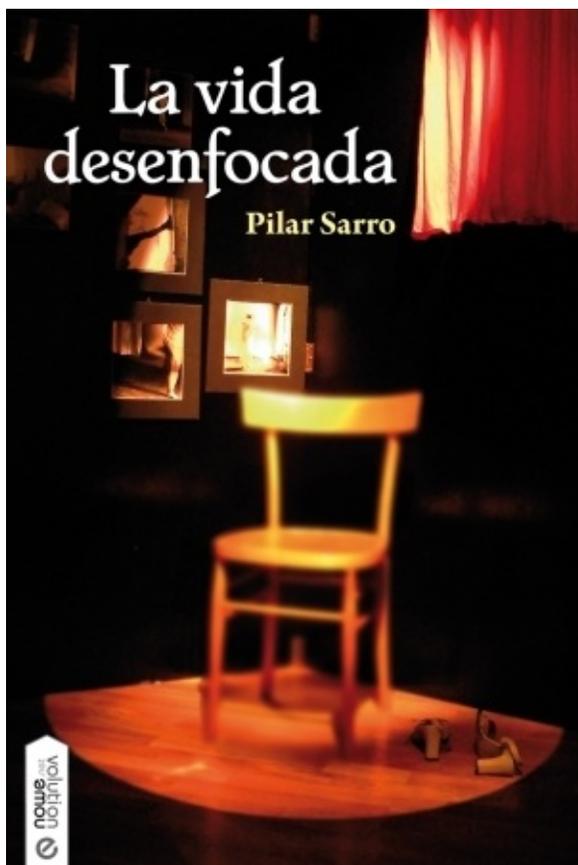
[Cómpralo y empieza a leer](#)

Vuelven los hermanos O'Donnell, en este caso Jesse. Llega la historia de una pareja que eran amigos desde la infancia, y que descubrieron el amor juntos, pero ahora se odian. Llega lo nuevo de Moruena Estríngana. Jesse y Ariadne lo eran todo el uno para el otro. Su amistad infantil se tornó en amor con el paso del tiempo. Eran felices, estaban enamorados y creían que nada podría separarles hasta que alguien se inmiscuyó en su relación, separándolos de manera cruel y para siempre... O eso esperaba esa persona. Jesse y Ariadne han rehecho sus vidas, dejando en el olvido aquel primer y único amor. No se necesitan, no se aprecian... ¡SE ODIAN! Sin embargo, el destino tiene sus propias normas. Hay demasiadas cosas sin decir, muchos reproches que están a punto de estallar y un intento desesperado de ignorar lo que el otro les hace sentir, y así esconder cómo la pasión les quema en la piel cada vez que están cerca el uno del otro. Ceder a la pasión es fácil, aceptar que en realidad sus sentimientos van más allá, no. ¿Conseguirán encontrar el camino de vuelta hacia el corazón del otro y dejar de caminar en dirección contraria a sus deseos? ¿Será más fuerte el amor que el odio?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La vida desenfocada

Pilar Sarro



volition
edición

La vida desenfocada

Sarro, Pilar

9788493826659

550 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La metamorfosis de los personajes en el núcleo central de la obra y Pilar Sarro ha conseguido trasportarnos hasta estas vidas, "tan normales" que nos hace partícipes de ellas sin apenas darnos cuenta. Dejamos atrás la era franquista de nuestro país, para descubrir las nuevas visiones sobre la vida que ya explotaban fuera de nuestras fronteras. Sinopsis Mateo, un joven recién licenciado en psicología, no sabe cómo enfrentarse a su vida de adulto. En tanto encuentra un trabajo a su medida, decide ofrecerse como voluntario en una pequeña asociación de atención al indigente. De la mano de una coordinadora y otro voluntario, se adentrará en la noche madrileña, ofreciendo café y bocadillos a las personas sin hogar. En ese contexto se produce el encuentro con una mujer madura, Carmen, en la que creará reconocer alguien olvidado. A través de las conversaciones entre estos dos personajes, sabremos del pasado de Carmen, desde su nacimiento en un pueblo perdido de la provincia de Teruel, hasta su llegada a Madrid a ejercer su profesión de actriz teatral. En medio, asistiremos a su vida de estudiante en la Sorbona de París, sus primeros trabajos en los teatros parisinos, el rechazo de su familia, o sus amores contrariados. Esos relatos ayudarán a Mateo a sobrevivir cuando su tranquila vida se ve interrumpida con la muerte de su padre; y a Carmen a aceptar que la ayuda de los otros no implica perder la dignidad.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

MORUENA
ESTRÍNGANA

¿Sabes una cosa? Te quiero



¿Sabes una cosa? Te quiero

Estríngana, Moruena

9788494435782

366 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

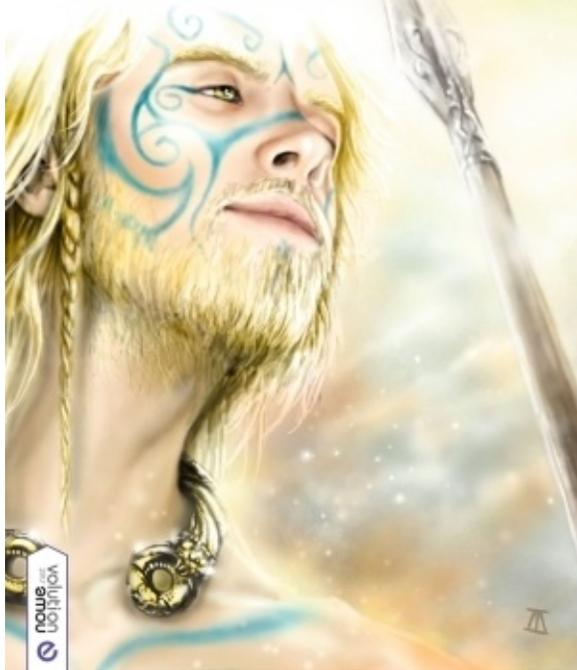
"Vuelve la escritora de novelas románticas más adictiva del 2015, sus historias tienen intrigas, pasión y no vas a dejar de leer cuando hayas comenzado." Sinopsis Hay que tener cuidado con los sueños, pues cuando llegan, te toca lidiar con ellos y no siempre son como esperabas... Bryan y Lusy tienen el mismo sueño, ambos desean ser chef y es por eso que ambos tratan de entrar en un concurso televisivo para lograr su meta. La mala suerte del destino hace que Bryan pase y Lusy se quede a las puertas del sueño. Las vidas de ambos van por caminos separados. Bryan se hace un cocinero famoso que vive por y para su trabajo. Lusy ha dejado de lado su sueño por falta de dinero, pues costearse buenos cursos no es tan fácil y menos cuando tus padres no te apoyan y piensan que ser chef no es tan bonito como parece. Pero lo que ambos no esperaban era que la vida los juntara de nuevo, que sus caminos una vez más tuvieran un punto de unión. Donde uno está quemado por la vida que lleva y ya no se reconoce a sí mismo, otra tiene toda la ilusión por la vida que espera llevar un día. Dos almas unidas por la pasión a la cocina y por ese deseo que les quema la piel cada vez que están juntas. Un amor que nacerá a fuego lento y una pasión que arderá entre fogones.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



LOS HIJOS DE LUGH

NOAH GOLDWIN



novel
vol. 1



Los hijos de Lugh

Goldwin, Noah

9788416936083

260 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La vida de Darkos está a punto de sufrir un gran cambio: Ha sido señalado por Lugh, dios supremo celta y líder de los dioses de la luz, con el don de la inmortalidad y sentidos sobrehumanos, el guerrero druida ha nacido. Las antiguas divinidades celtas le han elegido para salvar a su pueblo, los Hijos del Sol, del exterminio. Dentro de él comienza a desarrollarse un ser cuya naturaleza es bien distinta a la humana. Poseedor de un secreto ancestral y guerrero innato, es el encargado de acabar con el cruel destino que el rey de Inglaterra ha marcado para los suyos. La guerra se acerca, la batalla entre dos ejércitos enemigos está a punto de culminar una era de torturas y desgracias. Los Hijos del Sol se han alzado, están preparados para el combate final y Darkos será el abanderado de toda una raza que sellará el destino de todo su pueblo. La leyenda de Darkos comienza: batallas, Historia, amistad, pasión, sangre, mitología celta, un origen alternativo a los primeros vampiros que se conocen y mucho más te esperan en esta fabulosa novela de fantasía oscura.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



TRES PROFECÍAS

ÍROAS, HIJOS DE LOS DIOSES

Jordi Nogués

evolució

Tres profecías

Nogués Aymerich, Jordi

9788493989514

540 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Tres profecías, primer volumen de una saga de dos números: Íroas, hijos de los Dioses. La segunda entrega llamada Éter finaliza la saga. La combinación de la Historia más documentada, con las costumbres de la antigua Grecia, los juegos olímpicos como nunca te lo han contado desde el punto de vista de los atletas, la colonización griega y unido a la guerra de los dioses mitológicos. Las profecías Primera Profecía: Un hombre tocado por los dioses helenos será vuestro enemigo; la naturaleza estará con él. La Atlántida caerá Amón- Ra, Oasis de Siwa Segunda Profecía: Una mujer será su gran amor; su pérdida le transformará en un demonio, un asesino, un violador de mujeres. Adivina de Mégara. Tercera Profecía. Zeus y Hera le vigilan. Sufrirá una metamorfosis cual mariposa. Apolo, Oráculo de Delfos. La saga, básicamente, narra la caída de la Atlántida, el famoso continente que Platón describió en la Grecia Clásica, 2.500 años atrás. El argumento está situado en la Grecia Arcaica del siglo VIII a.C. Allí un joven ateniense es elegido por los Dioses Olímpicos como Íroas (Héroe) para luchar contra la amenaza atlante; recibe los poderes de la Diosa Althea, que se presenta a él en forma de loba cavernaria. El protagonista participa en los Juegos Olímpicos y en la colonización por todo el Mediterráneo. Estos dos hechos lo marcarán para toda la vida: se hace hombre, conoce a la mujer de su vida y se convierte en el personaje que Zeus y Hera (las máximas divinidades olímpicas). Como hombre sufre las vicisitudes derivadas de su condición: amor, amistad, pérdida, desesperación, resignación, lucha. Como Íroas disfruta del poder de los Dioses y de sus beneficios.

[Cómpralo y empieza a leer](#)